A MIS SACERDOTES

★★

A MIS SACERDOTES

EDICION PRIVADA
ESTRICTAMENTE RESERVADA
A LOS SACERDOTES

CUARTA EDICION

Editorial "La Cruz"
Apartado 1580 México 1, D. F.

IMPRIMATUR

† Leopoldo Ruiz,

Arzobispo de Morelia y Delegado

Apostólico.

México, 21 de noviembre de 1929.

Derechos reservados

LXV

GRACIAS DIVINAS PARA EL SACERDOTE

"El Sacerdote y la Encarnación tienen entre sí mutuas y misteriosas relaciones.

En el altar, el sacerdote reproduce —**en cierto sentido**— el misterio de la Encarnación, que atrajo al Verbo hacia la tierra para hacerse hombre.

Unido al Dios hombre, el sacerdote opera el misterio de la transubstanciación. Entonces el Dios hecho carne, al servirse del sacerdote para la transubstanciación —como se sirvió de su propia humanidad para instituir la Eucaristía— refleja en él místicamente y en cierto grado el misterio de la Encarnación.

Lo que no debe extrañar, pues en realidad todos los misterios se reflejan en el corazón del sacerdote a la hora de la consagración. El misterio de la unidad muy especialmente, porque, al transformarse en Mí en aquella hora solemne del sacrificio, viene a ser **uno** Conmigo, en la unidad de la Trinidad.

También se refleja en él el misterio de la Eucaristía, porque al transformarse en Mí, participa de la unidad de la Eucaristía, cuya sus-

tancia es una, aunque se multipliquen las especies.

* * *

Dios es misterio que la fe ilumina, que la esperanza aclara y que el amor penetra y que hace que el hombre se una con Dios, se divinice y se transforme.

Las virtudes teologales tienen su perfecto desarrollo en el sacerdote que se transforma en Mí; crecen y se agigantan en su alma, lo elevan de la tierra y sobrenaturalizan su vida. Esas virtudes teologales son como las alas que lo sostienen entre el cielo y la tierra, y no lo dejan mancharse con su contacto ni empolvarse siquiera.

¡Cuántas ventajas tiene, para el sacerdote sobre todo, la transformación en Mí! No puede el sacerdote medir, ni criatura alguna, las riquezas y los tesoros inmortales que encierra para sí mismo y para otras almas. Porque lo de Dios se difunde. Dios no puede estar ocioso ni en Sí mismo ni en las almas a quienes se comunica; porque el Espíritu que lo mueve —que es el Amor— es activo y no descansa, siempre dando a Dios, que es lo mismo que si siempre diera amor.

Y claro está que a los Obispos y a los sacerdotes el Espíritu Santo los distingue, porque son más de El, porque le pertenecen por derecho de **justicia**, de **elección** y de **donación**. A ellos los ha ungido, sobre ellos ha descansado y en ellos tiene su morada y su nido.

Y si todos los cristianos desde el bautismo son su templo, los sacerdotes no sólo son

su templo, sino su posesión. Porque el Padre se los dedicó eternamente al Espíritu Santo; porque Yo —el Hijo— los conquisté por mis infinitos méritos; porque el mismo Espíritu Santo, cuando encarnó al Divino Verbo en María, se gozó también en divinizar la vocación sacerdotal con el contacto del Verbo, el Sacerdote eterno, y puso en esa vocación una fibra de la fecundación del Padre y un reflejo de la pureza de su Inmaculada Esposa, imagen de la Iglesia.

Por derecho, pues, le pertenecen los sacerdotes al Espíritu Santo, que desde la eternidad le deben favores inauditos y gracias estupendas que muy pocos le agradecen.

¿Quién cuidó, si no, su vocación hasta conducirlos al altar?

¿Quién infundió en ellos ese alejamiento del mundo y ese amor a la pureza?

¿Quién les dio fortaleza y valor para dejar los lazos naturales y entregarse para siempre a Dios en cuerpo y alma?

¿Quién les infundió la fortaleza para las abnegaciones futuras, para los sacrificios constantes, para las soledades del alma y del corazón?

¿Quién les abrió caminos y les inspiró los heroicos renunciamientos que necesita un sacerdote para llegar al altar?

¿Quién los ha sostenido antes y después en sus luchas internas que sólo Yo veo, y quién los ha elevado a la altura de su vocación y les ha dado la victoria?

El sacerdote ignora toda la acción salvadora, reconfortante y glorificadora que le debe

al Espíritu Santo y las luchas que este Santo Espíritu ha tenido y tiene con Satanás, para cuidar sus cuerpos y sus almas expuestas a ser desgarradas por el Espíritu del mal.

Y sólo cuando la voluntad humana se ha rebelado contra El, el Espíritu Santo ha tenido que ceder el campo al enemigo, con gemidos inenarrables; pero pronto a volver a tomar posesión de lo suyo en el momento en que humildemente lo invoquen por el arrepentimiento.

El Espíritu Santo es tan fiel que jamás abandona a quien se le ha confiado. Es mi Espíritu. soy Yo mismo en El y en el Padre, en cuanto que tenemos una sola Divinidad; todos Tres somos ternura y caridad. Somos quienes nos contristamos con las rebeldías e ingratitudes de los sacerdotes que tanto amamos y que tanto le deben a la Trinidad Santísima.

Pero también nos alegramos con sus triunfos y nos gozamos en remunerar a los sacerdotes con más y más carismas de amor, con gracias, virtudes y dones para premiar sus victorias.

Nunca está solo el sacerdote, sino que la Trinidad misma lo acompaña a todas partes de una manera especial, lo proteje a todas horas y lo ama siempre.

Esa Trinidad inefable, eterna, e inmensa, es tá siempre velando sobre él y a su disposición, y —¡cosa que asombra a los ángeles!— para ser utilizado en su favor y en el de los fieles, en el cumplimiento de su santo ministerio.

¡Todo un Dios infinito a la disposición del sacerdote en la santa Misa, en los sacramentos, en el ejercicio de su ministerio!

Pues bien, para perfeccionar esa vida de intimidad con la Trinidad, vengo a pedirle su transformación en Mí, que es de **justicia,** y a darle un don más para él, una perla más para su corona.

Para esto he tocado el corazón del sacerdote en todas sus fibras principales en estas confidencias amorosas, y he ampliado su camino de santidad en la tierra y abierto ante sus ojos horizontes de perfección que está en su deber alcanzar para llenar mis designios sobre la tierra.

LXVI

DESCONFIANZA

"Es muy triste lo que voy a decir: pero existen sacerdotes endurecidos, porque no limpian su corazón del mundo y de la carne; porque no hay cosa que más petrifique y perjudique al sacerdote como el aseglararse y el ponerse en contacto con lo que no es puro.

Estos pecados hacen empedernido el corazón del sacerdote y matan en él lo espiritual; y con estos pecados pierde la fe, y como consecuencia inmediata, se posesiona de él la desconfianza en mi grande misericordia.

La desconfianza, en las almas sacerdotales, es el arma principal del demonio para alcanzar el triunfo de su malicia, que es la impenitencia final del sacerdote. ¿Si se dieran cuenta de la lucha que se traba entre los dos espíritus, el Espíritu Santo y el espíritu del mal, en la hora tremenda y decisiva de la muerte del sacerdote?

Ahí estoy Yo, corrido, avergonzado y ofendido por el pecado más terrible y más doloroso para mi Corazón, para mi Ser de amor: el pecado contra el Espíritu Santo, el que no se perdona, el de **la desconfianza en Dios.**

A esto conduce Satanás; éste es su fin en el sacerdote pecador, que se va enfriando poco a poco en mi servicio y en la vigilancia de su alma. Allá lo espera el demonio para darle el golpe de gracia y arrebatarlo por fin de mis brazos y de mi Corazón, para hundirlo en el infierno.

Comienza la tibieza en el sacerdote; luego viene el desaliento, la falta de sacrificio que lo impulsaba en sus obras espirituales; se va apagando la fe que le daba vida, muere la esperanza y envuelve a esa alma desgraciada la última **arma** que esgrime Satanás y con la que arrebata muchas almas de mis brazos: **la desconfianza.**

Más que nadie, el sacerdote tiene que estar muy alerta sobre su santificación y tomarse a menudo el pulso de su fervor, darse cuenta de la limpieza de su corazón y de su amor hacia Mí y hacia la Santísima Virgen.

Cada día deben reforzar su espíritu con nuevos bríos por la oración y, sobre todo, debe sacrificarse en el cumplimiento de los deberes de su ministerio.

Un cristal debe ser el alma del sacerdote que refleje al Espíritu Santo en todos sus actos; pero, sobre todo, debe poseerlo para amarme **con el mismo Espíritu Santo,** que es el amor del Padre, el más perfecto amor. Lejos de él

contristar a ese Santo Espíritu a quien tanto le debe; antes bien, debe manifestarle su gratitud, correspondiendo fidelísimamente a todas sus inspiraciones. Debe obrar por El y con El para agradar al Padre y a Mí que tanto hago por su bien. ¿Qué más que darle con mi Padre a nuestro Espíritu mismo y a mi Corazón con El?

Y ¿cuál es el medio que cierra la puerta al más grande mal que puede existir, y que es el de la desconfianza?

—La transformación del sacerdote en Mí. Entonces se llega a la intimidad más grande que puede existir Conmigo; y con mi amistad y con mi amor, ¿quién puede temer? Entonces, seguro y apoyado en Mí, trabaja el sacerdote hasta llegar a heroísmos increíbles; y con la fe más grande, y con la esperanza más firme, y aquilatada su confianza con la caridad, espera, seguro y tranquilo, su corona inmarcesible del cielo.

La duda no se acerca jamás al sacerdote transformado en Mí; entonces no le arredra ni la vida, ni la muerte, ni los peligros, ni las penas, ni los calvarios, ni el presente, ni el futuro; porque su confianza en Mí es perfecta.

Y aunque su humildad lo haga desconfiar, es sólo de sí mismo y jamás, jamás de mi amistad, de mi gracia y de mi amor. Si fue ingrato, infiel y desleal; si me ofendió aun gravemente, ¡no importa!; a tal grado han aumentado en él las virtudes teologales en su tranformación en Mí, que esas virtudes sublimes lo han borrado todo, porque el amor y la esperanza con la fe

en mi grande bondad y misericordia le han traído con el arrepentimiento la confianza, y antes sufriría mil muertes que perder esta joya nacida del amor.

¿Quién que me conozca a fondo podrá desconfiar de Mí? ¿Qué sacerdote, que ha gustado la intimidad Conmigo, que ha conocido el abismo sin fondo de la ternura de mi Corazón, que ha experimentado los grados de unión divina de mi alma con su alma, puede dudar de mi amor infinito hacia él?

Es preciso a toda costa que los sacerdotes se acerquen a Mí en la intimidad de los corazones. ¡Que no teman, **que soy yo**; que si me han ofendido, Yo soy el perdón de Dios; que en Mí tienen un hermano, un hijo, una madre, un Padre, un Dios-hombre que los ama con las entrañas más tiernas, con predilecciones sin nombre, que les tiende los brazos y que quiere salvarlos, abrazarlos, estrecharlos contra su Corazón que se dejó romper para que en él cupieran principalmente todos los sacerdotes, para transformarlos en Mí, su Jesús, todo misericordia y bondad!

Y yo sé por qué digo hoy esto, Yo sé por qué quiero que se sepa que mis labios están no sólo dispuestos, sino ansiosos por darles un beso de paz... Mi misericordia supera hoy a mi justicia; todo lo olvido, he echado al mar sus extravíos, quiero perdonarlos, volvería con gusto a mil calvarios, si con esto moviera sus corazones y los atrajera hacia Mí.

Pobres y ricos, jóvenes y ancianos, y en cualquier puesto o jerarquía de mi Iglesia en la

que se encuentren, mi Padre y Yo sólo vemos un solo sacerdote en ellos, para unirlos a la unidad de la Trinidad, por el Verbo, Sacerdote eterno, que quiere regenerar, perfeccionar y salvar.

Que vengan a Mí todos los sacerdotes para alentarlos, para perdonarlos, para curar sus heridas, para enjugar sus lágrimas, para cicatrizar sus llagas, para hacerlos UNO conmigo, para transformarlos en Mí, para rendirme con su confianza.

Quiero romper en mil pedazos ese puñal de la desconfianza que traspasa el alma; quiero acabar con ese enemigo que me arrebata muchas almas sacerdotales; quiero mostrar al mundo mi triunfo sobre el infierno, darle honor y gloria a mi Iglesia, y contemplar también los santos anhelos de mi Corazón de amor con sacerdotes santos, todos en el seno del Padre, sin dejar uno solo que no se albergue en mi Corazón".

LXVII

DOS PAPELES DE JESUS

"El mayor milagro de mi Divinidad en la tierra fue el de esconder sus resplandores dentro de la Humanidad sacratísima. Milagro de mi omnipotencia fue ocultar los esplendores eternos de mi Ser.

Y este prodigio sobre toda ponderación lo produjo el amor, el amor que quería atraer y no atemorizar con los rayos de mi Majestad; el

amor que se abajó a tomar carne, a hacerse hombre para que el hombre no se alejara de Mí ni me temiera; sino que uno Conmigo, en la fraternidad de la carne, se me acercara, me tocara, me viera sin morir y me diera toda su confianza.

Haciendo milagros de omnipotencia y de amor, quise ganar al hombre con esa delicadeza en la que jamás se piensa ni menos se agradece. Yo sabía que iba a morir, que vine a la tierra sólo para santificarla, para conducir con mi doctrina única a la humanidad hacia el cielo.

Pero, no le bastó a mi amor infinito unos cuantos años de portentoso milagro —el de esconder y ocultar mis resplandores en la tierra—, sino que quise perpetuar este milagro hasta el fin de los siglos en la Eucaristía. También ahí velo mis resplandores para que el hombre no tema, sino que sólo me ame con la confianza de esa igualdad que da el amor.

¿Por qué llama la atención y hasta se duda de la Eucaristía, si es sólo un rasgo de mi amor íntimo y de su unidad? Todo un Dios no encontró manera más propia para manifestar su sed de acercamiento al hombre que bajar al mundo y quedarse en la Eucaristía sin dejar de ser divino.

Quiso Dios juntar dos polos, la Divinidad con la humanidad culpable, que necesitaba de una Carne pura para purificarse, de un amor divino para divinizarse. Y he aquí algo estupendo: juntar la Majestad con la tierra, la Pureza con la malicia, no mía, sino cargada por Mí, para expiarla de Dios a Dios.

Yo mismo, Dios-hombre, perdonaba y expiaba; redimía y premiaba; pero, ¡a costa de cuántas penas externas e internas! ¡a costa de cuántos sacrificios que han pasado y pasarán desapercibidos para el mundo sensual y aun para muchos corazones de los míos!

Por una parte, cargaba como Cordero los pecados para expiarlos, me avergonzaba y me avergüenzo aún, con una vergüenza casi infinita ante mi Padre, por los pecados del mundo que llevaba sobre mi pecho como un fardo inmenso, como una montaña que no me mataba sólo porque era Dios.

Por otra parte y al mismo tiempo que presentaba mi vergüenza ante la Divinidad ofendida, hacia que esa vergüenza en el hombre- Dios atrajera la misericordia del Dios-hombre. Yo mismo, porque soy una sola Divinidad con el Padre y el Espíritu Santo.

Y esta lucha, y este peso de los pecados del mundo, y estas dos cosas en Mí: el hombre expiando y Dios perdonando, que fue mi vida en la tierra, continúa lo mismo en el cielo. Porque el título de Redentor no acabó con mi muerte, sino que se perpetúa en el cielo ante la Divinidad ofendida para alcanzar su perdón. Jesús Salvador en la tierra, continúa siendo Jesús Salvador en el cielo, y presenta ante la Divinidad mi Sangre —en cada misa, sobre todo— que se refleja en el cielo, y mis méritos, mis llagas mi amor al hombre para conmover a la Divinidad en favor del hombre.

Y este papel, que durará hasta el fin de los siglos, es el que quiero para mis sacerdotes por

medio de su transformación en Mí; ésta debe ser su misión, continuación de la mía. ¡Que sean otros Jesús, **unos** Conmigo, víctimas Conmigo, ofreciéndome y ofreciéndose —transformados en Mí— al Padre celestial, a la Divinidad **siempre ofendida**, para alcanzar perdón, misericordia y gracias para las almas!

Y tan identificados en Mí quiero tener a mis sacerdotes, que siendo otros Cristos, alcancen de la Divinidad lo mismo que Yo, y en cierto sentido más que Yo, si así se necesita para desempeñar mi papel en la tierra y representar mi Persona Divina con dos naturalezas, divina y humana.

Es indispensable para continuar Yo en ellos mi misión en la tierra, que sean otros Yo. Yo en ellos para expiar y perdonar; porque mucho de mi Divinidad hay en los poderes conferidos a mis sacerdotes y ellos los poseen para impartir la gracia a las almas.

¿Qué harían mis sacerdotes, si mi Divinidad no los asistiera y no pusiera en sus manos los tesoros inmortales, sólo emanados y participados de esa sola y única Divinidad, una en las tres Personas Divinas?

¿Qué haría mi Iglesia católica sin esa Divinidad única que la posee y que le da vida? No sería inmortal, no tendría ningún valor su doctrina, sería estéril, sin dar jamás frutos de vida eterna.

Pero mi Iglesia es divina, porque tiene consigo a las tres Divinas Personas, y también me tiene a Mí, como Dios, la segunda Persona de la Trinidad, y como hombre, escalón para lle-

gar a esa Dinividad. Me tiene a Mí como Redentor divino, como Glorificador divino, como Santificador divino, en el Espíritu Santo.

¿Qué haría el mundo sin mi Iglesia y sin Mí, Dios hombre, que hace los dos papeles: de hombre qe expía y de Dios que se conmueve; de hombre-Dios, de Dios-hombre por amor, y que quema esa basura en el fuego del amor divino?

Nadie, ni muchos de los míos tienen en cuenta estos pensamientos que son una feliz realidad. ¡Qué pocos piensan en mi papel de Redentor como hombre-Dios y de Salvador como Dios-hombre! Y pocos se me hacen los siglos para seguir ofreciendo a la Divinidad ultrajada los méritos del hombre-Dios adquiridos sobre la tierra, asociados a esas expiaciones voluntarias, a los dolores de muchas almas y de muchos cuerpos, que entrando en mi unidad, se sacrifican en el mundo y completan mi Pasión que nunca se completa, por mi sed de más padecer y porque nunca cesan los pecados de los hombres.

¡Ah! ¡de piedra hay que tener el corazón para no conmoverse con mi ternura, para no rendirse ante tal amor y abajamiento, ante tantas pruebas de ese Amor Redentor, Salvador y Glorificador en las Almas!

Estas verdades deben conmover principalmente a mis sacerdotes y darles una idea de la vocación sublime que desempeñan al representarme. Que las graben en lo más íntimo de su ser y que continúen, en íntima y transformante unión Conmigo, su papel de sacerdotes, de ma-

nera que sean dignos de expiar y de perdonar, de redimir y de salvar".

LXVIII

DESEOS Y QUEJAS

"Quiero introducir en el mundo un espíritu de confianza y no de temor; quiero hacer más y más amable mi religión, más dulce y atractiva, y ampliar los corazones apocados, desconfiados y temerosos. Mi Iglesia es de amor, porque Yo **soy amor.**

Quiero espíritus rectos, sí, pero con libertad para desahogarse Conmigo y para manifestarme su amor. No quiero almas paralizadas por el temor, sino confiadas por el amor. Esa libertad de espíritu quiero que mis sacerdotes inculquen en las almas, porque mi doctrina no es para atemorizar, sino para atraer; no es adusta y dura, sino amable: mi yugo es suave y mi peso es ligero.

Y si en los fieles quiero esa santa confianza amorosa que facilita el camino de la cruz, ¡cuánto más debo quererla en mis sacerdotes, unos Conmigo, que soy la amabilidad personificada, la fineza, la dulzura, la suavidad, la ternura, la caridad, con un Corazón en donde caben justos y pecadores para perdonar y salvar!

Quiero que se quite el hielo de los corazones, quiero acercar las distancias que separan de Mí a las almas; quiero que me conozcan como soy: no un Jesús que **pasó**, sino un Jesús **presente**, no tan sólo en el Sagrario, sino tam-

bién en lo íntimo de cada corazón, porque "el reino de Dios dentro de vosotros está".

No sólo quiero que se me honre en los templos de piedra, sino en los templos vivos de las almas. Ya no más distancias entre los sacerdotes y Yo; porque hay muchos que son míos y se portan como si no me pertenecieran. Se me **presentan** para muchos actos, como el de la misa la administración de los sacramentos, etc.; pero **no se me dan**, quedamos distanciados.

¿Y por qué? —Por muchas causas. A veces, porque no están puras sus conciencias; otras, por la disipación y el mundo que ha entrado en sus corazones; otras, por considerarme sólo como el Dios del Sinaí y del diluvio, arrojando fuego del cielo y consumiendo ciudades; pero pocos relativamente contemplan mi humilde amor de hombre Dios, que vine al mundo y que estoy en los altares y en los corazones sólo para amar, para salvar, perdonar y consolar. No ven en Mí al Jesús manso y humilde, todo benevolencia y cariño; al Jesús del Pesebre y del Calvario y de la Eucaristía, todo amor, siempre amor, que mendiga el amor de la criatura...

Y si con algunos tengo derecho a **pedir más**, porque **más les he dado**, son a mis sacerdotes, a esas almas escogidas, delicadas y predilectas, a quienes sólo sé amar y perdonar. Sólo a un sacerdote empedernido, desconfiado e impenitente, rechazo; pero con mis gracias, con mi bondad infinita y con mi amor sin límites hacia él, lo busco, lo persigo, lo soporto y le brindo mi perdón hasta el último instante de su vida, en que la lucha tremenda entre el amor y la ingratitud concluye...

Pero, ¡ay! ¡concluye desgarrándome el alma, sangrando mi Corazón al ver arrancada una de sus fibras, no sólo por el demonio, mi enemigo irreconciliable, sino por la voluntad impenitente de un alma predilecta, escogida entre millares desde la eternidad y colmada de insignes gracias, a la que brindé el cielo hasta el último instante de su vida! ...

¡Es terrible para la ternura de mi Corazón perder un alma de sacerdote para siempre; es dolorosísimo para mi alma verlo engolfado en las cosas de la tierra que pasan, en los mil peligros y lazos en los que al fin cae y que no quiere romper para volver a mi seno!

¡Cuánto se contrista mi Corazón divino al ver preferido un amor culpable que pasa, que mancha y que, no sólo deja tras sí una huella de lágrimas y de espinas, sino abismos insondables que eternamente apartan de Mí al sacerdote réprobo! ...

¡Quiero encontrar un corazón donde desahogar la amargura infinita del mío! ¡Tengo tan pocas almas, relativamente, en quienes vaciar mis penas! Y éstas son las más hondas y profundas, las de mis sacerdotes; porque también son las almas que más amo y a quienes he otorgado más que mi amistad, la intimidad de mis secretos de amor y una participación singular de mi misma Madre que no les di a las demás almas.

Pero estos extremos irremediables de la perdición de mis sacerdotes —que desgraciadamente se dan—, se evitarían con su transformación en Mí, con su confianza inconmovible

en mi bondad, misericordia y perdón, y por la entrega total, generosa y para siempre de su voluntad.

Y las demás almas pueden ayudar con la oración y los sacrificios. Estas confidencias, además, Yo prometo que salvarán a muchos sacerdotes de los peligros, conmoverán a muchos corazones extraviados y enfervorizarán a los buenos".

LXIX

INVITACION APREMIANTE PARA LA TRANSFORMACION

"Las virtudes teologales se perfeccionan y se agigantan en el corazón del sacerdote que se transforma en Mí; iluminan su corazón como faros rediantes y lo enardecen y elevan de las cosas de la tierra a las espirituales y divinas.

Yo, ni como hombre ni como Dios, necesito de la fe y de la esperanza, que salen como efluvios de la Divinidad para bien de las almas y como condición indispensable para salvarse; pero Dios no necesita fe, ni esperanza. Y en cuanto a la caridad, no es en Dios una virtud, sino su esencia.

La fe es como el crisol del hombre, una prueba que Dios le ha puesto como su Soberano que es, para que rinda su juicio ante la Palabra de Dios, y así, honre a la Divinidad.

La esperanza es una virtud que eleva, que hace poner la vista del alma en lo divino, que

no ve, pero que está segura de alcanzar. Es virtud que implica confianza, que se apoya en el cielo, que no se arrastra ni se empolva con la tierra. Es la virtud del que sufre, que infunde en el alma la certeza de la bondad divina y la arroja a la confianza y la tranquiliza. Es una virtud que da valor, hambre y sed de lo divino.

Y la caridad es la que enlaza la fe y la esperanza, ama ciegamente y ama conscientemente, pero con locura divina, con abandono santo, con donación absoluta y con plena voluntad.

La caridad se extiende a todo, lo espera todo, lo cree todo de Dios a quien sirve, a quien posee, a quien pertenece, de quien depende, a quien ama y amará, en el dolor y en el gozo, hasta perderse en ese piélago insondable del amor.

Pues bien, estas virtudes, perfeccionadas hasta el mayor grado posible en la tierra, las posee el sacerdote que se transforma en Mí.

Y ¿qué diré de los Dones con que el Espíritu Santo enriquece a las almas de los sacerdotes cuando éstos se prestan y se dejan trabajar por El en su transformación en Mí? No tiene idea el hombre de los carismas con que el Espíritu Santo adorna el alma de los sacerdotes, porque reflejan mi Alma, en la que Dios derramó todos sus secretos tesoros con toda la espléndida largueza divina.

Así es como Yo pago los pequeños sacrificios que se hacen por Mí. Siempre pido poco para dar mucho; y aun en eso poco, Yo ayudo al trabajo del alma para premiar después, con la

munificencia de un Dios, los esfuerzos y la voluntad del sacerdote.

La voluntad del hombre es el amor; y ese amor espontáneo es el que me satisface, el que pido, el que busco, el que no puedo tener, si el hombre no me lo da.

¿Quiénes de mis sacerdotes, sabiendo todos los tesoros divinos que encierra su transformación en Mí, no se esforzarán con todo el ardor de sus almas por alcanzarla, en cuanto de ellos depende; y ya no por interés, sino por puro amor, por sólo la gratitud que me deben, al tener en cuenta mi predilección de amor?

Se necesita no tener corazón para desoír mi voz en estas Confidencias; voz de un padre, de un hijo, de un hermano, voz de un Dios que quiere unirse más y más a los sacerdotes con esa inefable unión, la más alta que puede existir en la tierra y aun en el cielo: la unificación en Mí; y por mí, en la unidad perfecta de la Trinidad.

He explicado mi plan de variados modos; he puesto a la vista mis deseos, mis vivos anhelos de la perfección en mis sacerdotes; y ahora sólo resta que ellos escuchen mi voz y no se disimulen ante ese nuevo llamamiento amoroso de que tendrán que darme cuenta, si lo desprecian.

Ya he dicho que quiero volver a la tierra, pero encarnado místicamente en sacerdotes santos, en sacerdotes amantes de María, transformados en Mí. Quiero renovar por el Espíritu Santo, no tan sólo la faz de la tierra, sino a los corazones desorientados. Soy la Resurrección

y la Vida, y quiero venir a resucitar y a sacar del sepulcro de sus vicios a tantas almas muertas por el pecado. Quiero venir a despertar los corazones dormidos y aletargados con el narcótico de la sensualidad y de los vicios. Quiero redimir, quiero salvar, quiero que el mundo reaccione y que las virtudes teologales, apagadas en muchas almas, vuelvan a brillar, iluminando el camino para el cielo.

Pues todo esto que quiero hacer con las almas, primero quiero hacerlo con **muchos de mis sacerdotes** que están a punto de escaparse de mis brazos, y más de mi Corazón, y de perderse.

Podría con voz de trueno hacer conocer estas tristes realidades, usando de la justicia de un Dios airado. Pero no; mi voz es voz de amor, de misericordia y de perdón; es voz de Padre, de Madre, de un Jesús Dios-hombre que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Es voz lastimera de un Jesús que gime, que llora la desgracia de muchos sacerdotes; que quiere rasgar sus entrañas y esconderlos en ellas, y acariciarlos, y curar sus llagas y salvarlos

¡Ay! ¡ay! Eso quiere su Jesús ...

Que los fieles pidan al Espíritu Santo que conmueva esos corazones sacerdotales, y que los posea, y que me los dé puros, limpios y santificados, para calmar mi sed de hombre-Dios y para ofrecerlos al Padre, que espera esta reacción favorable, que me la pide amoroso y que Yo, con alma y vida, se la quiero dar.

María está muy interesada en esta reacción de mi Iglesia: de los sacerdotes malos para con-

vertirlos, de los tibios para activarlos y de los buenos para enardecer su fervor. Todo para honrar a la Trinidad en su Iglesia y para bien de toda la humanidad".

LXX

DE LA HUMANIDAD DE JESUS DEBEMOS PASAR A SU DIVINIDAD

"Otro punto en el que mis sacerdotes deben hacer hincapié en sus predicaciones y trato con los fieles y que deja mucho que desear es el de hacer pasar a las almas de mi santa Humanidad a la Divinidad que hay en Mí y que forman precisamente al Dios-hombre. Quiero hacer que esta doctrina sea familiar y comprensible, si se predica en su hermosa aunque sublime sencillez.

Multitud de almas se detienen sólo en mi Humanidad, sin pensar siquiera en la Divinidad que la acompaña y que la diviniza. Es cierto que sólo por Mí, Jesucristo, se pasa al Padre; y aún más: es indispensable pasar por mi Humanidad para llegar a El; pero **pasar**, digo, no quedarse en la carne sin pasar al Espíritu Santo, no quedarse en lo humano sin pasar a lo divino. Esto quita mucha gloria a la Trinidad, y millares de almas concluyen su vida sin haberse fijado más que en el hombre, sin conocer en Mí al Dios-hombre. Si acaso muy someramente saben que soy Dios-hombre, pero sin adorar a la Divinidad, a Dios en Mí.

Yo vine a la tierra precisamente para atraer al hombre a lo divino, y me hice hombre para

que adoraran en Mí al Dios-hombre, no al hombre solo.

Con mi vida de Niño, tan tierna y delicada; con mi Pasión y muerte, tan dolorosa y llena de afrentas; vine a mover los corazones, a enamorarlos de Mí; pero no para que se quedaran en lo humano que hay en Mí, repito, sino para que se sirvieran de ello como medio para llegar a la Divinidad, inseparable de mi Humanidad.

Aun en mi Corazón todo amor no debe adorarse el corazón de carne, sino a la Divinidad que lo posee. Hay que completar también este matiz en el que la mayor parte de las almas no piensan y que muchas hasta desconocen. Mi Corazón de carne, con Sta. Margarita, quiso conmover lo sensible de los hombres y manifestar, con esa entraña la más noble del hombre, el amor. Pero es preciso enseñar más hondamente, más intensamente, a amar mi Corazón en todas sus propiedades; su amor humano, pero derivado del amor divino; a enseñar a las almas lo más íntimo de mi Corazón de amor, sus dolores internos, uno a uno, sus dolores divinizados y salvadores.

En mi Corazón, sólo su forma y sus latidos es lo que tiene de hombre, es lo humano, aunque divinizado; pero sus dolores redentores son divinos; sus penas internas por la ingratitud humana son divinas; su vergüenza ante el Padre celestial al querer cubrir a la humanidad culpable es divina; sus ansias, sus penas por ver ofendida y despreciada a la Trinidad son divinas; sus dolores morales, sus dolores místicos en las misas, sufriendo en lo más delicado e ín-

timo por los sacerdotes malos, indignos o indiferentes, son divinos.

Y precisamente mis dolores redimen y salvan, porque están unidos a la Divinidad del Dios-hombre; sólo por eso salvé al mundo y abrí el cielo.

Ha llegado el tiempo de hacer brillar la Divinidad de mi Corazón; de hacer amar más y más al Verbo hecho carne; de elevar las almas a que se vean en Mí, en cualquier paso de mi vida, lo divino, al Verbo en sus dos naturalezas, la divina y la humana. Ha llegado el tiempo de desarrollar en toda su plenitud el conocimiento interno de mi Corazón; no solamente a enseñar al mundo las insignias con que se presentó, sino el valor de esas insignias, su fondo divino y humano, para hacer pasar a las almas de lo material a lo espiritual, de lo natural a lo sobrenatural, de lo humano a lo divino.

Hay que hacer ver que el crucifijo no sólo representa a un hombre clavado en la cruz, sino que en él se debe buscar y adorar también lo divino que hay en él, a la Divinidad. Hay que manifestar a las almas, repito, el fondo interno de los dolores de mi Corazón, sus insondables abismos de amargura que llevó en su fondo desde el instante de la Encarnación y que me martirizó ocultamente toda mi vida.

Es necesario que amen las almas a Dios, pero en espíritu y en verdad, que ahonden en ese mar sin fondo del Espíritu Santo en Mí y adoren a la Divinidad.

La materia del hombre tiende a lo material y de ahí la idolatría; por eso Yo vine a tomar

carne en María, para que, atraídas las almas por lo material, pasaran a lo espiritual. No es conocido en todas sus fibras mi Corazón en tantos siglos que han transcurrido; hay en él regiones ignoradas por los hombres, tesoros escondidos y un manantial de amor divino y humano jamás agotado. Mis sacerdotes, transformados en Mí, conocerán en toda su extensión las intimidades dolorosas y tiernas de mi Corazón divino para darlas a gustar a las almas. No fue la cruz del Calvario la que más me martirizó, sino la cruz de mis dolores internos, que deben dar a conocer mis sacerdotes.

Que se me entienda, que se me estudie, que se me comprenda, que se ame en Mí más a la Divinidad que a la Humanidad, que el mundo separa y que están indisolublemente unidas. Entonces se me amará en espíritu y en verdad: a Dios en Mí, a Dios-hombre, a Dios-Espíritu, a Dios-Verdad, a Dios-Luz, a la Divinidad en tres Personas Divinas.

Todo esto toca hacerlo a los sacerdotes, que si se transforman en Mí, los bañarán claridades divinas, conocimientos ocultos hoy a sus ojos, abismos de luz, con cuya claridad esplendente llevarán a cabo mi voluntad".

LXXI

LA TRANSFORMACION DE LOS SACERDOTES EN JESUS ES UN DEBER

"Quiero espiritualizar a las almas que viven ahora materializadas. La fe se unde, sólo reina

la vida animal y la generalidad de las almas olvidan su origen y su fin. Mas para espiritualizar al mundo necesito almas interiores de sacerdotes, poseídas del divino Espíritu; almas como mi Alma, cuerpos como mi Cuerpo, corazones como mi corazón, sacerdotes como el sumo y eterno Sacerdote.

Que no se crea que es sólo una invitación la que hago a mis sacerdotes para que se transformen en Mí —esta invitación de un Dios hombre, es sólo una delicadeza de mi amor—; pero en el fondo, el que se transformen en Mí, Jesús, Salvador de los hombres, ha sido siempre, y más en la actualidad, una obligación sagrada, un deber de conciencia que debe conmoverlos en lo muy íntimo para corresponder con todas sus fuerzas a esta gracia inmensa.

Que piensen diariamente mis sacerdotes en que, en la medida de su transformación en Mí, será el fruto que obtengan del ministerio espiritual que les he confiado. Que mediten en lo íntimo de su corazón el deber que tienen de ser espirituales para espiritualizar y santos para santificar.

No es una novedad o sólo un pasatiempo el que Yo haya señalado para estos tiempos **el reinado del Espíritu Santo en el mundo.** Esta voluntad de la Trinidad —el pleno reinado del Espíritu Santo— encierra grandes planes, secretos designios e inapreciables bienes para la Iglesia y para las almas, y una gloria inmensa para la misma Trinidad. Dios es siempre oportuno, y con una mirada amorosa y con infinita caridad contempla las épocas y las necesidades de las naciones y de cada alma.

Ha llegado el tiempo de impulsar el reinado del Espíritu Santo y de poner una barrera inexpugnable a Satanás, espiritualizando las almas. Mas para esto tengo que valerme de los instrumentos que más íntimamente me pertenecen —de mis sacerdotes—, que son los indicados para salvar al mundo; pero transformados en Mí por el Espíritu Santo.

Es una necesidad apremiante en grado sumo la que tiene mi Iglesia de sacerdotes santos; y nadie es santo, si no se transforma en Mí por el Espíritu Santo y por María. No hay que buscar otros medios, no hay que subir al Padre por otra escala, si no es por esa transformación.

Mi Padre al fundar la Iglesia sólo tuvo un fin, fin de unidad porque El, ni en Sí mismo, ni en sus concepciones eternas, ni en su fecundidad asombrosa, ni en sus deseos, ni en sus obras, puede tener pensamientos o intenciones fuera de su unidad. Pues bien, al fundar su Iglesia, su ideal fue no hacer muchos sacerdotes que se disgregaran saliéndose de su unidad, sino **un solo Sacerdote en Mí,** un solo Santo en Mí, por el divino Espíritu. Por esto, a la hora del acto más sublime de todos los ministerios de la Iglesia —el sacrificio de la Misa—, el Sacerdote soy Yo, el sacerdote se pierde en Mí; y Yo en él soy el que honro entonces de una manera divina al Padre, en unión con el Espíritu Santo. Yo en el sacerdote soy el que me inmolo, el que me ofrezco, el que me sacrifico en favor del mundo. Pero, como lo he dicho, no quiero que sólo en los momentos de la Misa el sacerdote sea Yo, sino siempre, siempre sea otro Jesús

en donde mi Padre tenga sus complacencias, en donde las bendiciones de mi Padre tengan digna acogida, en donde el Corazón de mi Padre descanse.

¡Oh! las prerrogativas del sacerdote que se transforma en Mí serían las mismas mías, porque mi Padre no vería en ellos sino a ese Uno que lo cautiva, que lo embelesa, que lo atrae, donde se retrata, que realiza la misión sublime que traje a la tierra: **consumarlos en la unidad.**

No es una mera devoción, una mera fórmula, esto de querer la transformación de los sacerdotes en Mí; sino una cosa esencial en los sacerdotes, repito, que pocos relativamente han tomado en serio y que es necesario para la gloria de mi Iglesia amada.

Ha llegado el tiempo, como vengo diciendo, de una reacción poderosa, de fondo, desde lo profundo de los corazones sacerdotales, para satisfacer un deseo, un mandamiento, una petición amorosísima de mi Corazón: el hacerlos UNO con el UNO, el consumarlos en la unidad, por el medio único que existe y que es su transformación en Mí.

Por esta disociación, por esa disgregación de mis sacerdotes no unificados en la Trinidad, la Iglesia y las almas no han llegado al pleno desarrollo espiritual y santísimo que pretendo.

Hay mucho de natural en mis sacerdotes, hay mucho de humano, sin elevación de miras, con bajos criterios terrenos que desdora y deshonra lo que es mío. Por eso quiero espiritualizar la vida de los sacerdotes, sobrenaturalizar su ser entero, su corazón, su alma, su vida, trans-

formándolos en Mí, para que tengan mi mismo Espíritu, mis entrañas mismas y latidos, mis dones y virtudes, y hasta mi Poder comunicado por la Divinidad.

Quiero hacer RICOS a mis sacerdotes, y no con las riquezas vanas y transitorias que pasan, sino CONMIGO MISMO, comunicándoles, participándoles, unificándolos con todo lo que soy y tengo mío para consumarlos desde la tierra en la unidad de la Trinidad.

¡Cómo anhelo esa transformación de los sacerdotes en Mí, que de tantos modos he pedido! Y es que mi alma no sufre verlos lejos, y menos, perdidos; y me duele **muy íntimamente** su indiferencia, sus pecados, sus deslealtades, su frialdad para con mi Iglesia y con relación a los intereses espirituales en sí mismos y en las almas. Eso quiero quitar, y más que para mi consuelo y contento para su bien, para su perfección, para modelarlos Conmigo y hacer sonreír a mi amado Padre.

Que se pida constantemente esta reacción espiritual en mis sacerdotes; que no puede haberla en las almas, si ellos primero no tienen mi mismo Espíritu, si ellos antes no se transforman en Mí".

LXXII

LA TRANSFORMACION TIENE POR FIN CONSUMAR A LOS SACERDOTES EN LA UNIDAD

"¿Por qué insisto tanto en la transformación de los sacerdotes en Mí? Sólo por mi amor

de predilección; sólo por el ardor que consume a mi alma por verlos santos, por ofrendarlos al Padre puros, por llegar a la meta que ha sido siempre el plan de Dios: al hacerlos **uno Conmigo y en Mí**, para formar, como he dicho, un solo Sacerdote en una sola Iglesia, en la unidad de la Trinidad.

¡Los amo tanto! ¡Hay tantas almas sedientas que esperan sacerdotes santos que las santifiquen!

Ya no más esperas, que no las sufre mi Corazón de amor en sus anhelos infinitos de hacer el bien. Yo morí en una cruz, pero resucité y vivo en el cielo tan íntimamente unido a la tierra por mi Iglesia, que me es familiar cuanto se refiere a Ella en sus sacerdotes, en toda la jerarquía y en cada uno de los fieles. Me fui, sin embargo, me quedé, no tan sólo en el sacramento de la Eucaristía, sino en cada corazón.

Por mi presencia divina estoy en todas partes sin que se me oculte el más pequeño átomo existente y por existir. Por mi esencia, todo lo lleno y estoy sin cesar presente en todo lo creado, a cualquier orden a que pertenezca. En todas partes y en cada cosa está, no una parte —porque Dios no tiene partes—, sino todo Dios, llenando todas las cosas con su Divinidad, con su poder fecundo, con su caridad sin límites.

Pero además de estar Yo en cuanto a mi Divinidad en la inmensidad y en lo imperceptible para el hombre, vivo también en cuanto Dios-hombre en el más íntimo contacto con el hombre por el amor, por el sacrificio incruento y por mis sufrimientos místicos, en lo más hondo

de su ser, en sus potencias, en sus sentidos, en su alma, en sus latidos, en sus deseos, en sus quereres, en sus anhelos, en cuanto es.

¡Amo tanto al hombre! ¡Siento tal consanguinidad con el hombre que, mientras sea hombre —y lo seré eternamente— amaré al hombre con aquella fraternidad que enlazó lo divino con lo humano, sólo por la infinita caridad de un Dios.

Amo con pasión todas las almas, todos los cuerpos; pero infinitamente más a los que son mi ECO, mi reflejo, otros Yo, a mis sacerdotes que reflejan en Mí todo el ideal de mi Padre, todo el fin que me trajo a la tierra, que fue llevar al Padre lo que salió del Padre, **en el Hijo**, cabeza de la Iglesia y de toda la humanidad.

Mis sacerdotes en la tierra, después de María, son la obra perfecta del Padre, por ser reflejo de su Hijo único; más aún, son y deben ser su mismo Hijo por su transformación en Mí; deben hacerse uno en el único Sacerdote digno de ofrecerse al Padre.

Porque, repito, el Padre sólo ve un Sacerdote en la multitud de sacerdotes; sólo me ve a Mí en los sacerdotes simplificados en Mí; por que mi Padre **tiende** siempre, **ve** siempre, **quiere** siempre, **siente** siempre dentro de su unidad y atrae todo —y con más razón a su Iglesia y a sus sacerdotes— a la unidad en la Trinidad.

Es la unidad su punto central a donde converge la misma Trinidad y todas las cosas creadas y por crear. Esa unidad, centro infinito y divino de su felicidad, simplifica a Dios. Y por eso están muy lejos de Dios los compuestos

de causas y de efectos que el hombre forja, pero que en el fondo sólo tienen UNA CAUSA, Dios, en la infinita inmutabilidad de su Ser.

El mal del mundo, de las almas y de la Iglesia en sus sacerdotes, sólo proviene de la falta de unidad, de que se apartan de su centro, de que se lanzan a otras regiones en donde se estrellan y se estrellarán por alejarse de su base central, de su centro único, ¡de la unidad!

El florón más grande que caracteriza a mi Iglesia es el de la unidad; esa unidad desconocida de muchos y poco apreciada de otros, pero que refleja a la Divinidad y que es no tan sólo uno de los atributos de Dios sino aún más, la esencia misma de Dios, ¡la unidad! Dios es uno y no puede crear nada fuera de su unidad. Por tanto, si los sacerdotes quieren cumplir con su fin, con su vocación divina, deben divinizarse en la unidad. ¿Y cómo? —Transformándose en Mí, uno con el Padre y el Espíritu Santo.

Sueño en la perfección de esa unidad de los sacerdotes en Mí y de esa unidad entre ellos con su Jefe santo y con sus delegados en la tierra. Unión de obediencia, sí; pero más, unión de miras, de sentimientos, de almas, de ideales y deseos por mi gloria.

Un solo Dios, un solo Sacerdote, Jesús; un solo Pastor en el Papa, un solo rebaño, una sola unidad en la Trinidad; y el mundo se salvará y se unificarán corazones y voluntades, divinizados por una sola Divinidad. Mis sacerdotes en Mí, Yo en ellos y con las almas en un cielo, en una eterna LUZ, en el Espíritu Santo uno, en el seno del Padre, por medio de una Iglesia única,

de un Salvador **único**, de un solo Sacerdote, repito, que llevo en Mí a todos los sacerdotes, y con ellos a todos los corazones, para perderlos en aquel abismo sin fondo de las delicias inefables de la Trinidad.

¿Cómo no ha de sentir mi Corazón vivos anhelos de caridad infinita hacia mis sacerdotes para tomarlos puros, santos y transformados en Mí, para ofrecerlos así a mi Padre para desarmar la justicia de la Divinidad en el mundo; para más, para mucho más: para hacerlo sonreír, para acariciarlo con esas almas, para que aspire el aroma de esas flores sacerdotales, hechas una sola Flor en Mí, el Lirio de los Valles; para que sonría, digo, al ver ya realizado plenamente su plan en la Iglesia, plan de UNIFICACION que hice entrever a mis Apóstoles en la última cena?

Eso quiero, por eso estoy interesado ahora más que nunca, en este nuevo impulso de amor que conmoverá las fibras de muchos corazones sacerdotales.

Sí, sí; ya aspiro el incienso de muchas voluntades que se me sacrifican; ya recibo los miles de latidos de corazones tocados en lo más íntimo y escucho promesas y propósitos de perfección; ya enjugo lágrimas de dolor de sus pecados y siento repercutir en mi pecho los latidos de amor y de gratitud de muchas almas sacerdotales; ya recibo, por manos de María, suspiros, sollozos y llanto de los que son míos y que hacen estremecer mi Corazón... ya les tiendo los brazos y los estrecho sobre mi pecho que los ama tanto; ya me parece que deposito

en sus almas el ósculo de paz con el mismo aliento del Espíritu Santo...

LXXIII

FRUTOS Y PRACTICA DE LA TRANSFORMACION

"Los sacerdotes deben ser Yo; y si son Yo, mi Padre les dará todo lo que a Mí me dio en la tierra, porque en Mí los verá a ellos, no aparte sino en la unidad de la Trinidad; será realizado su ideal de Mí en los sacerdotes y de los sacerdotes en Mí, formando un solo Salvador de los hombres, un solo Jesús, un solo Hijo, en el que tiene todo su amor y sus complacencias.

El Padre en su Verbo ama, en su Verbo se comunica, en su Verbo obra, en su Verbo es feliz. El Padre con el Verbo y con el Espíritu Santo son una única Divinidad; y en esa unidad se embelesan y se extasían, y en ella se encierran todas las cosas. De esa unidad, como lo he dicho, brotan todas las cosas creadas y llevan, por consiguiente, el sello auténtico de la unidad, la señal característica de Dios.

Una sola y única es la Divinidad que diviniza en cierto modo todas las cosas, y en cada cosa, sin dividirse, imprime esa unidad única y total, no en partes, porque Dios no puede dividirse por razón de su espiritualidad y de su unidad; y la Divinidad es el centro de esa unidad suprema.

Si los sacerdotes deben ser otros cristos tienen el deber de unificarse en Mí, de formar

todos un solo Sacerdote en Mí, de prestarme su concurso y su voluntad para formar en Mí y Conmigo al Salvador del mundo. Sólo así darán fruto, sólo de esta manera atraerán a las almas; y a medida de su transformación en Mí será la mies que recojan, y no serán estériles, sino fecundos en gracias y en virtud y le darán almas a mi Padre celestial.

¿No se adivina con todo lo que he dicho las prerrogativas excelsas y únicas del sacerdote, todo ese caudal divino que le comunica todo un hombre-Dios?

¿No se alcanza a vislumbrar hasta dónde llega su grandeza y su excelsitud, hasta poseer lo que nunca se aparta de Mí, lo que forma mi Ser divino comunicado por mi Padre al engendrar a su Hijo, es decir, **mi Divinidad?**

¿No se comprende cómo un Hombre-Dios deifica, una Divinidad diviniza, un Jesús transforma con el poderoso concurso del Espíritu Santo?

¿No nos figuramos a un sacerdote transformado en Mí con todo mi atractivo santo para enamorar a las almas de lo divino, con todo su ser impregnado de mansedumbre, de amabilidad, de dulzura, de suavidad, de serenidad, de fe y de infinito amor, en cuanto cabe decirlo del hombre?

Y no un sacerdote aislado, sino todos los sacerdotes **en uno**, en Mí, ¿se imaginan lo que podrían con mi poder comunicado, lo que santificarían poseyendo en sí mismos a mi mismo Espíritu, al Espíritu Santo? ¡Cómo entonces el Padre derramaría superabundantemente su divi-

-na fecundación espiritual sobre los sacerdotes transformados en Mí y qué prodigios de conversiones obrarían! ¡Cuántas gracias derramarían en los corazones! ¡Qué pureza esparcirían! ¡Qué victorias obtendrían en las almas y cuántas conversiones y transformaciones favorables se obrarían en el mundo por medio de mis sacerdotes santos!

Mi mano no está cohibida; mis favores y mis gracias están prontos a derramarse; los carismas celestiales, mis luces, mi poder y mis favores están detenidos, ansiando recipientes que puedan y quieran contenerlos.

¡Ah! Todo un Dios se detiene esperando, siempre esperando, que los sacerdotes se abran a la gracia; que pidan, imploren, ansíen y rompan con su tibieza; que se esfuercen en hacerse dignos de recibir el abundante rocío del cielo.

Y ¿cómo? —Transformándose en Mí. Pero, ¿cómo se opera esa transformación prácticamente? —**Amando;** que del amor se deriva la generosidad, la abnegación, el olvido propio, el sacrificio, el celo ardiente por mi gloria, la fe, la esperanza y el tener una sola voluntad con la de mi Padre, por una entrega total y absoluta a todas sus disposiciones.

Los sacerdotes deben preocuparse muy en serio por conocerme interiormente. Deben copiar en sí mismos mi amor, respeto, adoración y abandono a mi amado Padre; mis sentimientos, deseos e inmolaciones voluntarias, mi sujeción y obediencia; mi humildad, benignidad y caridad; la ternura incomparable de mi Corazón; el anhelo de sufrir, mi amor al apostolado,

el olvido de Mí mismo y de las ofensas que se me hacían; mis ejemplos heroicos y lo gigantesco de mi caridad, que prefería siempre a los pobres necesitados.

Que estudien mi Corazón incomparable en donde caben todas las ingratitudes, todas las lágrimas y dolores ajenos; todos los odios para perdonarlos, todos los afectos para agradecerlos.

Y después, que mis sacerdotes se hundan, se ahoguen, en ese mar de amargura de mis dolores internos, para comprenderlos, darlos a conocer, glorificarlos y consolarlos.

¡Oh sí, que piensen bien que al transformarse en Mí tienen que parecerse a Mí; más aún, que ser como Yo mismo, con mis tendencias mismas, con mis ideales de cruz, de dolor, de sangre! Pero también como Yo, con el corazón en mi Padre; y por su amor recibirán toda la fortaleza del Espíritu Santo y sobreabundarán en gozo íntimo y espiritual muy hondo, muy puro, en medio de los desamparos y desolaciones de parte de Dios y de las tempestades, traiciones e ingratitudes de parte de los hombres.

No basta transformarse en Mí en el Tabor, sino también en el Calvario; que lo mismo les dé estar arriba o abajo, en consolación o en desolación, en el paraíso o en la cruz. El corazón de mi sacerdote transformado en Mí tendrá tan altas sus miras, tan perfecta su unión con las Personas divinas, tan en María, que nadie ni nada podrá arrebatarlo; antes bien, con el fuego divino en el corazón, desafiará al infierno entero; porque la Cruz será su escudo y el Espíritu Santo su fortaleza y su triunfo.

Que pidan e imploren todos por ver realizada, no tan sólo mi imagen, sino en cierto sentido a Mí mismo en cada sacerdote, por su transformación plena y perfecta en Mí, para poder de esta manera llevar a efecto mi plan de reforma en las almas sacerdotales que tanto he explicado y que con tanta vehemencia anhela mi Corazón".

LXXIV

AMOR Y PUREZA

"La fecundidad del Padre se comunica en el amor y en la pureza. Yo estoy formado de amor y de pureza. El hombre fue también formado por Dios de amor y de pureza; porque Dios no puede dar sino lo que es El, es decir, una semejanza de lo que es, de lo que tiene, de lo que constituye, amor, amor y pureza.

El hombre manchó este amor y esta pureza; y Yo vine a la tierra a limpiar y a borrar la mancha en el amor y en la pureza, volviendo al hombre estos dos elementos de su ser natural y divino por la Encarnación del Verbo en María, que trajo al mundo de nuevo el amor y la pureza, dejando en él amor y pureza, pureza y amor.

Pero más que los hombres en general, mis sacerdotes, las almas favorecidas con la vocación sacerdotal, recibieron en el Seno del Padre y en María la misma substancia de amor y de pureza. Esta es la substancia del sacerdote, en cierto sentido es la misma del Dios hecho hombre; pero muchos manchan esta substancia

divina en sus almas y arrojan lodo en la pureza y en el amor.

Pero ahí están en ellos esos elementos inextinguibles por más que quieran apagarlos y borrarlos. En el fondo del alma de cada sacerdote existe esa alma, ese fuego del amor divino que no llega a matarlo —¡vamos!— ni el pecado (1). Lo ahoga, lo sofoca, lo llena de ceniza y quisiera destruirlo con el lodo de sus crímenes; pero no, no podrá borrar y extinguir esa substancia de su alma, ese carácter que en su ordenación imprimió y selló en él el Espíritu Santo.

Y la prueba está en que apenas el sacerdote se reconcentra y entra dentro de sí mismo, medita, se pide cuenta, vuelve sobre sus pasos y se arrepiente, y luego brilla en él la luz de la pureza y el fuego del amor, apagado por sus deslealtades.

Son estas dos virtudes el tema doloroso e insistente de sus remordimientos: ¡el amor divino, despreciado y pisoteado y la pureza que gime, que clama a mi Corazón por verse recobrada! Estas dos virtudes forman, por decirlo así, la vocación sacerdotal. Estas prerrogativas de las almas sacerdotales, que tienen su origen en el Padre y en María —cuando en Ella, por obra del Espíritu Santo el Verbo se hizo carne—, las trae consigo el alma sacerdotal.

Nace y crece en el amor y en la pureza, como una inclinación innata de su ser sacerdotal; y aunque quiera substraerse a su influencia —y aunque lo haga— siempre aquella santa inclinación se impone y le grita, en sus devaneos y veleidades, que nació para el cielo y no para la

tierra; que no se manche con el fango del mundo; que desprecie lo que pasa y ensucia, y que el amor único al que debe aspirar es el divino, el amor santo, que lo eleva de la tierra; que no se manche con el fango del mundo; que sea amante y puro.

Siente el impulso del Espíritu Santo que lo llama, que lo atrae, que no lo deja hasta restaurar en su alma el santo sello de su consagración sacerdotal, que lo eleva sobre todas las criaturas, que lo ennoblece, que lo deifica y diviniza.

El sacerdote que corresponde a su vocación debe ser **todo amor y todo pureza.** Lo es ya por una exigencia de su sacerdocio; pero en sus manos está y es su deber desarrollar en sí mismo estos elementos celestiales: **el amor divino** por medio del Espíritu Santo y **la pureza** por medio de María, virtudes que se le comunicaron al engendrar, en Jesucristo, Sacerdote Eterno, su vocación sacerdotal.

Si el sacerdote lo piensa bien, estos dos elementos deben formar su vida sacerdotal en su pleno desarrollo: pureza de alma, de cuerpo, de acciones, de intenciones; pureza exterior, pureza interior, pureza solo y acompañado, de noche y de día.

Sustancia de pureza debe ser en pensamientos, palabras y obras; en su ministerio y conversaciones, y además debe comunicarla y esparcirla por el mundo como el suave olor de Jesucrito.

Y amor, amor que todo lo envuelva, que todo lo penetre, que todo lo perfume; amor divino

que haga arder su alma y la eleve siempre de la tierra y de todo lo que no es Dios.

Amor de celo por las almas todas; amor de generosidad para los sacrificios; amor de humildad para con Dios y para con las almas; amor de unión, de caridad universal y de olvido propio y de unión íntima Conmigo.

Amor a mi Padre hasta llegar a amarlo con el mismo amor con que El se ama, con el Espíritu Santo. Claro está que el Espíritu divino es el Amor personal de Dios y que todo santo amor procede de ese Amor. Pero el Sacerdote debe amar con ese amor sublime al Divino Padre y a todas las almas. Un sacerdote impregnado del amor divino es un sacerdote perfecto.

Pero vamos a mi conclusión de siempre.

¿Cómo se facilita para mi sacerdote esa misión de pureza y de amor en la que se sintetiza su vocación? ¿Cómo se desarrollan esos santos elementos, substancia de su vocación? ¿Cómo llega a la cima, a la meta de los desgnios de Dios en él?

—Por medio de su transformación en Mí, fortificando su debilidad humana con mi Omnipotencia divina; su substancia de pureza y de amor —frágil y precaria, por ser humana—, con mi substancia de amor y pureza que lo fortifique y lleve a su perfecto desarrollo.

Es indispensable para que un sacerdote cumpla con su vocación la transformación en Mí, por la que todo se le facilitará y hará que crezca el fuego divino y la pureza que le comunicó María en todo su esplendor.

Y cuando mis sacerdotes sean todo amor y pureza, ¡cómo cambiará el mundo y se acabará

la sensualidad en que está envuelto y que ha impregnado a las almas!

Urge que surjan ya en mi Iglesia, más multiplicados, más depurados mis sacerdotes, transformados en el que es Amor y Pureza, en sus dos naturalezas; es indispensable este nuevo impulso en mi Iglesia para enfrentar el Espíritu con la materia, lo sobrenatural con ese mundo de almas materializadas que han ahogado lo divino que lleva en ellas.

Es preciso que resurja, joven y vigorosa como lo es siempre, mi Iglesia, con esa legión de sacerdotes transformados, unificados en mis Pastores y en esa unidad de la Trinidad que he pedido a mi Padre y que en un arranque de su amor infinito hacia el Hijo, hacia Mí, Dios-hombre, me ha concedido: el que sean uno Conmigo y con El, por medio de su transformación en Mí. Yo en ellos, el Padre y el Espíritu Santo en Mí, formando todos una sola unidad.

Claro está que Yo siempre he deseado esto y que ha sido un deber en los Sacerdotes el procurarlo; pero el nuevo factor consiste **en las nuevas gracias alcanzadas** por las nuevas plegarias, o sea aquella misma plegaria de un Dios-hombre prolongada en su Cuerpo místico, gracias que estoy pronto y ansioso por derramar en los corazones sacerdotales que me escuchen y que se presten, libre, espontáneamente y con amor, a recibirlas".

---

(1) El pecado mortal destruye las virtudes de la caridad y de la pureza; pero persiste una **exigencia** para tener esas virtudes en el carácter sacerdotal, que ningún pecado, ni la reprobación eterna, pueden destruir. (Nota del Editor).

LXXV

SUFRIMIENTOS SACERDOTALES

"Los sacerdotes transformados en Mí tienen poderes santos y carismas y gracia de valor infinito para el cielo.

Sobre ellos descansan las miradas del Padre, las complacencias del Padre; porque con mi omnipotencia divina, ellos como que desaparecen en Mí; y entonces el Padre no ve a tal o cual sacerdote, sino a Mí, su Hijo amadísimo. Mi Divinidad los absorbe, los endiosa; y aunque claro está que no desaparece la criatura humana ni se destruye su personalidad, el hombre sin embargo es sublimado, divinizado, transformado en Mí.

Pero no se crea que por esto los sacerdotes no sientan el peso de sus miserias ni dejen de tener luchas y tentaciones, porque viven en la tierra y son de tierra; lo que sucede es que, transformados en Mí, pesa más en ellos lo divino que lo humano; y con los dones con que los regalo tienen más fortaleza para resistir el mal, más energía divina para rechazarlo, más libertad para volar, menos cadenas que los aten, más impulsos santos que los eleven, más valor para el sufrimiento, están más libres de sí mismos y más unidos y compenetrados Conmigo.

Además, los dolores y sufrimientos de un sacerdote transformado en Mí son penas y sufrimientos **redentores**, porque están unidos con los míos, porque tienen esa virtud que Yo les comunico, porque entonces sus dolores son **mis** dolores; me duelen a **Mí**, a mí me dolieron ya

y por eso tienen mérito infinito, por cuanto tienen de Mí, Dios-Hombre.

Esos dolores, ya sean del cuerpo o del alma, ya sean impuestos o buscados por la penitencia o por otras causas, ya sean enviados directamente por Mí y sufridos en mi unión, tienen valor de expiación, tienen valor de impetración, son dolores **redentores** que arrancan gracias, que detienen la justicia de un Dios airado, que aplacan su enojo y que consuelan, que unen y santifican.

Esta verdad debiera llenar de gozo a mis sacerdotes para que se lanzaran intrépidos a alcanzar cuanto antes su transformación en Mí. ¿No es acaso su misión salvar almas, purificarlas y santificarlas? Pues aquí está el canal más abundante en donde deben fijar sus miradas; aquí está la fuente en donde deben saciar su sed.

Se desperdician muchos sufrimientos en la tierra por no unirlos a los míos, y esto hablando en general. Pero más me duele —¡y cuánto!— que mis sacerdotes desperdicien también esos caudales con que se compra el cielo para las almas. En este punto capital muchos de mis sacerdotes no se fijan, no paran mientes. ¿Quién no sufre en la tierra? Y ¿qué sería del mundo sin el contrapeso santo del dolor?

Pues bien, si los sacerdotes quieren llenar mis designios, no dejar lagunas en su vida sacerdotal, no desperdiciar tesoros y comprar gracias a las almas, la manera más fácil, más rápida, más eficaz, santa y fecunda es la de su **transformación en Mí.**

Porque, si todos los dolores de las almas adquieren valor sobrenatural y mérito cuando se unen a los míos; con más razón, con más fuerza, con más verdad, los de mis sacerdotes transformados en Mí; porque entonces no sólo son ellos los que sufren, sino en cierto sentido Yo sufro en ellos y con ellos. Yo hago que desaparezcan ellos en Mí, y tomando sus dolores como míos, los presento a mi Padre y vuelven a su seno convertidos más que en oro purísimo, más que en perlas preciosas, porque más que todo lo creado es lo increado, lo divino, las gracias que Dios derrama en las almas para santificarlas y salvarlas.

Este es un punto muy serio y muy capital; esta es una fibra dolorosa de mi Corazón que hoy descubro: **el desperdicio de los sufrimientos sacerdotales,** por la falta de transformación en Mí. Y también las deficiencias en sus deberes para con las almas, desperdiciando los tesoros que debían emplear en su favor. Todo esto se remediará con su transformación en Mí.

Yo no digo que no tenga valor, como para cualquiera alma, unir sus penas con las mías o con mi Pasión en la tierra. Sí, tienen valor, pero no hay comparación entre esa manera de sufrir (hasta cierto punto aisladamente de Mí), a sufrir en íntima y perfecta transformación en Mí, en cuanto es posible en la tierra.

De esta última manera, Yo mismo, con dolores y sufrimientos míos, los ofrendo al Padre, y El amorosa y tiernamente los mira como de su propio Hijo; no tan sólo recibe esos dolores **como míos,** sino transformados en mis mismos

dolores redentores, por la transformación del sacerdote en Mí, en la unidad de sacrificios y de inmolaciones, y envueltos en lo divino que hay en Mí.

Es como si un alma le ofreciera a mi Padre plata y otra oro; más aún, porque mucho va de lo humano —aun unido a lo divino— a **lo mismo divino** ofrecido a la divinidad. Que esto es lo que pasa en la transformación: desaparece por decirlo así la criatura, absorbida en cierto sentido por el poder divino, y entonces los pensamientos de la criatura son divinos, sus actos divinos, sus dolores divinos, en cuanto que está la criatura en Jesús, en Mí, Dios-Hombre, que doy vida, mérito y valor a los actos del hombre.

Que mis sacerdotes mediten seriamente, detenidamente y muy a menudo estas gracias con que Dios los ha favorecido, al darles valor divino a sus actos, al divinizar al hombre en el Dios-hombre, al tomar sus dolores como propios ante el Padre celestial, y tantos y tantos otros carismas que tienen y que tendrán por su transformación en Mí.

Pero que también midan y pesen lo que no han hecho por las almas: las faltas en sus deberes íntimos y aun exteriores para con esas almas a quienes se deben por ser sacerdotes, por la fecundación del Padre en ellos, por el santo y fecundo ministerio de paternidad para con las almas y por su obligación de unir sus penas a mis penas, transformados en Mí para divinizarlas en su favor.

Hay muchas grandes deficiencias en el cumplimiento de este deber íntimo y sobrenatural de los dolores sacerdotales respecto de las almas, y hay que activar el celo exterior que debe brotar del celo interior y de la unión y transformación del sacerdote Conmigo.

Un sacerdote no debe "dormirse sobre sus laureles", no debe descansar en inmolarse, no debe ceder el campo a Satanás y al mundo; sino antes bien, luchar a brazo partido, no tan sólo con sus propios enemigos, sino con los enemigos de las almas, que más claramente los verá y los conocerá, cuanto más transformado esté en Mí.

¿No soy Yo la luz del mundo? El alma que está más unida a Mí y más compenetrada Conmigo tiene más luz para conocerme a Mí, para conocerse a sí misma y para conocer a Satanás y descubrir su falsedad y sus procedimientos traidores.

Que las almas no cesen de pedir esa transformación de los sacerdotes en Mí para utilizar hasta la quinta esencia sus penas, dolores, tribulaciones, sufrimientos, sus cruces, en fin, para su bien y para el bien de las almas".

LXXVI

LA SALVACION DEL MUNDO Y LA TRANSFORMACION DE LOS SACERDOTES

"Como no hay más que un Jesús —Hijo Eterno del Padre, segunda Persona de la Trinidad— que se hizo hombre en María Virgen,

tampoco, hay ni puede haber más que un Salvador, Yo mismo, en razón de la unidad de Dios. No hay muchos salvadores, sino un solo Salvador en mis sacerdotes, porque lo que salva es lo divino y sólo puede haber una sola Divinidad. Así es que para salvar a las almas necesitan los sacerdotes poseer lo divino; y lo poseerán en más o menos grados por medio de su transformación en Mí.

Es evidente que los tesoros celestiales de mi doctrina y de mis sacramentos les pertenecen y por ellos salvan a las almas; mas la fuente de lo divino de esos tesoros está en Mí, como Dios.

Pero Yo quiero ir más adentro, ahondar más y no me conformo con que las manos sacerdotales repartan mis riquezas, sino que quiero **poseer sus almas**, su voluntad, sus facultades íntimas, los latidos de su corazón; en esa unión absoluta y compenetrante de todo el sacerdote en Mí, para transfundir, por decirlo así, todo mi Ser en él.

Porque es ya tiempo de que todos los sacerdotes completen al Salvador del mundo, todos fusionados e identificados en un solo Sacerdote, en Mí, sumo y eterno Sacerdote, que los eligió y los formó para el Santuario, para que impartieran mi doctrina, para que continuaran en la tierra mi dulce y abnegado oficio de Salvador.

¡Cuánto amo Yo a un sacerdote transformado en Mí! Y más lo amo cuanto más tenga de Dios: porque Dios no ama ni puede amar nada fuera de Sí mismo, y Yo soy Dios y para

amar necesito **divinizar.** Y aquí está el punto que pocos entienden y aquí está el secreto también de mis predilecciones de amor.

Dios se ama en sus criaturas, pero más se ama en sus sacerdotes; y cuanto más Dios tengan más los amará.

¿Entienden mis sacerdotes esta nueva luz, este nuevo matiz en la transformación del sacerdote en Mí?

Los sacerdotes pueden completar al Dios-Hombre, no en el sentido de que a Mí me falte algo, sino en el sentido de continuar en la tierra al Salvador, de seguir extendiendo mi doctrina, única verdadera, de **transformrase** en Mí; y si ellos son Dios, si se divinizan, y entran en posesión más o menos íntima —aunque velada— de la Divinidad su ministerio será fecundo.

Y es preciso que la tengan, porque el sacerdote tiene que trascender virtud; el sacerdote que **me respeta** tiene que cumplir de verdad esta misión, tiene que representarme **de hecho** por su transformación en Mí. No es una mera fórmula ésta, ni es ya un solo deseo y anhelo ardentísimo de mi Corazón de Dios-hombre; sino un **deber dulcísimo,** por una parte; y por otra, una apremiante necesidad de los tiempos actuales en los que languidece la fe y se tiene al sacerdote no en lo que debe ser —**un Salvador de almas,** un representante mío, otro Jesús en la tierra—, porque muchos, ¡ay!, no lo son.

Y esto urge, porque el mundo se desmorona, se desvía de su fin, se hunde en el materialismo, y sólo el sacerdote santo, el sacerdote

salvador, el sacerdote divinizado y transformado en Mí puede salvarlo.

Viene de muy alto este empuje nuevo para mi Iglesia amada, y no puede quedar estéril y sin fruto, porque trae la savia del cielo, germen divino para salvar y espiritualizar. Soy el mismo Salvador que vino a la tierra para convertirla y llevarla al cielo. Soy Jesús, soy Jesús, el que llama a sus apóstoles sacerdotes para hacer en ellos y por ellos prodigios de caridad en el mundo; quiero que evolucionen los corazones y se orienten hacia lo divino; pero más, mucho más mis sacerdotes, que para ser salvadores tienen antes que ser Jesús, que ser Yo, que transformarse en Mí.

Muchos medios les he dado para activir esa transformación que vengo persiguiendo, ya con mis quejas, poco con mis amenazas y **muchas** veces con amor que **pide,** con amor que **perdona,** con amor que **suplica,** con amor que **ofrece,** con amor que **no mide,** con amor de Padre, de Hermano, de Maestro, de Hijo, de Dios-Hombre, de Redentor; con amor de instancia, con amor infinito, con amor de Jesús que sólo sabe hacer el bien y que ansía arrebatar a Satanás y a sus secuaces los tantos y tantos corazones sacerdotales que desgraciadamente posee y que El quiere poseer.

¿A qué se comprometieron los sacerdotes el día de su ordenación que debía ser para ellos inolvidable?

Que ruecuerden sus compromisos y los dulces lazos que los estrecharon Conmigo, que recuerden las santas emociones de su primera Mi-

sa y sus promesas amorosas, y las renueven, y que se apresuren generosamente a cumplirlas. Yo les ayudaré en esa reacción; pero que me den su voluntad, que no escatimen sacrificios y que se lancen a una nueva vida de fervor, que se crucifiquen.

Esta reacción es necesaria en mi Iglesia por los tiempos actuales; hay que avivar el fervor, que si cada sacerdote reprodujera mi vida de Salvador en la tierra, pronto se transformarían las almas; y Satanás, que se ha enseñoreado de muchos corazones haciendo guerra a mi Iglesia, quedaría corrido.

El demonio trabaja de muy hondo en mis sacerdotes y sus mejores tiros los asesta en esa parte escogida de mi Corazón, como he dicho; y en adelante trabajará más en mi contra, y se esforzará más contra ellos con mil trazas y de mil maneras y desatará una guerra más encarnizada contra mi Iglesia; y si los sacerdotes no están blindados Conmigo mismo, si no se encuentran transformados en Mí, muchos se bambolearán.

Por eso quiero anticiparme a ese torrente desbordado de malas pasiones que vienen contra los míos, por eso quiero escudarlos; para que transformados en Mí, salven y se salven con mi doctrina, con mi Evangelio puesto en práctica y amparen a mi Iglesia santa y combatan con valor en su defensa".

LXXVII

UNION DE JESUS CON LOS SACERDOTES

"Al ofrecerme Yo al Padre en la Misa, al inmolarme en el altar, al honrar con mi sacrificio a mi amado Padre, desde que establecí mi Iglesia en la última Cena; no me ofrecí ni me ofrezco en las Misas solo, sino que Conmigo ofrezco a todos los sacerdotes del mundo, porque todos están en Mí, Unico Sacerdote, por razón de mi unidad.

Y más aún; desde que encarné en María; desde que me puse a la disposición amorosa de mi Padre, diciéndole: **Aquí estoy;** no me puse a su disposición solo, sino con **todos** los sacerdotes en Mí, creados por mi Padre, por obra del Espíritu Santo, en María. Y diré más: a mi paso por la tierra, tenía presente el porvenir y representaba ante mi Padre el presente y el futuro; y viendo a todos los sacerdotes en Mí, con ellos nací en Belén, trabajé en Nazareth, convertí en Galilea, sufrí en Jerusalén, morí en el Calvario y resucité.

Siempre he llevado en mi Corazón esa fibra santa y fecunda de mi Padre, mis sacerdotes. Eternamente ya estaban Conmigo; en María, no se apartaron de Mí; y en mi vida, y en mi muerte, y en mi resurrección, y en mi Iglesia, y en el cielo, siempre los llevo adheridos a mi alma; son como partes de mi ser humano divinizado y los tengo como otros Yo; como carne de mi Carne y almas de mi Alma y espíritus de mi Espíritu.

Este es un secreto. En mí están los sacerdotes místicamente transformados desde que mi Padre ideó mi Iglesia, que fue eternamente. El posó en Mí una mirada de infinita ternura; y en esa mirada eterna, que Yo **vi y sentí**, germinaron los sacerdotes en el Sacerdote eterno, y ¡ay! desde entonces los amo en Mí mismo, como Dios; y al venir Conmigo, como he explicado, en la Encarnación, los amé y los amo como Dios-hombre.

No puedo estar separado de lo que es mío; y si ellos, mis sacerdotes, no se dan cuenta de este amor de infinita y eterna predilección, de este nacer y vivir injertados en Mí, por el germen divino y santo de su vocación, Yo sí me doy cuenta, y muy grande, y muy honda, de esos pedazos de mi alma, de mi Ser, de mi misma vida. Yo sí los veo nacer en Mí, crecer en Mí, vivir en Mí, trabajar en Mí, ser Yo mismo, por más que ellos ¡ingratos! no lo sepan, ni lo aprecien, ni lo agradezcan.

¡Si son otros Yo! ¡Si como a Mí mismo los ve mi Padre! ¡Si quieran o no quieran están destinados para transformarse en Mí desde que Dios eternamente los eligió para sacerdotes, desde el instante feliz en que puso en sus almas la vocación sacerdotal! ¡Si son míos, si me pertenecen, si tienen Conmigo un mismo latido y una misma Vida! ¡Si llevan en sus almas el sello imborrable de mi Iglesia por el Espíritu Santo!

Pero debo aclarar un punto importante: la transformación, o sea la **unificación** de ellos en Mí, está hecha en cuanto a los designios de mi Padre, que los eligió eternamente para servicio

de mi Iglesia; pero esta transformación no se realiza ni se consuma sin la voluntad, el trabajo, el sacrificio y el amor de mis sacerdotes, que es lo que deseo. Es decir, lo que pido a mis sacerdotes es su cooperación personal para que esa transformación se consume.

Por lo que toca a mi Padre, al Espíritu Santo y a Mí, está hecha la tranformación. Pero necesita el sacerdote cooperar, corresponder y entregarse amorosamente a la acción posterior de la Trinidad, al trabajo constante del Espíritu Santo, dándose y entregándose sin volverse a tomar.

Como llevo dicho, todos los sacerdotes nacen unificados en Mí y lo están siempre; y ésta es la razón de mi amorosa predilección por ellos, y es también la razón ¡ay! de lo que me duelen sus deslealtades, sus indiferencias, sus crímenes, sus escándalos, sus adulterios con la Esposa purísima que les he dado en mi Iglesia. Y aparte de lo que me laceran esas ingratitudes sin nombre, sufro más que por Mí, **por ellos**... Me duele que una parte de Mí mismo, una fibra de mi Corazón, **otros Yo**, me ofendan, no sólo como hombre, sino como Dios.

De todos los pecados del mundo son los que más me duelen, los de mis sacerdotes, y ya he puesto a la vista las razones que me amparan; si mis sacerdotes las estudiaran y se penetraran de su magnitud, no habría tantas caídas en mi Iglesia ni tantas espinas que traspasan mi Corazón. En Mí ofenden a un Hermano, a un Padre, a un Dios; me ofenden a Mí, sirviéndose en cierta manera de Mí mismo, por su

unión Conmigo; y así ¡con mis manos me abofetean, con mi mismo ser (comunicado por su unión Conmigo) me ofenden, con mi boca me escupen, con mi cuerpo me lastiman, con mi Corazón me desprecian!

Es necesario que los sacerdotes se penetren de esa unión, íntima, profunda indisoluble por parte de Dios, que tienen Conmigo; que entiendan y se penetran e impregnen bien de este **secreto** que he llevado en mi alma; el secreto de que no van a ser transformados en Mí, sino que en la mente del Padre ya lo están, lo han estado siempre, porque, El no ve muchos sacerdotes en todas las jerarquías de la Iglesia, no ve en ella más que a Mí, Sacerdote Unico, y a todos los sacerdotes en Mí, por razón de su unidad.

¡Si la unión ya se obró, repito, si la transformación viene de muy atrás! ¡Si ya lo están, pero no lo comprenden, no ayudan con todas las energías de su alma a consumar esa transformación cuyo germen bendito ya han recibido! ¿Cómo había Yo de pedirles una cosa imposible y que no fuera para su mayor bien?

Tienen el germen de la unidad todas las almas salidas de las manos de Dios; pero en escala muy superior, los sacerdotes; y a todos ellos muy principalmente quiero **consumarlos** en la unidad. Esta es mi plegaria al Padre desde que me hice hombre y que he continuado en el cielo.

Pero esa consumación necesita la ayuda eficaz, generosa y constante del sacerdote, su cooperación, repito, su voluntad, sus sacrificios,

su amor, un inmenso amor que los transforme en Mí todo amor, para perderse Conmigo uno, en la unidad pura y divina de la Trinidad".

LXXVIII

EL SECRETO PARA ATRAER A LAS ALMAS

"¿Y cómo atraer a los sacerdotes al mundo de las almas que se pierden, arrebatadas por la corriente de la impureza, de la vanidad, de la soberbia y de las malas pasiones? —Sólo siendo otros Yo; sólo transformándose plenamente en Mí, para tener esa virtud de atracción divina que sólo Yo poseo por haberla recibido del Padre, una sola Divinidad Conmigo.

Sólo Yo tengo ese atractivo santo que santifica, ese imán divino que atrae a lo puro, a lo recto, a lo elevado, a lo santo. Sólo Yo comunico el alejamiento de la tierra y sé elevar a las almas a regiones superiores. Sólo Yo tengo el poder de transformar a las almas y de trazarles el camino que soy Yo mismo, para que entrando por el sendero que conduce al cielo, se salven. Sólo Yo tengo influjo divino para subyugar a los corazones. Sólo Yo tengo medios y riquezas desconocidas para atraer, para convencer, para convertir, para transformar.

Pero si los sacerdotes son otros Yo, si se transforman en Mí, también ellos tendrán todas esas prerrogativas que Yo tengo; y sin salir de Mí, unificados en Mí y por lo mismo en la unidad de la Trinidad, obrarán cosas estupendas,

milagros verdaderos de conversiones; y su palabra tendrá eficacia, porque será mi Palabra; y sus obras serán mis obras, todas sobrenaturales y divinas; y su querer será el mío; y su voluntad, mi voluntad y la de mi Padre.

¡Oh! ¡y qué grandes tesoros, muchos que se ven y otros que la inteligencia humana no alcanza a comprender en la tierra, se le ofrecen al sacerdote transformado en Mí! Entonces se le comunicará esa virtud de atracción, ese atractivo santo que, cautivando a las almas por lo que es mío, las santifique y las salve. Volveré entonces a la tierra en mis sacerdotes, como tanto lo anhelo y cambiará la faz del mundo y de los corazones.

Y es necesario que esto sea un hecho; es de todo punto indispensable que Yo no sólo me refleje en mis sacerdotes, sino que ellos sean **Yo mismo**, unos Conmigo, para evangelizar de nuevo a las multitudes, pero que exhalen ellos el perfume divino de su Maestro.

¡Quiero apóstoles, quiero mártires, no tan solo de sangre, sino por el cumplimiento de sus deberes; martirios de amor, martirios de paciencia y de abnegación ocultas en mi servicio! ¡Vendrán legiones de sacerdotes santos que santifiquen, de sacerdotes otros Yo, todos impregnados del Espíritu Santo!

Sin duda que ya los hay, de lo contrario, se hubiera hundido el mundo, puesto que son el pararrayos de mi justicia y los que compensan —en lo posible— las faltas, los pecados, las miserias e ingratitudes de la tierra. ¿No he dicho que ya los siente mi pecho, que ya recibo el

incienso de sus sacrificios y el aroma de su fervor?

Unos sacerdotes suplen lo que a otros les falta; pero eso no me satisface, sino que quiero a **todos** mis sacerdotes puros, santos y perfectos. Quiero a todos mis sacerdotes transformados en un solo Sacerdote, en Mí; quiero hacer de todas sus almas una sola alma con la mía, un solo corazón con el mío, un mismo espíritu de atracción que es el mío; porque es el Espíritu Santo, todo amor, el que atrae y el que suavísimamente subyuga, el que derrama un ambiente de unción divina, de virtud sobrenatural que fascina a las almas y las convierte.

¡Oh! si todos mis sacerdotes fueran otros Yo, si todos se transformaran en Mí, les aseguro que habría una evolución santa en el mundo y se contrarrestaría el mal que hoy avasalla a las almas!

Que no se busquen otros medios para la reacción moral, espiritual y social, sino la transformación de los sacerdotes en Mí. Todo eso de formar centros y obras para regenerar, buenos son; pero no se llega con esto al fondo de la cuestión. La regeneración del mundo, de los pueblos y de las sociedades sólo está en la transformación de los sacerdotes en Mí. Ese día cesarán las discordias que asuelan a las naciones, porque sólo mi Espíritu **une**, y es lo que falta en el mundo: unión, unión de caridad, unión de voluntades, unión **en Mí.**

Pero, por razón de su estado y por motivos de justicia, debe comenzar esa unión por la unidad de los sacerdotes en Mí. Todo el mal del

mundo y el que lamentan los míos viene de que se apartan de la unidad en mayor o menor grado. Que haya unión íntima, sincera, sólida y completa de los míos en Mí y la habrá después en los fieles, en las almas; porque lo mío se difunde, se comunica, se infiltra y produce frutos.

¡Ah! todo lo que sale de Mí, nunca vuelve solo sino con frutos de vida eterna. Y si los sacerdotes son otros Yo, es claro que sembrarán con fruto y cosecharán con abundancia para el cielo.

Se buscan medios humanos para salvar al mundo, se ponen medios naturales para volverlo a su centro, quitándolo de ese loco frenesí que lo arrastrá al abismo; pero repito, el remedio no está en lo humano sino en lo divino, no en organizar obras exteriores ni en actividades humanas, etc., sino que el punto cardinal y único está en los sacerdotes, y sólo se encontrará el remedio en su transformación en Mí.

Y ¿por qué? —Porque entonces no serán ellos, sino Yo en ellos con mi poder, con mi virtud, con mi atractivo; mi Divinidad será la que obre, la que realice las renovaciones santas en las naciones y en las almas. Ha llegado el momento de que se acuda sólo al **único remedio** para contrarrestar la satánica avenida que anega el mundo con el desenfreno infernal de las pasiones; y este remedio **le corresponde a mi Iglesia en sus sacerdotes,** y consiste en su transformación en Mí, como la he explicado, en la **consumación** de esa transformación, que ahora no es sólo un paso más de perfección voluntaria, sino un **sagrado deber,** en el que va vinculada

la salvación del mundo y la gloria de la Trinidad.

A esto se encuentra vinculada mi victoria sobre el infierno, mi triunfo y el de mi Iglesia sobre las potencias infernales. Y adviértase que un solo sacerdote transformado en Mí detendrá en su carrera no sólo a un demonio, sino al infierno junto. Y es que no será el sacerdote solo, sino todos los sacerdotes en Mí.

Porque aquí se encierra otro misterio: Yo no puedo dividirme, y puesto que los sacerdotes en su principio y en su fondo no son sino un solo sacerdote en Mí, por eso un solo sacerdote transformado representaría, ante mi Padre, a todos los sacerdotes en Mí.

De igual manera pasa cuando un sacerdote peca; no todos los sacerdotes pecan en él, personalmente; pero sí todos cargan, en cierta manera, la mancha y el crimen, **para expiarlo.** Y ¿cómo? —Como se expía todo: Conmigo, por Mí en ellos, como Hostia de expiación, de perdón, de redención de impetración.

¡Cuátos misterios se encierran en el misterio de la unidad de los sacerdotes entre ellos y ellos en Mí! Lo bueno y lo malo todo lo cargan ellos en Mí; porque Yo soy en ellos el glorificado y el ofendido; el injuriado como Dios y el que perdona como Dios; el único Sacerdote que lleva en Sí mismo a todos los sacerdotes.

Así es que cuando un sacerdote peca, me ofende, no como **cosa extraña a Mí,** sino como **dentro de Mí,** Dios-Hombre, en razón de la transformación en Mí que trae desde la eternidad y desde su ordenación sacerdotal.

Claro está que las ofensas que se me hacen siempre son dentro de Mí, en cuanto que estoy presente en todas partes; pero esas ofensas de mis sacerdotes son aparte, porque están injertados en Mí, Sacerdote Unico; en Mí, que formo con ellos ante mi Padre un solo Sacerdote en el que ve a todos los sacerdotes.

Y de este secreto de mi Corazón, que aumenta la gravedad de sus crímenes, de su indiferencia y de su poco amor, no se dan cuenta los sacerdotes; y ésta es una de las espinas más dolorosas de mi Corazón. Porque no me ofenden de lejos o aparte, como los demás hombres, en cierto sentido, sino que me ofenden a Mí **dentro de Mí,** ofenden a Dios **dentro de Dios,** ¡y esto es terrible! Esta sola consideración debiera detenerlos y trocar sus pecados, deslealtades e ingratitudes, en amor, en desagravios, en ternura. Me ofenden a Mí y se ofenden a sí mismos en Mí, por la transformación de ellos, sacerdotes, en el eterno Sacerdote; porque somos todos uno, y Yo con ellos, en la unidad de la Trinidad.

Que los sacerdotes mediten y difundan estas verdades para que cesen sus ofensas, sus debilidads culpables y sus múltiples ingratitudes".

LXXIX

LOS ANHELOS DE JESUS

"¡Si lo que pido es tan natural! Que no llame la atención ese santo anhelo de mi alma el

de la consumación de la transformación en Mí de los sacerdotes, de esa unión transformante en Mí.

¡Si ya en cierto sentido estaban transformados! Es decir: al recibir las órdenes, mis sacerdotes reciben el germen de esa insigne gracia. Si se penetran las palabras y las oraciones de la ordenación sacerdotal, se verá cómo ahí comienza esa transformación del sacerdote, porque se le da el poder de ser Yo mismo en las Misas, en las confesiones y demás sacramentos en donde me representa.

¿Acaso no **son otros Yo** los sacerdotes consagrados por mi Padre, por mi Iglesia y ungidos por el Espíritu Santo? No es una novedad que Yo pida esa transformación.

¿Y saben por qué la pido? Porque muchos de mis sacerdotes la olvidan; es decir, porque **no la viven, no** la tienen en cuenta, sino a lo más muy someramente, muy superficialmente, y sólo en el ejercicio de su ministerio; ¡y muchas veces ni entonces!

Y Yo quiero que esa transformación se desarrolle **íntimamente, profundamente,** en cada uno de los corazones sacerdotales para que tenga su consumación en la unidad de la Trinidad. Quiero rehacer a muchos corazones hundidos de mis sacerdotes; quiero despertar a muchas almas adormecidas; quiero estremecer, hasta lo más hondo, las fibras amorosas de los corazones sacerdotales, para que respondan a mis anhelos de perfeccionarlos en la unidad; quiero penetrar con mis reclamos en los sentimientos resfriados de muchos modos por el contacto del mundo que los ha alejado de Mí.

¡Quiero volverlos a mis brazos y estrecharlos contra mi Corazón y comunicarles fuego, luz, amor, vida! Todo esto quiero en estas confidencias secretas de mi Corazón todo ternura y caridad.

Y vendrán, repito, volverán a mis brazos las ovejas descarriadas, las almas criminales y perjuras apartadas de Mí. Volverán los sacrílegos arrepentidos; vendrán a Mí los tibios e indiferentes; los ambiciosos y los avaros; los heridos y llagados de muchos modos; los perezosos y enviciados; los impuros y todos, todos; que a todos llamo.

Y purificados, arrepentidos y humillados, se arrojarán a mis pies; pero Yo los tomaré en mis brazos, los estrecharé contra mi lacerado Corazón y les daré el ósculo de paz, olvidaré su pasado y sustituiré al hombre viejo con Jesús, sumo y eterno Sacerdote.

¡Si Yo sólo quiero su bien y el de las almas! ¡Si Yo sólo ansío su transformación perfecta en Mí, porque los amo! ¡Si el amor, sólo el amor, que todo lo olvida y todo lo perdona, es el que me ha hecho vaciar mi pecho en su favor!

Un nuevo impulso de amor recibirá mi Iglesia y el Sumo Pontífice tendrá un gran consuelo al ver florecer con más vigor y lozanía las plantas que forman ese jardín, y se congratulará en sus triunfos y en sus secretas victorias.

Todos mis sacerdotes formarán entonces con él, más que nunca, una sola alma, un solo latido, un solo movimiento, un único Jesús con él, un solo Salvador, unificados más intensamen-

te con el Pontificado y prontos, como Yo, a dar la vida por las almas, por la religión, sin cambiar jamás por jamás un ápice a su celestial doctrina.

No quedará estéril, lo prometo, este impulso del cielo para mis sacerdotes, que se hará sentir más o menos tarde en todo el mundo; porque la unidad hace la fuerza, y la unidad en la Trinidad hace la **divina fuerza, la consumación** de esa restauración vital y santa, en la que todos mis sacerdotes serán uno con el Papa, uno con los Obispos, porque serán uno en Mí, Yo —con ellos y en ellos— en la Trinidad.

Y darán frutos de vida eterna en las almas ,y darán gloria a Dios en los corazones, y el mundo reaccionará en la verdad, y el Espíritu Santo será el motor fecundo de esta restauración, no tan sólo de todas las cosas en Mí; sino, entre todas ellas, la principal, el punto cardinal de todas, la transformación de los sacerdotes en Mí.

Así la restauración será universal, no limitada a ciertos lugares o países; sino que, en dondo esté un solo sacerdote, estaré Yo obrando, atrayendo, purificando y santificando.

Yo, que veo el futuro como presente, me siento ya en posesión de almas y países, extendiendo mi reinado en los corazones, representado fielmente por mis sacerdotes, no fríos ni tibios, no solos ni aislados, sino unidos a Mí todo luz, todo fuego, todo atractivo santo, todo virtud y amor.

Así que no se crea que me voy a concretar a que los sacerdotes de México se transformen en

Mí, sino los de todo el mundo, que Yo basto y sobro para miles de mundos, si los hubiera.

Este mundo necesita regenerarse, espiritualizarse; pero este es el único medio para llegar a ese fin: el de la transformación en el eterno, puro, único y santo Sacerdote y Salvador que quiere y promete volver a la tierra en sus sacerdotes, para hacer real y positiva esta nueva era de salvación y santificación del mundo.

El mismo Redentor, con sus méritos infinitos e inagotables, quiere redimir; porque la Redención no acaba en la cruz, en cierto sentido; allí adquirí los méritos, pero sus frutos santísimos y eficacísimos durarán en la Iglesia hasta el fin de los siglos.

Sin embargo, esos frutos están inutilizados para muchas almas, por falta de obreros santos en mi viña, por falta de celo, de sacrificios, de amor a esas almas.

Pero todo eso se remediará con los sacerdotes transformados en Mí, con mis virtudes y mi santidad, con mi Espíritu mismo, que los impulsará a más y más perfección, y con eso, a más estrecha unión Conmigo, a la consumación de su transformación en Mí.

La Trinidad espera ya los santos frutos de esa unidad de los sacerdotes en Mí, que es precisamente la transformación, porque la transformación **unifica**; y el fin de todo, el secreto de mi plan, éste es, el más alto, el más puro, el más santo y elevado en perfección: **el de la unificación, una y única, en la unidad purísima, fecundísima y santísima, en la Trinidad.**

Después de siglos y siglos que para Mí son como un día, quiero perfeccionar esto en mi Iglesia, llevarlo a la quinta esencia de su práctica y perfección, para que le dé a esa amada Iglesia la plenitud de su florecimiento y a las almas un cauce santísimo que las unifique y que las conduzca al cielo".

LXXX

EL AMOR Y EL ESPIRITU SANTO

Yo necesité sólo una cosa para establecer mi Iglesia en la tierra sobre un fundamento indestructible. ¿Y cuál fue? —**El amor, sólo** el amor; porque mi Iglesia debía fundarse y crecer en el amor y por el amor, que es su corazón, sus arterias, su alma y su vida: el Amor, es decir, el Espíritu Santo todo amor.

Por eso hice aquellas preguntas memorables que se recordarán en todos los siglos, al que iba a ser Jefe supremo de mi Iglesia amada y que repercuten aún en el corazón de todos los Papas. "¿Me amas más que éstos?" Y asegurado mi Corazón de Dios-hombre de ese amor, entregué las almas al Pastor por excelencia que me representa en la tierra; entregué, por decirlo así, **al amor,** mis amores, es decir, las almas.

¡Qué ternura tiene mi corazón para con las almas todas! Pero hay que ahondar cómo esa pregunta ternísima que hice a San Pedro de si me amaba para entregarle al mundo redimido, no se dirigía tan solo al primer Pastor de las

almas, sino también a todos los obispos y sacerdotes.

Con la Iglesia, Me entregué a Mí mismo, y **en Mí**, a todos los sacerdotes que la componen, desde el primero hasta el último. Y el Papa extiende sus facultades, envueltas en amor paternal, a sus ovejas predilectas y amadas, a sus sacerdotes, que forman Conmigo y con él, un solo Jesús Salvador de las almas.

Tres veces me aseguré de **ese amor;** porque solo un alma-amor es digna de representarme, de llevar la fecundidad del Padre-Amor, la semejanza del Verbo-Amor, y de mi Espíritu-Amor. Y todo este conjunto de amor une en la unidad de la Trinidad, infaliblemente, a la Cabeza de mi Iglesia militante, y en él a todos sus delegados. Y todos ellos son Yo en distintas escalas y jerarquías. Porque mi Padre en el Papa me ve a Mí; y en la unidad de la Iglesia, ve a todos los sacerdotes en Mí: un solo Jesús, un solo Pastor, un solo Sacerdote, un único Salvador.

Es hermoso y divino este engrane y encadenamiento íntimo y único en el mundo de mi Iglesia amada. Y por lo divino de ella, nada ni nadie es capaz de conmoverla, ni de bambolearla, ni de desarticular su estructura, ni de romper su unidad. Es divino su origen, divina su fecundidad; y el hombre-Dios que habita en ella la defiende, la ampara, la sostiene, la glorifica.

Mientras sostenga a la Iglesia el amor en mi Cabeza y en sus miembros, mientras su Pastor **sea Amor** (que lo será siempre por la asistencia íntima del Espíritu Santo), pasará por todas las tempestades, perfidias, cismas y gue-

rras del infierno; pero bogará sobre todos los mares de sectas y de falsas doctrinas sin conmoverse, sin hundirse.

Yo soy su Piloto; y por eso, pasarán los siglos, y llegará mi Iglesia tan pura, tan santa, tan Madre, tan **todo amor** y caridad, como salió de mis manos, hasta tocar las playas del cielo.

No importan las traiciones y persecuciones hasta de los suyos (que son las que más me duelen); ella proseguirá majestuosa su marcha entre mil tormentas, que sólo han servido, sirven y servirán para darle más brillo y glorificarla.

¿Quién contra Dios? Las generaciones pasan, las persecuciones se derrumban, los cismas caen, las luchas se desvanecen, y sólo mi Iglesia, hermosa y pura, santa e incomparable, llegará al fin, tan perfecta e inconmovible como la formé, apoyada en el amor que no se muda porque es divino, por el ser de unidad que la caracteriza, impregnada de amor y sólo esparciendo amor.

Ha llegado el tiempo de exaltar en el mundo al Espíritu Santo, alma de esa Iglesia tan amada, en donde esa Persona divina se derrama con profusión en todos sus actos. **Esta última etapa del mundo quiero que se consagre muy especialmente a este Santo Espíritu,** que no obra sino por el amor. Comenzó a regir a la Iglesia en su principio por tres actos de humilde amor en San Pedro; y quiero que en estos últimos tiempos se acentúe ese amor santo en todos los corazones, amando a la Trinidad; pero especialmente lo quiero en el corazón de mis sacerdotes. Es su turno, es su época, es el final amoroso de mi Iglesia para todo el universo.

Por eso vuelvo a **pedir que el mundo** se **consagre al Espíritu Santo** muy especialmente, comenzando por todos los miembros de la Iglesia, a ese Espíritu que me anima, a esa tercera Persona de la Trinidad, que enlaza y unifica a la Trinidad misma, que consuma la vida de Dios; porque Dios es amor, y el Espíritu Santo es la Persona del amor, es el amor mismo personificado en Ella. Por eso el Espíritu Santo es el alma, es el gran motor divino de la Iglesia, su energía, su corazón, su latido, porque es el Amor.

Y el amor, la caridad, se ha resfriado en el mundo, y éste es el origen de todos los males que lamenta. Ese amor divino, **único**, se le inutiliza, se le neutraliza, se le falsifica, se le suplanta con falsos amores, con mundo y materia, que lo han alejado de los corazones. Y es preciso que vuelva, que triunfe, que cante la victoria de su Dueño y convierta almas y regenere corazones y generaciones.

Pero ¿cuál tiene que ser el principio sólido, verdadero y duradero de esta conmoción universal? ¿Por dónde debe comenzar? —Por mis sacerdotes en su transformación en Mí; esa transformación no es otra cosa que amor, y amor puro y aquilatado; porque es **unión**, porque acerca a la Trinidad y asimila a Dios.

Yo aseguro que si los sacerdotes **todos a una**, en la unidad de la Trinidad, emprenden este gran impulso santificador y divino, Satanás quedará derrocado, y la Iglesia purificada en sus sacerdotes; será éste un consuelo para la Santa Sede y un grande obsequio para mi Corazón.

Pero ¿quién facilitará esto? Sólo el Espíritu Santo contrarrestará lo material con lo divino, sólo la Persona del Amor comunicará amor; entonces todo se salvará.

Que mis sacerdotes todos, con la mano en el pecho, me contesten a la pregunta que le hice a San Pedro —"¿Me amas más que éstos?"— y que responda su corazón y se arrojen confiados al Espíritu Santo, que está pronto a derramarse en los corazones que más ama y en los que anhela explayar sus carismas, bendiciones y dones con profusión.

¡Cuánto le deben mis sacerdotes al Espíritu Santo! Pues que le prueben su gratitud, **consagrándole** diócesis, parroquias y templos; pero sobre todo, **sus corazones**, transformados en su consumación en Mí, y en Mí y por Mí, en el Padre.

Deben mis sacerdotes amar al Padre y al Verbo con el mismo amor con que el Padre y el Verbo se aman: con el mismo Espíritu Santo. Deben amar a la Iglesia, a su vocación sacerdotal y a las almas también **con** el Espíritu Santo. El Corazón de María, nido purísimo del Espíritu Santo, los conducirá a El, y con El, su transformación en Mí será completa, será perfecta, y quedará complacido y satisfecho mi anhelo de consumarlos por fin en la unidad de la Trinidad".

LXXXI

AMOR Y SACRIFICIO

"Sólo confié mi Iglesia al amor, como dije, a la promesa del amor. Sólo entregué mis ovejas a la triple promesa del amor humilde. Amo tanto a las almas, que sólo las doy cuando las cuida el amor divino, cuando las envuelve y las ampara el divino amor.

Y ¡claro está! el amor participa de la unidad, el amor es uno; y si se me ama a Mí, si este amor es puro, si es santo, si es verdadero, imprescindiblemente se ama al mismo tiempo a las almas, en Mí y para Mí, y también en mis sacerdotes. Yo las amo en ellos por su transformación en Mí.

De tal manera me son queridas las almas, que vine con mi Sangre y con mi vida a conquistarles el cielo. Ahí en ellas está el reflejo de la Trinidad que me subyuga; y volvería a nuevos calvarios por salvar una sola. Y este santo celo quiero que tengan mis sacerdotes, que no les importen mil calvarios para salvarlas; pero este celo santo sólo puede nacer del amor y extenderse por el amor.

Sólo al amor confié Yo prendas tan queridas, repito. Sólo al triple juramento de amor las entregué, las puse al amparo paternal, maternal y santo de mi Vicario en la tierra. Yo sé que amándome a Mí, se ama al prójimo; que amándome a Mí, como derivación inmediata y necesaria, se ama a las almas como si fuera Yo mismo; por eso es que en un solo mandamiento hice

que se encerrara toda mi doctrina; en el amor puro, en el santo amor que repercute en todas las almas.

El Papa, como San Pedro, como todos los que son otros Yo y me representan a Mí en la tierra, tienen que amarme y amar en Mí a las almas como cosa mía, como si fuera Yo mismo en ellas. Y ciertamente como Dios estoy en ellas, vivo en ellas, porque las almas llevan el sello de mi Divinidad, un destello de Dios mismo.

El alma es un soplo y emanación purísima del mismo Dios, que lleva en sí misma el germen santo de la unidad. Las almas son bellas con la Belleza divina, y puras con la Pureza de Dios, y luminosas con la Luz. Salidas del amor, llevan consigo el amor como principio, y su horizonte y su fin no es otra cosa que el amor. Y por más que sus enemigos las arrastren, las enloden y las desorienten, ellas innatamente, instintivamente, tenderán al amor y no saciarán sus anhelos intensísimos, su sed de lo puro, de lo elevado, de lo santo, sino con el santo y divino amor.

Mi Vicario y sus delegados, Obispos y sacerdotes, forman un solo amor en el Espíritu Santo. La fecundidad del Padre es amor, y es la que regala al Papa, a sus Cardenales y Delegados, Pastores y sacerdotes; todos participan de esa parternidad espiritual, que es amor. Por eso, el distintivo del Padre universal de la Iglesia en la tierra es el amor, es la solicitud amorosa por todas las almas, y debe ser también el de todos mis Pastores: gobernar por el amor, que es el Espíritu Santo, por la caridad, por la

dulzura y no por el rigor, por la paz, por la suavidad; pero también, en casos necesarios, por la energía que defiende al amor, con los derechos del amor que son divinos.

¡Si mi Iglesia es amor, porque es unidad, y en la unidad está el centro de la caridad, la sustancia del amor! El amor se derrama en el Pontificado por todas las arterias de la Iglesia que es madre, ¡y las madres son amor! Y el Papa sin duda que me ama más o que debe amarme más que todo el mundo, porque lo asiste muy íntimamente el Espíritu Santo; y en su corazón, como en el Mío, caben todas las almas, todos sus hijos con sus dolores y sus lágrimas. Ese corazón está abierto siempre para aliviar, para bendecir, para conciliar, para unir, para perdonar.

La preocupación constante de mi Vicario en la tierra es conquistar al mundo paganizado para volverlo al centro de la unidad de la Iglesia, al centro de la Trinidad. Sus miras son siempre de caridad, su solicitud es inagotable, y él carga con todas las cargas de cada Pastor, de cada sacerdote, de cada alma ante mi Padre celestial.

Pero, repito, un gran alivio será para él la transformación de los sacerdotes en Mí, realizada por el amor, por el Espíritu Santo, que es el amor increado, el foco eterno de la eterna unión.

Pues bien, para entregarles las almas a los sacerdotes, necesito asegurarme primero de su amor hacia Mí; y en la medida de su transformación, será la virtud que ellos comuniquen a

las almas y el número de las que por su conducto se salven.

Dije antes que un sacerdote no puede ir solo al cielo, sino con el número de almas que me plugo concederle para que por su conducto se santificaran; y repito, el sacerdote debe amarme **más que éstos**, es decir, más que todos los que lo rodeen y estén a su cargo. Por tanto, el Papa me ama y me debe amar más que el mundo entero. Los pastores de almas me deben amar más que todo su rebaño; los Párrocos, más que todos sus feligreses, y los sacerdotes más que los que abarquen el radio de almas que a su cargo estén.

Mientras más me amen, es decir, mientras más transformados estén en Mí, más almas que me glorifiquen les daré, más gloria en ellas me darán, y más mi Padre los amará.

¿No vemos cómo todo estriba en el amor? ¿cómo cimenté a mi Iglesia en esas dos grandes bases, en la humildad por el amor y en el amor?

No importa que alguna vez mis sacerdotes me hayan desconocido, me hayan ofendido y pospuesto a las cosas de la tierra, que me hayan negado como San Pedro. Mi corazón es infinitamente bueno; sabe olvidar, perdonar y ¡amar! ¡El amor que les tengo a mis sacerdotes es infinito! Pero pido correspondencia, y si su vocación en mi Iglesia es para salvar almas, deben amarme, deben poseer mi Espíritu, impregnarse de mi Espíritu, vivir de mi Espíritu, que es lo msimo que vivir del amor.

Pero amarme no consiste en sólo hacer actos de amor, sino en entregarse al amor sin con-

diciones, para las inmolaciones todas que exige el amor de Dios y el amor a las almas. Deben los sacerdotes, a mi imitación, ponerse a la disposición de mi Padre para **todos los sacrificios**; deben mortificarse, ser penitentes, sacrificarse, ofrecerse, hacerse hostias, convertirse en víctimas.

Yo fui y sigo siendo Víctima expiatoria, y ellos lo serán. Yo abracé por amor todos los trabajos que traen consigo el apostolado y la salvación de las almas y ellos los abrazarán. Yo me dejé clavar voluntariamente por amor a mi Padre y a las almas en una Cruz, y ellos también lo harán, como mis primeros Apóstoles lo hicieron. Serán almas penitentes, repito, para suplir las deficiencias de las almas sensuales; serán almas inocentes, por la pureza de su vida, porque el dolor inocente y penitente salva.

Mis sacerdotes transformados en Mí vivirán con mi misma vida, inocente y dolorosa, pura, abnegada y siempre amante, y siempre haciendo el bien, y todos amor, que irá creciendo, creciendo en ellos, haciéndoles suave y dulce mi yugo y deliciosa cualquiera voluntad de mi Padre, aunque los crucifique.

Quizá algunos sacerdotes tiemblen ante la perspectiva de transformarse en Mí tal cual soy, amoroso, sí, pero doloroso también. Que no teman, porque Yo todo lo suavizo, lo endulzo, lo transformo y lo divinizo con el Espíritu Santo.

El amor es martirio, pero también el amor es Dios, es el Espíritu Santo, es la complacencia del alma amante que tiene su dicha sólo en au-

mentar mi gloria (accidental ciertamente), entregándose y dándome más y más almas, aunque le cuesten la vida.

Toda esa fortaleza, toda esa generosidad hasta el heroísmo, se le comunica al alma sacerdotal que se **simplifica en Mí**, que se transforma en Mí. Y es que entonces no es el hombre y sus inclinaciones y su debilidad natural la que obra, sino una virilidad divina —comunicada— la que lo impulsa por el amor al dolor, al sacrificio, al martirio mismo. Soy Yo en él, el Espíritu Santo en él, quien sustituye al hombre viejo, convirtiéndolo en santo, con el Santo de los santos.

Yo no engaño. La transformación, como he dicho, implica dolor, vencimiento, sacrificio, ¡muerte! Pero el amor es más poderoso que la muerte. ¡Yo morí de amor porque amaba! El Espíritu Santo me inclinó a la Cruz; y desde que la abracé voluntariamente, la cruz se convirtió en amor; y los martirios por amor no son martirios para el alma amante: ¡son amor, puro amor!

Dios sabe endulzar las amarguras de la Cruz. Dios sabe realizar maravillosos contrasentidos haciendo gozar en el dolor. El amor domina lo que hay de tierra y de natural en el hombre, diviniza los sufrimientos y suaviza las penas; y todavía más: hace a las almas sobreabundar y dilatarse en gozo santo en la cima dolorosa del Calvario.

¡Oh, si todos mis sacerdotes, sin recelo y sin miedo, se entregaran a Mí, se transformaran en Mí, me amaran a Mí y en Mí a las almas,

sólo en Mí, serían felices, y Yo me vería glorificado con su confianza y la pagaría con las delicias infinitas de mi amor!

Que me amen y que se inmolen en mi unión. Que se transformen en Mí tal cual soy, todo amor, todo dolor. Pero las penas pasan; y el peso de la gloria, en la consumación de la unidad en la Trinidad,será eterna".

LXXXII

APREMIANTE INVITACION

"Yo amo tanto a mis sacerdotes, que lo que a ellos les hacen, a Mí me lo hacen. Y eso ¿qué quiere decir? Que tenía ya en cuenta, cuando dije esto, su transformación en Mí. Así debe ser: soy Yo en ellos y ellos en Mí; me hieren las pupilas de los ojos y las fibras más delicadas de mi Corazón, cuando los hieren de algún modo; y hasta he impuesto penas gravísimas a los que tengan la desgracia de injuriarlos, insultarlos, calumniarlos y aun de tocarlos siquiera con un mal fin.

Este amor infinito de predilección deben tenerlo muy en cuenta mis sacerdotes, porque no lo he hecho con todos los hombres. Ese dolerme de tan grande manera lo que a los míos denigra, deshonra o los hace sufrir de algún modo, ya de pensamiento, palabra o de obra; esa delicadeza y ternura inconcebible, viene de mi amado Padre, que ve en Mí a los sacerdotes todos, y en Mí los ama y **en Mí** los cuida, y vela por ellos en esa unidad de la Iglesia,

y se indigna cuando algo que soy Yo o que a Mí me representa es ofendido en lo más mínimo.

Y hay todavía más. A mí, su Hijo Unigénito, en el que tiene todas sus complacencias, me dio al mundo para ser sacrificado para salvarlas, porque me amaba, y en atención a su amor infinito a las almas. Pero a mis sacerdotes, a los Míos, no deja ni que los toquen. Lastiman en ellos las fibras más íntimas con que los ama. ¿No es ésta una predilección sin nombre, una elección excelsa y gratuita, un amor que no tiene igual?

Porque mis sacerdotes no me eligieron a Mí, sino que Yo, como Dios, los elegí eternamente a ellos para que fueran Míos, mis escogidos, mis predilectos, **otros Yo** en la tierra, y aun en el cielo, con grados de tal excelencia que no tienen idea los hombres.

Los sacerdotes apenas si corresponden a mi llamamiento, y eso ayudados de mi gracia; pero Yo hice como una creación aparte en mis sacerdotes, porque los llené de especialísimas gracias, bendiciones y dones, les di al Espíritu Santo —por María— para que se formaran en el Amor, en la pureza, en la divina Luz, que iluminando y caldeando sus corazones, los apartara de lo terreno, de lo vano, de lo que pasa, elevando sus almas a lo sublime que perdura.

Pero todas estas prerrogativas de mi predilección, todas estas delicadezas del amor del Padre que **me ve a Mí en ellos**, que no permite sin castigar que me toquen en ellos a Mí, deben tener como correspondencia su perfecta transformación en Mí.

Deben mis sacerdotes meditar estas felices y venturosas realidades muy despacio, en lo íntimo de sus corazones, y corresponder al Padre sus ternuras, y al Padre y al Verbo hecho carne la elección gratuita de su santa, de su hermosa e incomparable vocación sacerdotal, que tanto los eleva, que los aparta del común de las gentes, que los hace más de María y que los transforma en Mí, los diviniza en la Trinidad, desde la tierra, a la medida de su correspondencia; y en el cielo, a la medida de su fidelidad en la unidad de la Trinidad.

¡Qué grande es un sacerdote en mi Iglesia! ¡De qué privilegios interiores y exteriores, sobrenaturales y divinos, goza desde la tierra!

Y por eso mismo ya se comprenderá la magnitud de su pecado, de su ingratitud sin nombre, de lo innoble de su proceder, cuando ofende a ese Dios, a esa Trinidad benditísima, que sólo ha tenido para él derroche de gracias, ternura infinita, delicadeza incomparable, puesto que son las mismas delicadezas del Padre con su Hijo amado. Porque ciertamente, como tantas veces lo he dicho, el Padre ve en mis sacerdotes a Mí, único Sacerdote digno de ofrecerse puro, de inmolarse con fruto, de glorificar como Dios a Dios.

¿No es esta predilección de amor un acto ternísimo de la voluntad del Padre en bien de los sacerdotes que me iban a representar y que me representarán hasta el fin de los siglos?

¿En qué aprecio tienen su vocación esos sacerdotes ligeros, tibios y pecadores en su santa, admirable e incomparable vocación sacerdo-

tal? ¿En dónde tienen la cabeza y el corazón esos sacerdotes perjuros, cismáticos, que no son puros, ni santos, ni fieles, ni agradecidos, ni amantes del Puro, del Santo, del Amor mismo que todavía los llama con hondos gemidos en su Espíritu, con silbidos amorosos como Pastor, con latidos del Padre como al hijo pródigo, para perdonarlos, para cubrir sus deshonras en su Iglesia, para ponerlos sobre mis hombros como ovejas vueltas al redil, para resucitarlos, para sacudir el sopor en que viven adormecidos, con muy débil voluntad, y salvarlos?

Todo esto y más soy para ellos aun aquí en la tierra: Padre, Madre, Pastor, Amor, Amor que me hace olvidar las ofensas y que se me impone en el Corazón, por encima de todos los crímenes y sobre todas las ingratitudes y deslealtades.

Todavía es tiempo de que muchos, sordos hasta aquí a la voz de la gracia, vuelvan sobre sus pasos, atraídos por mi ternura incomparable, por mi Corazón de Salvador; y se acerquen a Mí, que curaré con mi aliento sus llagas, que los libraré del enemigo con mi Poder, que aliviaré todas sus dolencias.

Que sepan, una vez más, que estoy pronto a olvidar su pasado, a lavarlos con mi Sangre que todo lo blanquea y lo purifica; que me tienen, repito, con los brazos abiertos para perdonarlos y para ayudarles a realizar el ideal de mi Padre, transformándolos en Mí y consumando esa transformación deseada para gloria de la Trinidad.

¿Por qué temer a un Dios crucificado —aun por mis sacerdotes mismos—, si en la misma

cruz pedí perdón para mis verdugos? ¡Si mi Sangre todo lo borra, todo lo redime, todo lo salda, porque brotó del amor! Que no teman, que Yo soy en ellos el que clama, el que gime en lo hondo de sus corazones, el que lucha en sus luchas y el que triunfará, si ellos lo dejan triunfar, rendidos por la ternura infinita que en estas confidencias los invita, los impele, los conquista, los apremia, porque van directamente a conmover las ocultas fibras de sus corazones.

Vienen estas confidencias, repito, a despertar, a activar, **a comprometer,** a luchar, a triunfar del espíritu del mal, apoderado de muchos corazones sacerdotales. Y es que el Espíritu Santo esgrime en estas confidencias la espada de dos filos del amor; y no existe en la tierra ni menos puede existir sacerdote, por indigno que sea, que no le conmuevan en alguna íntima fibra del alma el recuerdo del amor divino despreciado, el palpitante amor presente que está pronto a perdonarlo y a colmarlo de caricias.

¡Oh, quiero que todos los sacerdotes vengan a mí, se identifiquen conmigo, se unan a mi Corazón y a mi brazo omnipotente, y que recordando su transformación en Mí, no tan solo la perpertúen, sino que la consumen; que realicen todos, por fin, ese grito secular de mi Corazón, la consumación de todos en uno, en mi Padre y en el Espíritu Santo, en la unidad perfecta en la Trinidad!"

LXXXIII

UNIFICACION CON LA VOLUNTAD D I V I N A

"Para dar fruto en las almas, los sacerdotes tienen que estar injertados en Mí; más aún, **ser otros Yo mismo**, unos en Mí en la unidad de la Trinidad. Sin lo cual, serán vanos sus esfuerzos, infecundos sus trabajos propios, porque les faltará la savia divina, santa y fecunda del Espíritu Santo.

Y como uno de los fines de todos los sacerdotes es el de salvar almas, para ser **salvadores** tienen que unirse, repito, íntima y absolutamente al único Salvador. Deben conformar en todo su conducta con la mía en la tierra, siempre de paz, de olvido propio y de caridad; deben identificar sus ideales con los míos; sus aspiraciones, su vida toda con la mía: deben descender a la práctica y preguntarse a menudo, qué haría Yo en tal o cual ocasión, cuál sería mi pensamiento en tal o cual asunto, cuáles mis resoluciones y mi criterio en tal o cual conflicto; y descender, repito, a los pormenores de la vida privada y apostólica.

Pero más, mucho más: deben vivir mi misma vida interior, toda orientada a mi Padre, y tener la pasión amorosa y santa que me movía a obrar sólo por El. Esa fue mi vida en la tierra, esa ha sido y es mi vida en el cielo: amar, venerar y dar gusto a mi Padre, y tener una sola voluntad con la suya; y esa es la perfección del amor del hombre, el fin supremo de la transformación en Mí.

En ese acto amoroso de supremo abandono a la voluntad de mi Padre está la perfección, la más alta y acabada santidad. Y ¿por qué? Porque lleva a la unidad, lo más subido de la unidad, la consumación en Dios de lo más grande que tiene el hombre, de lo que es suyo, de la voluntad humana unificada con la voluntad divina.

Entonces ya no hay dos voluntades, sino una sola voluntad, la de Dios, la que ha absorbido —en cierta manera— la voluntad de la criatura. Si pudiera decirse, diría que éste es el carácter más sublime de la Trinidad, lo supremo de su santidad, la divina esencia de la unidad: el que las tres Personas divinas no tengan sino una sola Voluntad, un solo querer en la eternidad de sus miras, en la inmutabilidad de su Ser. En esa purísima, sapientísima, indisoluble y acorde Voluntad es feliz la Trinidad, y esa Voluntad se extiende a todo lo creado, partiendo de un solo Centro, ¡de la unidad!

Pero en esa voluntad única está de asiento la Sabiduría, el Poder, la Caridad, la Justicia, la Santidad, etc., etc. En esa voluntad está Dios, está la esencia de la unidad, repito, está la paz, la estabilidad, la unión, ¡el cielo!

Por eso en la tierra, no pude eximirme ni un instante de esa Voluntad representada por mi Padre, por la misma Divinidad que en Mí llevaba; todo lo refería a la voluntad de mi Padre y mi mayor dicha era complacerlo aun en las voluntarias inmolaciones que eran la expresión de su voluntad en Mí; y mi aliento y mi vida era complacer esa voluntad adorable. Por

eso todo cuanto hacía lo refería a mi Padre, y no permití quitar ni una sola tilde a su voluntad, amorosa y crucificante.

Me sometí feliz, como hombre, a su voluntad amorosísima, aun en las torturas morales y materiales, permitidas sapientísima y amorosísimamente por mi amado Padre. El solo pensamiento de esa voluntad divina endulzaba infinitamente los sacrificios de un Dios-hombre.

Y por eso mi Corazón anhelaba con ansia verme crucificado, porque hasta allá llegaba la voluntad de mi Padre, toda amor, al sacrificarme: por ser Dios, para que tuvieran mérito y eficacia mis expiaciones; y como hombre, para darme un trono sobre todo trono y hacerme Cabeza de su Iglesia amada, lo que es también como premio para la humanidad entera.

Esa voluntad de mi Padre fue infinitamente amorosa al darme al mundo para ser inmolado por su salvación; y mi premio, en la economía de sus sapientísimos planes, fue hacerme Cabeza de mi Iglesia, y en Ella, de la humanidad entera.

El gran premio de mi sacrificio fue el darme esa Esposa Inmaculada, virgen fecunda y Madre de la humanidad; me costó la vida conquistar ese puesto, esa soberanía universal en mi Iglesia: en la Cruz sellé mi reinado en el mundo.

Conquisté entonces, con mis más terribles dolores, las vocaciones de mis sacerdotes, su ayuda, su cooperación, la gracia de su transformación en Mí, hasta llegar al punto sublime de la unidad; los hice también cabeza de mi Igle-

sia, unidos, injertados en la Vid, que soy Yo, para que corriera por sus venas mi misma savia, los mismos ideales, los mismos quereres, la misma voluntad, una con la del Espíritu Santo.

Quería llegar algún día a realizar mi ideal perfecto que apenas entonces, en la última Cena, dejé translucir en mi plegaria al Padre, antes de dejar a mis Apóstoles (semilla primitiva de mi Iglesia): el consumarlos en la unidad, que ha sido y que es todo el anhelo de mi Corazón.

Pero todo este plan se concreta en una sola cosa: en que tengan mis sacerdotes en su transformación en Mí, una sola voluntad con la de mi Padre.

No tan solo quiero y he pedido en estas confidencias lo más grande que tiene el hombre, lo único suyo y que persigo: **su voluntad**; sino que quiero llegar al límite, que esa voluntad se pierda en la Voluntad de mi Padre, como se perdió la mía, en cuanto hombre, siendo una sola voluntad en la Voluntad divina de la Trinidad.

Pues bien, si Yo, Dios-hombre, tuve que conquistar con mis inmolaciones voluntarias y hasta con mi propia vida el ser Cabeza de mi Iglesia amada, también a los sacerdotes, a mi imitación, debe costarles el ser cabezas de mi Cuerpo místico, del desarrollo de mis planes redentores y salvadores en mi Iglesia. Y ¿cómo? Con la moneda con que compré Yo esa supremacía sobre toda la humanidad: con el amor, y el abandono, y el vivo anhelo de hacer siempre y en cualquiera circunstancia la divina voluntad de mi Padre hasta el heroísmo, hasta la muerte.

Si los sacerdotes son otros Yo, tienen que llevar en sí mismos los mismos sentimientos que Yo; y el más puro, y el más santo, perfecto y justo que tuvo mi Corazón, que fue el de someter voluntaria, amorosa y confiadamente mi voluntal a la de mi Padre, y gozarme en ella siempre, hasta entregar mi espíritu en sus manos, en su amoroso seno, en su mil veces adorable voluntad.

Eso deben hacer mis sacerdotes, cabezas de mi Iglesia santa y de las almas: imitarme en ese punto capital, el más santo y perfecto de su transformación en Mí; en identificarme plenamente con la voluntad santísima de mi Padre.

Y hemos llegado a lo más alto, a lo que más puede glorificarme como Dios-hombre: el hacer mis sacerdotes otros Yo, pero especialmente con el sentimiento más íntimo y más de mi Corazón, el **de la voluntad de mi Padre,** que constituyó mi vida en la tierra y el florón más alto y divino para mi Iglesia, ¡la adorable Voluntad de mi Padre!

Si los fieles me aman, si quieren glorificarme, como es su deber de amor, nada más grande pueden hacer por Mí que lo que hagan por mis sacerdotes, que es como si lo hicieran por Mí mismo; pues ya saben que lo que a ellos les hacen, a Mí me lo hacen; aunque ahora, en el sentido del bien. Y nada más grande pueden hacer por ellos que pedir esa unificación de sus voluntades en la de mi Padre, que es la Mía, que es la unidad en la Trinidad".

LXXXIV

EL SACERDOTE Y LA IGLESIA

Al participar a mis amados sacerdotes los desposorios de mi Iglesia —**teniendo en cuenta su transformación en Mí**—; al darles mi Padre, por el Espíritu Santo, a esa Esposa pura, santa e inmaculada, a la vez que fecunda en su virginidad, sólo les pidió, para merecerla, el precio mismo que Yo di por Ella: el poner todo mi amor y toda mi voluntad en la voluntad siempre amorosa de mi Padre.

Con la perla sin precio de la vocación sacerdotal compran los sacerdotes esa joya divina, que es mi Iglesia sin mancha; pero al unirlos a Ella el Padre, les pide también la virginidad a unos, la pureza y la castidad a todos, con la fidelidad y el amor.

Un sacerdote que no esté enamorado de la Iglesia, no debe pertenecerle; un sacerdote que posponga los intereses de la Iglesia por los del mundo, no ha comprendido su vocación; un sacerdote infiel, que arroje lodo sobre la vestidura sin mancilla de la Iglesia, no es digno de Ella, y el cielo lo repudiará si no se convierte y se humilla y se arrepiente.

¡Ay! y es tan buena mi Iglesia, que admite en su seno a todos; perdona con su caridad —que es la mía— a los perjuros arrepentidos, a los traidores que se convierten, a los infieles y desleales que vuelven a su redil, y los acoge otra vez en su regazo para blanquearlos con mi Sangre, cuya depositaria es.

Pero llora sus extravíos y sus negras ofensas con lágrimas de sangre en Mí, que lloro con Ella y por Ella. Lloro en Ella por tantos sacerdotes prófugos, que si bien están a su servicio exteriormente, no lo están en la santa y pura intimidad con la Esposa amada como les corresponde.

¿Cómo puedo dirigir a estos sacerdotes rebeldes, hipócritas e infieles a su vocación estas palabras, fundamento de su sacerdocio: **"Me amas más que éstos?"** ¿Con qué cara me pueden responder los que así se portan, los que manchan la blancura inmaculada de mi Iglesia de tantos modos?

No solo es adulterio el que se comete contra Ella, cuando se le arroja al fango de lo que no es puro; sino que también se le ofende con todo lo que desvirtúa y no va en consonancia con sus enseñanzas y doctrina. Se le mancha con la avaricia, con la soberbia, con los pecados capitales en general, y con todo lo que la Iglesia condena.

Se falta a la fidelidad a la Iglesia con todo lo que rechaza la Ley de Dios y la caridad con el prójimo. Y esas manchas continuas que muchos de mis sacerdotes arrojan sobre la Iglesia santa, Yo, el Sacerdote que a todos representa, continuamente también las estoy borrando con mi Sangre, con mis lágrimas, ofreciendo siempre a mis sacerdotes redención, haciéndome siempre víctima en su favor, clamando siempre al Padre en el paroxismo de mis dolores místicos: "¡Padre, perdónales, que no saben lo que hacen!"

Y ciertamente, los sacerdotes que tales monstruosidades cometen con mi Iglesia no saben lo que hacen, no han penetrado en mi Corazón, no han pesado sus deberes, no se han hecho el cargo de la magnitud de sus ofensas, no han vislumbrado siquiera ¡que me ofenden **dentro** de Mí mismo!

Y Yo siempre disimulando, ofreciéndome por ellos al Pader y clamando por su perdón. Y ellos, ¡ay! aturdidos por las malas pasiones, por las ocasiones peligrosas y voluntarias, despechados, arrastrados por la corriente de muchos vicios, se precipitan sin escuchar mis quejas, sin atender a los remordimientos, sin entrar dentro de sí mismos para escuchar los gemidos del Espíritu Santo en su corazón, las instancias de María, y concluyen por fin con abandonar la fe y condenarse.

¿Cómo pedir amor divino y fidelidad con la Esposa que el Espíritu Santo les dio, si están sordos y no escuchan lo único que puede salvarlos? ¡Cuántos cismas han arrancado de mi Iglesia a sus sacerdotes infieles! ¡Cuántos engaños satánicos han envuelto almas de sacerdotes que comenzaron bien y que la soberbia —que trae siempre consigo la impureza— los arrastró a nefandos crímenes y los precipitó a la perdición eterna!

¡Y la Esposa amante los llora, porque los amaba y los ama; porque un día feliz le juraron amarla! ¡Pero trocaron el amor divino por el humano, y de ahí las caídas, las infidelidades y la muerte!

Pero aquí estoy Yo para defender y consolar a mi Iglesia con este nuevo impulso —salvador porque es divino— a todos sus sacerdotes, desde el primero hasta el último, y para transformarlos en Mí.

El amor salvará al mundo, y la personificación del amor es el Espíritu Santo.

Vendrá el reinado universal del Espíritu Santo, único que puede pacificar la tierra; porque es el dulcísimo nudo eterno, el que concilia, el que une, identifica y salva.

El Espíritu Santo con María, repito, harán que todo se restaure en Mí, que soy su Centro; harán que reine Yo, como Rey universal en el orbe entero; harán que mi Corazón sea honrado en sus últimas fibras y dolores internos, y completarán las prerrogativas de María, Esposa del Espíritu Santo.

Este divino Espíritu con su luz destruirá muchos errores en el mundo, espiritualizará los corazones, hará que el mundo se incline ante el estandarte salvador de la Cruz, y sobre todo, exaltará a su Iglesia con sacerdotes transformados en Mí, y así hará que vuelva Yo al mundo en ellos, como único Sacerdote, único digno de glorificar a mi Padre, con todos los sacerdotes en Mí y toda la humanidad en ellos, formando, por fin, no miembros dispersos y dislocados, sino un solo Pastor, el Papa; y todos en Mí, en la unidad de la Trinidad.

Y este final hay que prepararlo, hay que conquistar esa victoria hay que comprarla con oración y con lágrimas, con sacrificios y con amor. Pero sobre todo, con la transformación

de los sacerdotes en Mí, con la **consumación** de esa transformación, (en cuanto es pasible en la tierra), que haga a los sacerdotes puros, santos, desinteresados y dignos de unirse con la Luz, con la Verdad, con la Vida, con la Unidad santísima, con la Trinidad".

LXXXV

LA CONSAGRACION DEL MUNDO AL ESPIRITU SANTO

Necesito esa reacción en los sacerdotes, **obrada por el amor;** y para conmover las fibras de los corazones sacerdotales, les he descubierto las de mi alma, las más íntimas, dolorosas y amorosas que en él existen. Y ya responderán al llamamiento de amor, porque quiero perdonar, perfeccionar, santificar y salvar.

Hace mucho tiempo que vengo insinuando este mi deseo, de que **se consagre el universo al Espíritu Santo, para que se derrame en la tierra con un segundo Pentecostés.** Entonces, cuando esto llegue, el mundo se espiritualizará con la unción santa de pureza y de amor, con que la bañará el Soplo vivificante y puro, el Purísimo Espíritu.

Barrerá este Soplo santo todas las impurezas en los corazones y todos los errores en las inteligencias, si corresponden a su influjo; la faz del mundo se renovará, y todas las cosas se restaurarán en Mí. Pero, sobre todo, mis sacerdotes serán los primeros en esa restauración uni-

versal; vendrá, sí, vendrá a glorificar a la unidad de la Iglesia, a la Trinidad.

Se rendirán muchas sectas ante la unidad divina de mi Iglesia, cesarán muchos cismas; **el Concilio futuro tendrá y dará frutos de vida eterna**; y la Iglesia única y verdadera cobijará a muchas naciones y extenderá sus alas para cobijar a todo el mundo y traerlo a su seno salvador (1).

No siempre la Iglesia ha de estar postergada. Tendrá siempre enemigos y guerras y persecuciones hasta el fin de los siglos; pero tendrá treguas también, tendrá honrosos triunfos. Yo lo aseguro.

Pero he vinculado estos triunfos a una sola cosa: **a la consumación transformante en la tierra de sus sacerdotes en Mí.**

Con esto **vendrá el reinado del Espíritu Santo** en las almas de mis sacerdotes, que es mi mismo Espíritu, y en las almas después y en las naciones, y **traerá la paz**, por medio de la unidad en el amor, en la caridad.

Que pidan los fieles para que se apresure, para mi mayor gloria, esta santificación de mis sacerdotes en el Santificador único, esa evolución santa por el amor, ese ser **todos en María**, y todos para las almas en Mí, para que Yo en ellos, en la tierra, alivie, edifique, perdone y salve.

La Redención fue una, pero su aplicación no tiene límites y se hará en favor de las almas, por medio de mis sacerdotes santos, de mis sacerdotes otros Yo, todos caridad y celo y olvido

propio, santificarán así a las almas, sólo para glorificar a la Trinidad.

El impulso del cielo es fuerte, es impetuoso, es fecundo, es activo, porque viene del Espíritu Santo que todo lo impulsa con su gracia que santifica y transforma.

¡Cómo mi Corazón palpita y ansía esta época de transformación en Mí y de triunfo para mi Iglesia! ¡Cómo mis ojos se empañan con lágrimas de emoción, de dicha, de triunfo, de gratitud para con mis amados sacerdotes!

¡Que no piensen en lo que fueron, si desgraciadamente no me han sido fieles: Yo soy el buen Pastor, que no teman, que Yo soy Jesús, y todos, todos caben en el inmenso y amoroso seno de mi alma! ¡Los amo tanto!...

Fue, después de mi Madre, lo que más amé en la tierra, a mis Apóstoles, y en ellos vi ya a todos mis sacerdotes futuros, y en ellos los amé y en Mí mismo los amo, porque son parte de mi mismo ser. ¿No saben que mi Padre los ve como a Mí mismo y que los siento Yo como cosa Mía, como si fueran conmigo un mismo cuerpo, una misma alma, un mismo corazón?

Si ahondaran mis sacerdotes en este pensamiento que es feliz realidad, si siquiera se percataran de ella, ¡ay! jamás me ofenderían, y respetarían su cuerpo y todo su ser como si fuera el Mío, por esa unión íntima y amorosa con que mi Padre los vinculó como sacerdote en el único Sacerdote, en el Sumo, Eterno y Verdadero Sacerdote.

No se dan cuenta muchos de mis sacerdotes que **son otros** Yo, y por esto no se preocu-

pan de no lastimarme. No piensan, repito, que me ofenden **dentro de Mí**; que Conmigo, por decirlo así, ofenden a mi Padre, y que hacen, en cierto sentido, que Yo mismo. Yo en ellos, contriste al Espíritu Santo todo amor, que formó y asiste en todas sus palpitaciones a mi Corazón de amor.

Todo esto lo quiero esclarecer e iluminar, lo quiero traer a la memoria y ¡ay! reformar trayendo a las almas la verdad, para bien de mis sacerdotes y de mi Iglesia.

Son puntos olvidados, empolvados, que si acaso se ven, los ven como de lejos, con indiferencia y frialdad, sin pensar ni ahondar sus consecuencias.

Pero Yo, en mi infinita caridad para con mis sacerdotes, quiero verlos sin culpa y sin mancha, sino puros, limpios y santos; que se hagan el cargo, no sólo de lo que se ve y se toca, sino de estas minuciosidades, si así pueden llamarse, que los hacen culpables y han lastimado años y más años la delicadeza y ternura de mi Corazón de amor.

Hasta lo más hondo, hasta lo más íntimo, quiero hacer la luz en el corazón de mis sacerdotes, para que reparen, para que expíen lo propio y lo de sus hermanos sacerdotes; para poder acercarme a ellos sin intermediarios, sin nada que estorbe a la perfecta unión de amor y de dolor, de completa y consumada transformación en Mí.

Siempre me he prestado a esto; pero ¡cuántas veces me lastiman las indelicadezas de los Míos, su poca finura espiritual que se conforma

con lo puramente exterior, sin ahondar en esas regiones íntimas, sin sospechar siquiera que existen; antes bien, lastiman mi alma con ese contacto de lo menos puro, ¡y cuántas veces de lo manchado!

Ya quiero pulir esas almas que me pertenecen; y no por no sufrir Yo, sino **por ellos**, porque no acumulen, cuando menos, purgatorio; porque las miradas con que mi Padre los mira a ellos en Mí, no encuentren mancha; sino que todos luz, todos limpieza, todos caridad, todos **otros Yo**, atraigan esas miradas de mi Padre y El se complazca contemplándolos".

---

(1) Nótese que estas páginas fueron escritas hace más de cincuenta años. (Nota del editor).

LXXXVI

EL AMOR AL PADRE Y LA TRANSFORMACION

"Quiero en mis sacerdotes la perfecta transformación en Mí, para que su vida entera sea un acto de amor continuado a mi Padre celestial, porque esa fue mi vida en la tierra y la que ellos deben continuar. Todos sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus anhelos, sus ilusiones, sus trabajos exteriores, su vida interior, etc., etc., debe tener en ellos un solo fin, el de glorificar a mi Padre.

Nada deben hacer mis sacerdotes, como Yo en la tierra, sin levantar antes su alma hacia mi amado Padre ofreciéndome y ofreciéndose en cada acción, sobre todo, en el sagrado ministerio.

Le debo le vida a mi Padre, porque me engendró en un arrebato intensísimo de amor. Me engendró en el amor y del amor broté en el seno fecundísimo del Padre. El amor me formó en el entendimiento del Padre, en el seno del Padre, en la inteligencia infinita del Padre, nota vibrante, acorde sonoro, que llenaría de armonía a todos los siglos y que, repercutiendo en los abismos eternos del amor, hizo brotar del amor al Verbo, eco fidelísimo de aquel sonido divino, de aquella deliciosa armonía sin precedente. Y así el Padre con el Verbo, su eco purísimo, fidelísimo y desbordante, son una misma fecunda y eterna vigración perfectísima por su unidad de sustancia, de sonido, de voluntad, de esencia: una sola Divinidad en Personas distintas.

Este fue el origen del Verbo. Y desde entonces, es decir, eternamente, el Padre y el Verbo, aunque Este proceda del Padre por la eterna generación, forma sin embargo un solo Dios en esencia y en Divinidad, y no vibran más que con un solo sonido, con una sola nota, con una única armonía celestial, al unísono en un solo sentir, y fundidos en un solo amor, y formando una sola Divinidad.

Porque las tres Personas divinas son eternas y ninguna después que otra. Cierto que el Padre, conociéndose, engendró al Hijo; y que de ellos, por amor, procedió el Espíritu Santo; pero como les tres Personas son eternas y ninguna después de otra, todo esto fue simultáneo. Este sublime misterio de la Trinidad, en la que viven felices las tres divinas Personas, no tuvo principio.

El amor es eterno en el Espíritu Santo que unió al Padre y al Hijo; el amor fue mi sustancia y mi vida como lo es la del Padre. Dios es amor en sus tres divinas Personas; pero el Espíritu Santo es —por atribución— la fuente del amor, la eterna sustancia de la caridad y el centro purísimo de la unidad, el amor que funde, el amor divino en la divina Trinidad.

Pues bien, Yo nací del amor en mi Padre, y ni un instante en la tierra dejé de amarlo como Verbo; y de servirle, amarlo, invocarlo y adorarlo como hombre.

También como hombre nací del amor, engendrado por el amor en el seno de una Virgen, y dediqué todos mis latidos, desde el primero hasta el último, y mi vida entera, a honrar, a

servir y a glorificar a mi Padre, a rendirle el vasallaje debido. Mi espíritu jamás lo perdió de vista desde que encarné hasta que morí en la cruz, y lo puse en sus manos después de haber cumplido hasta la última tilde su amorosa y santa voluntad.

La voluntad de mi Padre que me crucificó fue amor, el más grande amor, la prueba mayor de su amor.

El haberme dado a las almas fue sólo amor, un inmenso amor.

El haber querido formar su Iglesia y hacerme el primero y eterno Sacerdote del cual todos los demás no habían sido sino figuras, fue amor de predilección infinita, ¡un inmenso amor!

El querer que en Mí se borrara el pecado, y se perdonaran todos los crímenes del mundo, para que la expiación de un Dios fuera la única que borrara las ofensas a un Dios, fue amor, un infinito amor de elección hacia su Hijo único.

Y el de constituir a todos los sacerdotes en un solo Sacerdote, en una sola víctima, en Mí; en un solo Salvador, en Mí; fue amor, es amor y será hasta el fin de los tiempos amor, y sólo amor.

Y vendrá el día en que con todos los míos venga a juzgar al mundo, con todos los sacerdotes en Mí, por su unidad en la Trinidad. Cuando como Rey triunfador, con la insignia de la Cruz, acompañado de toda esa legión de mis sacerdotes, venga a juzgar al mundo, repito, ese querer del Padre ¿acaso no es amor de predilección infinita, no es un infinito amor?

Y así será. Pero me lacera un pensamiento al ver ese último día del juicio universal para Mí presente; me hiere más que nada el tener que rechazar a sacerdotes culpables que prefirieron la tierra al cielo, las criaturas a Mí, el pecado consentido y acariciado a las eternas caricias a mi Padre, contristando así mi Corazón divino.

No quiero eso; mi Corazón de hombre y mi Divinidad rechazan por decirlo así ese pensamiento, y redoblo mis plegarias al Padre, y multiplico mis víctimas por la Iglesia en la tierra, para detener a mis sacerdotes aun en el borde del precipicio; para salvarlos con mi Sangre que sacrílegamente han pisoteado. Todavía hasta su último aliento, en el que estoy Yo presente siempre, los rocío con mi Sangre (comprada por víctimas), los muevo con mis suspiros, los conmuevo y conmoveré hasta el fin de los siglos con mi inmenso amor.

Por tanto, un elemento indispensable para que mis sacerdotes realicen su transformación en Mí y la consumen, es que hagan habitual, del día a la noche, en toda ocasión y muy especialmente en las misas, el pensamiento de mi Padre, el honrar a mi Padre, sin importarles trabajos, penas y dolores —que El sabrá endulzarlos con su amor—; ofreciéndome y ofreciéndose en mi unión, no como mera fórmula, no tan sólo en el sacrificio incruento; sino siempre, como Yo lo hice, en todo momento y ocasión.

Jamás hice nada en la tierra, ni obré ningún milagro, ni prodigué favores, ni alivié dolencias, sin levantar antes mis ojos y sobre todo mi Corazón hacia mi Padre, para hacerlo todo por El,

para El y en El. Probarle mi amor era, por decirlo así, mi pasión dominante en la tierra.

Todo lo refería a El y sólo me preocupaba de que las almas lo conocieran y lo glorificaran. Procuré que mi vida entera fuera un solo acto continuado de gratitud amorosa hacia mi Padre celestial. Mi comida, mi bebida, mi vida toda, con todos sus trabajos, privaciones y dolores, era sólo glorificarlo en Mí y en las almas, era sólo hacer su voluntad y gozarme en ella, aun cuando exteriormente fuera para Mí martirizadora. Todo lo superaba en Mí la amorosa y adorable voluntad de mi Padre.

Este es mi distintivo, ésta es la marca más acentuada de mi interior y de mi exterior, sacrificar todo a ese ideal de la voluntad de mi Padre en la tierra; este es el broche de oro con que cerraba todas mis acciones: ¡la divina voluntad!

Me complací en enseñar el **Padre nuestro,** en el que vertí el licor suavísimo que se desbordaba de mi alma; y los siglos repetirán ese himno sublime con el que quise honrar a mi Padre y someter todas las voluntades humanas a su voluntad.

Todo esto lo he dicho para que mis sacerdotes, si se han de transformar en Mí, si quieren ser otros Yo, comiencen con todo ardor, generosidad y perseverancia a hacer lo que yo hacía; que conviertan su vida en un acto de amor al Padre que los engendró en su seno amoroso al darles la vocación y que puso en María, para no separarlos de Mí, esa fibra santa de su vocación sacerdotal, al encarnarme en Ella, y que lo honren en todos sus actos y que lo glori-

fiquen con una intensa vida interior; que hagan que las almas lo adoren y hagan de esa voluntad santa su ser y su vida.

No les pesará que hagan la prueba sin desmayar ante cualquiera dificultad y sin importarles las tentaciones satánicas que el demonio les presente; Yo aseguro que éste, muy principalmente, será un gran remedio que activará su perfecta transformación en Mí.

El Espíritu Santo, uno con el Padre y el Hijo, los ayudará complacido, porque este es el camino seguro para alcanzar esa unificación de voluntades, en la que se gloría toda la Trinidad".

LXXXVII

LA IGLESIA, ESPOSA DE JESUS Y DE LOS SACERDOTES

"Para darme mi Padre a la Iglesia como Esposa, primero me crucificó. En la Cruz fueron mis desposorios con Ella; esa inmolación me costó unirme con esa Esposa inmaculada. Ahí también uní a todos mis sacerdotes futuros conmigo, para que **unos en Mí**, su Maestro, su Redentor y su Vida, tuvieran —transformados en Mí— la misma Esposa purísima, con el deber de la misma fidelidad hacia Ella, con los mismos ideales hasta el fin de los siglos. En ellos dejé mi vida apostólica para que distribuyeran los frutos de la Redención que conquisté para ellos y para toda la humanidad, con mi Sangre y con mi vida, en el Calvario.

Ahí fueron también los desposorios de los sacerdotes con la Iglesia. A mis dolores y a mi Sangre les deben el tener esa Esposa santa, la misma Mía, dada por el Espíritu Santo; en vista de que los sacerdotes serían **unos conmigo**, en la unidad de la Trinidad.

En aquella plegaria ternísima a mi Padre, en la última Cena, plegaria salida de lo más hondo de mi alma —en la que quise expresar a mis Apóstoles, y en ellos a mis sacerdotes futuros, toda la sublime ternura, la quinta esencia de mi amor hacia ellos—, pedí lo más grande, lo más bello que podía solicitar de mi Padre, que **fuéramos uno**, consumados en la unidad de la Trinidad.

Pero al elevar esa plegaria ardentísima que brotó de lo más profundo de mi amor, tenía presente a mi Iglesia, que al tomarla como Esposa, lo sería también de mis sacerdotes transformados, **unos** con mi Padre y con el Espíritu Santo, sublimados en la unidad divina de la Trinidad.

Desde la eternidad estaba destinada para mis sacerdotes esa Esposa, la Iglesia, brotada de mi Corazón en la Cruz. Ahí nació, pura y bella, de mi costado, como Eva del costado de Adán, para que fuera madre de todos los cristianos, de las almas todas, para salvarlas por mis infinitos méritos que en su seno inmaculado deposité.

Yo me iba de la tierra con mi presencia sensible, pero me quedaba real y verdaderamente en la Eucaristía, en cada arteria de mi Iglesia, que son los sacramentos, y en su doctrina; me

iba, pero me quedaba en cada uno de mis sacerdotes, **otros Yo** en la tierra, con la misma Esposa, con los mismos fines de caridad, con los ideales puros y santos de la salvación de las almas.

Les dejé mi Cuerpo para que se hicieran con El **un mismo cuerpo**; les dejé mi Sangre para que formaran con Ella **una misma sangre**; mi Sacrificio incruento, que se repetirá hasta el fin de los siglos, para que se unieran mis sacerdotes a él, en un solo sacrificio e inmolación; les dejé mi doctrina para que la extendieran y salvaran a las almas; mis ejemplos, vivos y palpitantes, para que los imitaran y siguieran.

Les dejé a mi misma Madre, a mi mismo Espíritu a mi mismo Padre que a todos estrecharía en sus brazos, al ver en ellos, no a muchos sacerdotes, como he dicho, sino a un solo Sacerdote en Mí.

¿Y por qué? ¿a qué se debe esa unidad de los sacerdotes en Mí y de todos en mi Padre? ¿a qué se debe principalmente esa gracia? —A la ardiente plegaria que dirigí a mi Padre poco antes de mi Pasión. El no pudo hacerse sordo a los clamores de su Hijo amado que iba a agonizar y a morir para glorificarlo, y salvar al mundo, y con su vida comprar la Iglesia fundamento y camino único para la salvación.

Pero como esa Iglesia necesitaba obreros en su viña, era preciso que mi Padre me los diera, puros y santos, como lo era Yo, que dije: "¿quién de vosotros me convencerá de pecado?" Eso mismo deben decir mis sacerdotes; y lo podrán decir con verdad, si **son otros Yo.**

Y para lograr esa pureza y ese parecido, no encontré cosa que más fielmente pudiera en mis sacerdotes representarme que **la consumación de ellos en Mí** por la unidad, que es la que más asimila, la que más compenetra, la que más diviniza, lo único que necesitaba para morir tranquilo —en cuanto a mi amor— al verme representado fielmente en mis sacerdotes futuros, al atraer para ellos, **en Mí, las mismas** miradas de mi Padre, sus mismas complacencias, su misma fecundidad, su misma gloria para El. Porque en esa unidad, en esa consumación de la unidad en Mí, en esa transformación de ellos en Jesús, están encerradas sus complacencias.

Y mi Padre me lo concedió; no pudo menos que oírme, como siempre lo hace. Y esa transformación se operó, desde la eternidad, en el ideal y en la vocación del sacerdote en el entendimiento del Padre; se afirmó en María como he dicho, al encarnarse el Verbo en su purísimo seno, al poner ahí el Padre, en Mí, aquella fibra amorosa de la vocación sacerdotal que se desarrollaría en Mí, único Sacerdote y único Salvador.

Clamé al Padre por esa gracia insigne al instituir el Sacramento de la Eucaristía; subió mi plegaria al Padre, poco antes de mi muerte, en la que pedía la consumación de dicha gracia. Y en la primera Misa que se celebró en el mundo, en el arranque más grandioso del amor de un Dios a sus criaturas, se obró la perfecta transformación del sacerdote en Mí, haciéndolo otro Yo, por las palabras operativas y divinas de la consagración; y me quedé Yo en ellos y

ellos en Mí, en momentos tan elevados y sublimes, que, aun después de tantos siglos, hacen temblar de admiración al cielo y conmueven terriblemente al infierno.

Y todo lo conquisté, todos los bienes los alcanzó el Dios-hombre; pero de mi Padre celestial, que los derramó en Mí y por Mí a los demás.

Aquella plegaria de la consumación de la unidad en mi Padre y en Mí, no quedó estéril, sino que vinieron sus frutos a la tierra especialmente sobre mis sacerdotes, y por eso **ellos son otros Yo;** y por eso,**sólo por eso,** les di a mi misma Esposa la Iglesia, pero con los mismos deberes de fidelidad y de purísimo amor hacia Ella; con el deber de servirla, de consolarla, de darle hijos espirituales y santos, de extender su reinado, de respetar sus jerarquías, de constituir, aun en la tierra, aquella unidad que es eco de esa unidad santa, fecunda y purísima, de la unidad de los sacerdotes en Mí, de la única unidad en la Trinidad.

Todo lo que salga de esta unidad es diabólico; todo lo que no tienda a esa unidad es falso; todo lo que se aparte de esa unidad será nulo para el cielo; todo lo que retrace esa unidad estará condenado por la Iglesia.

Los sacerdotes me deben pues vocación, María, Sangre, plegarias, vida, Esposa, transformación, y eso más, el representarme en la tierra, el que sean otros Yo mismo en las Misas, el que sean otros Yo mismo en los sacramentos, el que deben **ser otros Yo** en todo instante y ocasión, que es lo que vengo buscando.

No sólo quiero la transformación ya hecha y más o menos desarrollada con la cooperación de los sacerdotes; sino la consumación de esa transformación para honor de mi Iglesia; porque en mis sacerdotes también Me ve mi Padre a Mí, único Sacerdote digno de tocarla y de repartir con toda pureza y santidad sus tesoros en las almas.

Cierto que para repartir esos tesoros los sacerdotes se revisten de Jesucristo, me representan a Mí, al Dios vivo hecho hombre; pero como he dicho, no me basta que sólo se revistan de Mí, sino que **sean otros Yo** mismo, en estos tiempos en que se necesita un salvador —ellos en Mí— y que hagan como reaparecer, por sus virtudes, al mismo Salvador.

Cuido y velo por la honra y la gloria de mi Esposa, la Iglesia, que tanto me costó, que fue el premio que me dio mi Padre y que conquisté en la Cruz con dolores, ignominias y sufrimientos sin comparación. Y fue que compraba, más que con precio de oro, con el precio de mi vida, a aquella Esposa santa y salvadora por su unión Conmigo y que iba a ser Esposa extensiva, en su virginal fecundidad, de todos mis sacerdotes desde el primero hasta el último, pero con la condición indispensable de ser **otros Yo mismo**, único Esposo virginal y puro de donde todos se encerrarían.

Que mediten muy detenidamente esto mis sacerdotes; y como mis palabras obran, la Iglesia tendrá gran consuelo; y Yo, el santo gozo de que aumente la gratitud en el corazón de mis sacerdotes, al ver, al considerar, medir y pesar

los innumerables beneficios que me deben y que muchos no conocen, ni su magnitud, ni su número, que es incalculable; porque las predilecciones de mi amor para con mis sacerdotes sólo en el cielo podrán contarse.

Que aumente en ellos, con estas consideraciones, su afecto a mi Iglesia, su filedidad para con Ella y su celo santo por embellecerla con almas santas, por encumbrarla, por reparar las ofensas que se le hacen y consolar a su cabeza principal, el Papa, a quien tanto amo.

Todo lo cual lo conseguirán por su perfecta y consumada transformación en Mí".

LXXXVIII

AMAR EN ESPIRITU Y EN VERDAD

Y las almas, al ver los ejemplos de mis sacerdotes santos, sus virtudes, su caridad inagotable como la Mía, sus obras todas de santidad, más me amarán. Y mis sacerdotes lograrán que se conviertan y santifiquen; y con esto más glorificarán a la Trinidad, se les hará transparente el velo que oculta a la Divinidad, conocerán más hondamente al Padre, lo glorificarán en todas sus acciones y crecerá su amor filial a la adorable voluntad del Padre celestial, siempre amorosa y justa.

Entonces mi Padre será honrado, será amado, será glorificado en espíritu y en verdad; porque los sacerdotes santos transformados en Mí comunicarán a las almas el espíritu de Verdad del que estarán llenos, y entonces —¡oh ilusión

del Dios-hombre!— los sacerdotes y las almas amarán al Padre en el Espíritu de amor con que El mismo se ama y con la Verdad, que soy Yo, unida a ese mismo Espíritu Santo.

Esta será la manera perfecta de amar al Padre en espíritu y en verdad; en espíritu, con mi mismo Espíritu, el Espíritu Santo que me anima; y en verdad, con la Verdad que soy Yo, el Verbo Sabiduría, el Verbo Luz, el Verbo Palabra, el Verbo Vida, engendrado por el Padre en el árbol santo del amor, que es el seno del Padre, árbol eternamente fecundo, en donde se produce toda vida, toda luz y de donde procede todo espíritu, toda verdad, todo el conjunto unidad, en el cielo y en la tierra.

Así se ama al Padre en espíritu y en verdad; así se le ama en Sí mismo, en la unidad que unifica a las Personas divinas, en la unidad de la divina sustancia; así se le ama por el Espíritu Santo y con el Espíritu Santo y su Verbo; así se le ama en El y por El, unificando todos los afectos, espiritualizados con **el Amor.** Se ama a Dios como Dios se ama, es decir, con el amor perfecto, con la perfección y consumación del amor, en la unidad del infinito y eterno amor.

¡Oh, y los hombres y muchos de mis sacerdotes no me aman ni me han amado, ni sabrán amarme así, y quiero que me amen en espíritu y en verdad! Pero es porque no han ahondado en el amor perfecto y verdadero; les ha faltado luz, porque no la han buscado, porque no la han pedido al que es Luz de Luz, al Padre de las luces; les ha faltado el amor al Espíritu Santo, hondo, apremiante, ardoroso, suplicante. Por-

que ese Santo Espíritu es el único que sabe amar al Padre en Espíritu, amarlo con un solo amor en su eterna unidad, porque El mismo es el Amor que une, que vibra eternamente en suavísimo concierto, en el fondo sin fondo de la Trinidad.

El Espíritu Santo es el que santifica al amor humano, el que lo purifica de toda escoria, el que convierte ese amor en divino; porque sólo El sabe divinizar todo el ser de la criatura, sus sentimientos, sus latidos, sus tendencias, sus aspiraciones, espiritualizando su amor. Pero todo esto lo opera el Espíritu Santo en la transformación en Mí.

Y para que los sacerdotes todos amen al Padre en Espíritu, tienen que transformarse por el Espíritu Santo y divinizarse en El, por el Amor, dejándose guiar de El, correspondiendo fidelísimamente a sus inspiraciones y movimientos íntimos.

Deben los sacerdotes dejar que el Espíritu sople donde quiera y como El quiera, en sus almas; arriba y abajo, en el Tabor y en la Cruz. Deben entregársele sin reservas y no permitir, por sus pecados, que se vaya, que no le alejen ni con sus faltas deliberadas que lo velan y lo contristan. De esta manera inflamará el Espíritu Santo sus corazones y hará que amen al Padre con su mismo amor, con sus mismos santos gemidos, con la delicadeza, finura, firmeza y santidad que contiene ese infinito Amor.

También deben amar a mi Padre mis sacerdotes en la verdad, es decir Conmigo, que soy la Verdad; más aún, deben amarlo no sólo Conmi-

go sino en Mí, en mi unión, con mi luz, con mi misma doctrina, clara, pura, luminosa y santa, como lo amo Yo; con toda verdad sin quitarle una tilde a su amor, consagrándole todo su ser, como Yo, todos sus trabajos, sus anhelos, sus sudores, sus dolores, sus gozos y alegrías en El y para El, toda su inteligencia y su corazón y su amor; pero de verdad, sin cortapisas, sin mermas, sin condiciones, donándose al Padre totalmente con cuanto son y tienen, como Yo.

Así, con la claridad de mi doctrina, con la sencillez de mis Evangelios, con la seguridad que da la confianza, con la claridad que da la fe, con el apoyo en la inefable Verdad y Sabiduría que soy Yo, con la absoluta obediencia y amor a la Iglesia en su Cabeza y en sus delegados, que son **mi Verdad** en la tierra, me darán gloria y amarán realmente en espíritu y en verdad.

Pilato no quiso saber qué era la Verdad; huyó de Mí que soy la Verdad, y por eso no me conoció, ni tuvo luz, ni me amó.

Pero mis sacerdotes, estudiándome, cada vez más, encontrarán en Mí **luces** inesperadas, comprensiones íntimas, sentimientos jamás experimentados y profundas seguridades apoyadas en una ilimitada confianza en la divina voluntad de mi Padre siempre amorosa.

Entonces sentirán el apoyo inconmovible de la Verdad, la seguridad íntima de su vocación, la radiante luz de la justicia y se les descorrerán los velos que ocultaban campos inexplorados de paz, de caridad y de justicia; pero sobre todo, verán las predilecciones del amor del Padre, y conmovidos ante la clara verdad de su in-

finita ternura que los eligió y asemejó a su Hijo amado, prorrumpirán en actos intensos de gratitud.

Así se realizará mi gran deseo: el de ver amado a mi Padre con el verdadero amor, con el amor del Espíritu Santo y el Mío, amándolo por fin en espíritu y en verdad, como El debe ser amado.

Y las almas, repito, al ver la transformación de los sacerdotes en Mí, sus obras de santidad y sus ejemplos —por una luz interior del Espíritu Santo— correrán tras el olor de Jesucristo, tras los perfumes de mis virtudes esparcidas por los sacerdotes transformados en Mí. Y convertidas y entusiasmadas, abandonarán lo terreno y la vano, y se Me entregarán, para glorificar a mi Padre y salvarse".

LXXXIX

EL SACERDOTE TRANSFORMADO REFLEJA AL PADRE

"He aquí otra prerrogativa insigne que llevan en sí mismos mis sacerdotes, sin que piensen en ella; y ciertamente es un pensamiento atrevido por su grandeza y sublimidad, pero no por eso deja de ser real; porque el amor realiza cosas estupendas que el espíritu humano no puede ni sospechar.

Verme a Mí y ver al Padre es la misma cosa; porque el que me conoce a Mí, conoce a mi Padre, de quien tengo no sólo la semejanza, sino la misma naturaleza divina. Yo estoy, por decirlo así, saturado de amor del Padre; y el Pa-

dre y Yo somos una misma cosa. Y aun cuando Yo procedo de El, soy una misma cosa con El, en cuanto Dios, porque El y Yo, con el Espíritu Santo, sólo somos un solo Dios, una sola unidad, una única Divinidad.

Pues bien, si Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí, si verme a Mí es ver al Padre, si sólo Yo lo puedo dar a conocer, si el que me conoce a Mí, lo conoce a El; se deduce que, si los sacerdotes son otros Yo, por su transformación en Mí, participan de lo que Yo participo; ellos, en cierto sentido, también reperesentan a mi amado Padre, porque se le comunica esa unidad de la Trinidad por la que no pueden separarse las Personas Divinas en el fondo de su esencia, en la unidad de su sustancia, en la única e indivisible Divinidad que poseen.

Por tanto, un sacerdote transfomado en Mí, tiene que reflejar al Padre; y en medida de esa transformación, tendrá más parecido con el Padre, más unión con el Padre, será **más padre** con las almas, y las almas verán en él, por Mí, al Padre y conocerán más al Padre; porque conociéndome a Mí, en ellos, conocerán a mi Padre.

¡Oh! hemos llegado al punto culminante que Yo quería para honrar a mi Padre, para glorificar al Padre en mis sacerdotes. Extender la gloria del Hijo es extender la del Padre; asemejarse al Hijo es asemejarse al Padre: tomar el parecido del Hijo es tomar el parecido del Padre, es reflejar al Padre, identificarse con el Padre, es **¡ser padre!**

Y no es que mis sacerdotes sean el Padre; pero sí que siendo Yo, pareciéndose a Mí, se pa-

rezcan al Padre y darán a conocer la hermosura del Padre, la Divinidad del Padre, y los rasgos de su unidad con el Hijo, por el Espíritu Santo, por el amor que une, que difunde esa única fisonomía divina, la misma del Padre en el Hijo, la misma del Hijo en el Padre.

Y llegar a ese extremo santo es mi más ardiente anhelo, que las almas se acerquen a mis sacerdotes transformados en Mí, y que me vean y me contemplen a Mí en ellos, y en ellos —en Mí— al Padre, conozcan su belleza y se internen muy hondamente, muy prefundamente, muy íntimamente en su Divinidad, para adorar al Hijo, y en el Hijo al Padre, movidos por el motor divino, el Espíritu Santo, que impulsa a lo divino.

Y así, en cada sacerdote transformado en Mí tendrá gloria mi Padre, y Yo, la felicidad más grande para Mí, que es ver honrado a mi Padre celestial.

¡Si Yo, como hombre, soy sólo escalón para llegar al fin, y ese fin —mi Padre— es a la vez el principio de todas las cosas, el alfa y la omega de cuendo existe!

Yo, como hombre, a eso vine al mundo, a llevar almas hacia mi Padre, a orientarlas hacia la unidad de las Divinas Personas, a sublimar sus anhelos, a levantarlas de lo terreno hacia lo divino, a ser el divino medio que uniera la tierra con el cielo. Y mi amor era y es mi Padre, de quien llevo el perecido, la imborrable fisonomía divina; y por eso mismo, el que me conoce a Mí conoce a mi Padre.

Pues este altísimo fin quiero y pretendo al ansiar esa consumación transformante de mis

sacerdotes en Mí; que reflejen la imagen sacrosanta y bendita de mi Padre, al parecerse a Mí.

Por tanto, ya se comprende más el por qué los quiero perfectos como mi Padre celestial es perfecto; para que no desvirtúen esa Belleza, esa Hermosura divina, para que no la manchen ni con el menor soplo de tierra. ¡Cómo deben protegerla, cuánto deben cuidarla, cómo deben evitar que esta santísima fisonomía de mi Padre celestial se desvirtúe por su culpa en las almas!

Y esto realmente no es una novedad, puesto que toda alma lleva el reflejo de la Trinidad en sí misma y el sello de la unidad. Pero en el sentido en que voy hablando, ese parecido del sacerdote con mi Padre, por su transformación en Mí, es gracia aparte; es gracia incomparable de elección, es el broche de oro, la quintaesencia de mi amor hacia él.

Por esto mismo, ya se puede comprender lo que me duelen las faltas de mis sacerdotes, sus pecados e ingratitudes, su indiferencia y frialdad, que me causan mil heridas en mi alma; ¡porque al despreciarme a Mí, desprecian a mi Padre, y **evitan** el conocimiento de mi Padre, la honra de mi Padre, el amor a mi Padre!

¿Se dan cuenta mis sacerdotes de qué manera tan profunda penetro hasta el secreto más íntimo de los corazones sacerdotales? Cuántos sacerdotes han pasado por alto esas delicadezas de mi Corazón, que constituyen un **deber** para ellos, una omisión incomparable con la que quitan gloria, conocimiento y amor a mi Padre, por su falta de transformación en Mí, por no ser **otros Yo** para dar a conocer al Padre en Mí y

en ellos; porque el que me conoce a Mí, conoce a mi Padre; y el que conoce a un sacerdote transformado en Mí, igualmente, conoce a mi Padre.

¡Oh, y qué sublimidades son éstas que sólo pueden haber sido concebidas por el amor infinito de todo un Dios! Y en resumen, esto no es más que un matiz de la unidad del Padre en Mí, de Mí en el Padre, y de los sacerdotes en Mí, y de Mí en ellos.

¿Y cuál es la fisonomía de mi Padre? ¿No la adivinan? Es la misma Mía; la que encierra toda la belleza, creada e increada: ¡EL AMOR! ¿Cómo había de seperarse el Amor, la Persona del Amor, del Padre y del Hijo? ¡Imposible! El Amor es la fisonomía del Padre la Hermosura del Padre, la Belleza del Padre. Pero por la belleza creada —mi Humanidad santísima— puede subirse a la Belleza increada; porque nadie conoce al Padre, si Yo mismo no lo enseño, no lo descubro, no lo doy a conocer.

Mi Padre es la perfección, es la unidad por esencia, es la Santidad misma, ¡es el Amor!

Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí; y el mismo Amor que todo lo ilumina, que todo lo matiza, que a todo le da vida, que es el Espíritu purísimo, fecundísimo, santísimo, nos enlaza eternamente y circula —por decirlo así— por las arterias divinas. ¡Amor, amor, y sólo amor, aquilatado en perfumes, en armonías, en conocimiento, en sabiduría, en inmensidad, en poder, en fecundidad, en unos deleites que en la tierra no se pueden comprender y de los cuales muchos están reservados sólo a la Divinidad!

Es éste otro secreto: el que se transforma en Mí, no sólo lleva la fisonomía de mi Padre en lo divino, sino que recibe una luz superior, una luz sobrenatural, con la que me ve más perfectamente a Mí, me conoce más; y al conocerme conoce a mi Padre, se le abren las puertas de su conocimiento, y lo enajena su hermosura y lo absorbe su Divinidad.

Porque nadie puede acercarse a Dios sin sentir la atracción de Dios que lo aspira, que lo pierde en El; y en esa feliz pérdida del alma en Dios, ahí ve y conoce, ahí palpa y siente el alma con mayor o menor intensidad lo divino. Porque para dar a Dios hay que estar impregnado de Dios. Y por eso mismo las almas ven a Dios en los sacerdotes transformados en Mí; porque ellos están antes afocados a Dios, abrasados por Dios, aspirados por Dios y perdidos en Dios, por los grados de su transformación en Mí.

Esta es una hermosa lección que hoy quise dar a mis sacerdotes, una nueva luz, un conocimiento más de mi infinito amor hacia ellos; el elevarlos a la sublime altura del mismo parecido con la Divinidad, por medio de mi conocimiento, por el escalón de Jesús al Padre, del hombre Dios a la Divinidad de Dios.

Los sacerdotes que estas páginas mediten, que en estos misterios ahonden, si humilde y amorosamente los reciben, encontrarán luces y gracias jamás imaginadas; conocerán deficiencias y culpas hasta entonces desconocidas, y una gratitud sin límites a mi amor infinito, cuya magnitud nunca alcanzarán a comprender en la tierra.

Aquí está el secreto atractivo de los santos; en su parecido conmigo, en el conocimiento de mi Padre, en su amor a la Trinidad. Y esto que he explicado es la meta, el punto culminante de su transformación en Mí; porque en mi Padre está la **consumación** de todas las cosas, de todos los amores, y amor es la transformación, y amor es el sacerdocio, y esa consumación en el Padre —en cuanto es posible en la tierra— tendrá su perfección en el cielo por toda la eternidad.

Sólo el que me conoce a Mí puede darme a conocer a las almas; sólo el que conoce por Mí a mi Padre, puede darle honra y gloria en las almas.

Pues bien, que vengan a Mí todos los sacerdotes, que me conozcan como hombre y como Dios que soy. Que se enamoren de Mí y pasen por Mí al conocimiento que les traerá la felicidad en la tierra y les asegurará el cielo. Mi Padre, no tan sólo me verá a Mí en ellos, sino que se verá a El en ellos; y ya he dicho que su reflejo es El mismo; y cuando esto llegue a suceder, cada corazón sacerdotal será un cielo, porque estará absorbido por la Divinidad y endiosado en el mismo Dios; que hasta esa altura tienen que estar por derecho y por justicia mis sacerdotes que son otros Yo, que reflejan en sí mismos el parecido del Padre, a la misma Divinidad.

¡Qué prodigios realiza el amor; hasta dónde alcanza hasta lo más alto, hasta lo más sublime, hasta el Padre mismo, y cómo también de El nace la vocación sublime del sacerdote que salió del Padre y vuelve al Padre, después de rea-

lizar por El, con El y en El, su misión de paz, de unión y de caridad en la tierra!

Hasta allá llega la transformación de los sacerdotes en Mí; esa transformación implica el conocimiento de Mí; y el que me conozca a Mí, conocerá a mi Padre; y el grado que alcance ese conocimiento de Mí, será el grado que alcance el alma sacerdotal en el conocimiento de mi Padre.

¡Yo sí que le conozco en toda su extensión y profundidad, en todos sus atributos, en todas sus excelsitudes, en el fondo de su infinito amor.

A Mí me ama mi Padre como a su Hijo unigénito, engendrado por El desde le eternidad; pero también me ama con ternísimo amor, como hombre, Redentor y Salvador, con cuyos títulos lo honro y lo glorifico, con igual honra y unidad con las que El se glorifica a Sí mismo, en la unidad del Espíritu Santo, en cuanto que los tres formamos una sola y purísima Divinidad".

XC

FE, CONFIANZA Y GRATITUD

"Antes de hacer algún bien en la tierra, siempre acostumbraba darle gracias a mi Padre de quien aquel favor y todos los beneficios vienen al mundo. Nunca excluí a mi Padre, ya no digo de mi interior, —que esto para Mí hubiera sido imposible—, pero ni aun exteriormente, pues siempre refería a El toda la gloria, porque sólo El es Bueno, Santo y Perfecto.

Y ¿qué quise con esto enseñar a mis sacerdotes que me reperesentarían en la tierra, que estaban llamados a transformarse en Mí, a ser otros Yo en el trato con las almas, aliviando sus penas, curando sus llagas, consolándolas y levantándolas siempre?

Quise enseñarles tres virtudes capitales para poder hacer el bien y para glorificar a mi Padre: **la fe, la confianza y la gratitud. Tres** elementos indispensables para atraer sobre sí mismos y sobre las almas los favores del cielo. Así es que mis sacerdotes están obligados por su estado sacerdotal a pedir con fe viva, con esa fe que traspone las montañas, con fe sin vacilaciones, segura e impertérrita.

Están obligados a la confianza ciega y sincera en mi Divinidad. Nunca obra ordinariamente la Divinidad en un alma sin la cooperación de la fe y de la esperanza amorosa;y mientras más honda y potente es la fe, más seguro es el éxito, más se compromete a Dios, que nada niega al que le pide con fe, al que lo llama con la confianza que da el amor.

Y la **gratitud** debe, en su fondo al menos y a imitación mía, adelantarse a la fe y a la confianza.

Si se fijan en mi Evangelio —en muchos pasajes, por no decir que en todos— brilla en Mí, como radiante faro que se adelanta y que domina, la gratitud hacia mi Padre.

Y ¡cómo no! se le debe tanto, ¡todo lo que es un Dios! ¿Cómo, digo, no ha de estar mi Corazón impregnado, saturado de inmensa, de imborrable y de infinita gratitud? Le debo la vida

divina, pues que me engendró eternamente, y la vida humana por el Espíritu Santo, que es su Espíritu. Por eso no lo olvidé ni un instante en la tierra; y al necesitar de la Divinidad —una misma en el Padre y en el Verbo— al llamarla en mi favor para usar de Ella, como Hijo ternísimo en cuanto hombre y reconocerlo como a Padre, le rendía adoración en el fondo de mi alma, y en mi exterior también, y me adelantaba como hombre a darle gracias, antes de recibir el beneficio, antes de emplear su omnipotencia, antes de usar de la Divinidad, ya resucitando muertos, ya arrojando los demonios, ya curando y obrando grandes prodigios en los cuerpos y conversiones divinas y sobrenaturales en las almas.

Sobre todo, en la Institución de la Eucaristía, en el paroxismo de mi amor, en aquella hora feliz para la humanidad en la que hice efectiva la transubtanciación y dejé mi Cuerpo en el pan y mi Sangre en el vino, quise, **muy señaladamente**, mirar al Padre y darle gracias anticipadas por el misterio que se iba a efectuar, de quedarme en la tierra encerrado en la Eucaristía.

Di gracias **antes** de consumar la unión **única** con el hombre, derivada de la unidad de Dios en su amor de predilección infinita y he dejado en la liturgia, como deber en el sacerdote, que antes de cansagrar, al mirar al Padre, con aquella mirada pura y santa que ya he explicado, **dé gracias** con toda su alma, se derrita en gratitud hacia el Padre, antes de la consagración de las especies.

¡Adelantar la gratitud! ¡Oh, si eso hicieran las almas presas de amor hacia mi Padre, como lo estaba mi corazón!

Y todo esto no lo hice al acaso, sino con un fin de caridad, como siempre; con el santo fin de enseñar a mis sacerdotes, **que serían otros Yo**, la manera práctica, a la vez que divina e íntima, de complacer a mi Padre.

Deben mis sacerdotes asemejarse a mi Corazón en su manera íntima de sentir, sobre todo, respecto de mi Padre celestial, una sola cosa Conmigo y con el Espíritu Santo. Asimilados a Mí en su fe, en su confianza y en su gratitud, con estas tres cualidades, todo lo que pidan mis sacerdotes se les concederá. **Si son otros Yo**, si están transformados en Mí, harán en mi nombre cosas mayores de las que Yo hice. Pero **deben ser otros Yo**, y adelantarse en su gratitud, siempre, siempre; que esto es adelantar la fe, sancionar la fe en una esperanza cierta, con una ilimitada confianza, que nace del amor.

Y ¿saben por qué adelantaba Yo la gratitud hacia Dios, por qué quiero que mis sacerdotes hagan suya esta hermosa práctica? —Para expiar la poca gratitud de las almas cuando reciben mis beneficios. ¡Qué pocos se acuerdan de darme las gracias! ¡Qué contados son los que guardan en su alma el recuerdo de mis favores! ¡Qué difícil para tantos corazones egoístas guardar gratitud al Dios a quien todo se lo deben!

Por eso, para expiar esa indiferencia glacial de mis beneficios, **doy gracias** al Padre todos los días y en todas las misas de la tierra, por conducto de mis sacerdotes; adelanto a la Majestad

infinita mis acciones de gratitud, y levanto mi alma y mis ojos, en ellos, hacia el cielo, reparando las ingratitudes del mundo y —¿quién lo creyera?— también ¡ay! las de los que se llaman Míos...

Porque también hay, entre mis sacerdotes, **ingratos:** también hay quien no tan sólo olvide, sino aun quien rechace mis favores. Y por ellos también **agradecí** a mi Padre por adelantado los beneficios futuros para ellos, las delicadezas sin nombre, los favores ocultos, las distinciones y predilecciones **no correspondidas.**

Y por eso mis actos de gratitud constantes en la Misa, en el acto más solemne de la tierra; ese acto de **continua gratitud** que no quise dejar de hacer por el mérito infinito que contiene, para suplir, primero, las ingratitudes de mis sacerdotes y religiosos; y después, las de todas las almas, que ni aprecian en su valor ni agradecen los beneficios de Dios.

Yo nada hice en la tierra que no tuviera extensión universal, un fin santo de caridad en bien de la humanidad entera. Soy el Redentor, soy el Reparador, soy la Víctima santa que voluntariamente se inmola, para cubrir las deficiencias y suplir las faltas de gratitud en la tierra.

Y el adelantarse a **dar gracias**, no es con el fin de comprometer, por decirlo así, a mi Padre, para hacer el favor; es para mostrarle el acto de fe que cree en su Poder; de esperanza o de confianza que está cierta de conseguir de la Bondad infinita lo que pide; de amor, porque la gratitud es amor, es reverencia, es adoración y encierra muchas virtudes.

Me quejo de muchos sacerdotes porque estos actos de gratitud de la Misa los hacen maquinalmente, sin penetrarse de su grandeza, de su solemnidad y de su fin. Me quejo, porque apenas se dan cuenta, por su prisa y apresuramiento, de lo que dicen y de lo que hacen, y pierden de vista a mi Padre, y atropelladamente celebran la Misa, y no piensan ni reflexionan ni agradecen lo que Yo obro por su medio en la sublimidad del sacrificio, en lo grandioso del acto salvador, glorificador y expiatorio que hacen en mi nombre.

Por eso les llamo la atención sobre ciertos puntos esenciales y descuidados que me lastiman. Hay mucha ingratitud en el mundo; es el defecto capital de los corazones y lo ha sido siempre. De aquellos leprosos del Evangelio sólo uno manifestó gratitud a mis beneficios. Y en mis sacerdotes también hay ingratitud, y mucha en muchos, y hay que poner un hasta aquí en este punto tan doloroso para mi Corazón amante.

Y no sólo quiero esa acción de gracias a mi Padre por el beneficio sin precio que va a operarse en el altar; quiero Yo, en mis sacerdotes transformados en Mí, esa acción de gracias en todos los actos principales de su vida y de su ministerio. Y a mi imitación, cuando el Espíritu Santo les inspire algún beneficio, que sobrenaturalicen sus actos y hagan que Yo en ellos, y mi Padre en Mí, derramemos por su conducto esos favores.

Que entonces den gracias anticipadas con fe viva, esperanza cierta, caridad ardiente y

aguarden la hora de Dios, que sin duda llegará por medio del que me representa, del sacerdote otro Yo, transformado en Mí.

Eso pido hoy, **gratitud**, que, como digo, muy poca hay en el mundo, y es de todo punto necesaria en los míos, para que haya el equilibrio de la caridad".

XCI

PETICION DEL PADRE

"Yo, el Verbo, aunque soy Palabra, no hablo sino lo que recibo de mi Padre, lo que me dice mi Padre, lo que mi Padre me enseñó, lo que aprendí de El; porque soy su Verbo, su divina Sabiduría; porque, aunque Persona distinta, procedo de El, en cuanto que El es mi Padre y Yo su Hijo.

De suerte que Yo soy la palabra divina, pero la Palabra de mi Padre, el conducto por el que mi Padre se comunica al mundo; y también soy la Palabra eterna, sin sonido, que encierra sin embargo todas las armonías, sin algo exterior o sensible, y contiene toda ciencia, todo sentido de naturaleza y gracia.

Enseño lo que mi Padre me enseñó, digo lo que El me dice, comunico lo que de El recibo. Y esa Palabra es amor, su sentido es amor, su íntimo sonido es amor, y sus efectos, en la Trinidad y en las almas, son de amor.

La voz de la Trinidad soy Yo; pero esa voz no es sensible, no tiene sonido humano; es una vibración íntima, divina, inconmunicable; es una

inefable fusión de Persona a Persona, que más y más las identifica íntimamente con la unidad de su Ser.

Pero esa vibración delicada, suave, deleitable, fina a la vez que potente, es una palabra de amor que comunica vida, que fecunda, que cala, que impregna de felicidad divina; es una Palabra-amor, que se extiende y se evapora como incienso de amor, que se infiltra con suavidades inenarrables hasta la esencia misma de Dios, y lo alegra y llena de una dicha tal, que en el mundo no hay cómo explicarla ni con qué se pueda comparar.

Por eso este Verbo, esta Palabra, esta armonía cadenciosa y divina, es indispensable en la inefable unidad en la que la Trinidad se goza, porque en el Verbo están las complacencias del Padre, impregnadas del amor del Santo Espíritu.

En el cielo no hay tiempo. En la unidad se encierra la eternidad; es un punto infinito, inconmovible, que **siempre es;** porque Dios es Principio eterno, y el Verbo en el Principio ya era Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Y Dios, que es el principio de todas las cosas, no tuvo principio: siempre fue, y es, y será eternamente, en su simplicidad sin compuestos, en el arcano eterno y sin principio de la unidad de la Trinidad.

Esta Palabra, que soy Yo, vibra eternamente en el seno íntimo de la Trinidad; y en esa Palabra y en ese sentido-amor, nos lo decimos todo, lo sentimos todo, lo podemos todo, lo disponemos todo; porque ese sonido purísimo jamás

se desafina, y si se derrama en miles de notas, en cascadas de hermosuras, de creaciones, de gracias, de dones, de esplendores y luces, es sin salir de su Principio, sin desmembrar la unidad .

Vibra esta Palabra, repito, con todas las armonías, con todos los encantos, con todas las suavidades, dulzuras y ternuras inconcebibles, y se encierran todas estas cosas en esa Palabra, al encerrar a la misma Divinidad.

¡Misterios de Dios! Pero me complazco en revelarlos al mundo para que vislumbre, aunque sea de muy lejos, las íntimas fibras del Verbo, los hondos y profundos secretos eternos de la inmensidad de Dios, de esos eternos secretos en los que eternamente se goza la Trinidad.

Los atributos de Dios se convierten, se unifican en Dios mismo; porque, como lo he dicho, el reflejo de Dios es El mismo, por razón de su unidad. Y así como su reflejo es El, sus perfecciones infinitas son El, nacieron eternamente en El, no por derecho de conquista, sino por derecho de justicia, por ser Dios.

Y la Palabra, —su Verbo— es El en cuanto a la sustancia y esencia una sola Divinidad, aunque Persona distinta; porque hasta en Dios debe haber orden, pues El es el orden mismo. Y el orden en la Trinidad está en las tres Personas, el Padre, el Hijo y procedente de ellos el Espíritu Santo; pero ninguna, sin embargo, es antes ni después que la otra, sino eternas las tres en su Principio; y este es el misterio de Dios, que sólo lo comprende Dios.

Tampoco hay que creer que la Palabra sólo ha de ser hablada: significa Sabiduría, Verdad, Principio, Verbo, Divinidad, etc. El Verbo Encarnado es el conducto divino y humano de ese Padre amado. Y el secreto santísimo de esa Palabra, YO, consiste en que sé comunicarme también a las almas sin palabras humanas, con sonidos íntimos, con profundos conocimientos, con luces divinas, con notas suavísimas, con el contacto de lo divino que todo lo dice, que todo lo hace sentir, que todo lo quiere, que todo lo penetra, que todo lo da.

Y ¿para qué he dicho todo esto? En cierto sentido para apoyar en la verdad mis peticiones a mis sacerdotes, en la voluntad del Padre que les hable por su Verbo, que se les comunica por su Verbo, que les enseña y que los ama por su Verbo.

Sentirán en estas confidencias la palabra ternísima y amorosísima del Verbo que penetra en lo más hondo de sus corazones sacerdotales. Yo lo prometo; porque Yo soy el que hablo, valiéndome de estas páginas. Y lo conocerán por la vibración honda y divina en sus almas, en lo más profundo de sus conciencias y de sus corazones, donde no puede penetrar ni Satanás siquiera, sino solamente la Divinidad, es decir Dios, que mueve y conmueve el fondo de las almas, y todo para su bien.

Que vengan a Mí todos mis sacerdotes para aliviar sus penas, para cicatrizar sus heridas con los ósculos de un Dios-hombre; que abran sus almas para recibir mi Luz, la Luz del Padre y del Espíritu Santo.

Y para más comprometer a mis sacerdotes por medio del amor, quiero hacerles ver con lo que acontece que no soy Yo solo quien los llama, quien los exhorta, quien los enseña, sino **mi Padre en Mí**, que quiere su conversión, su regeneración, su perfección, por fin, la transformación en su Hijo amadísimo, para que sean perfectos como El, el Padre celestial, es perfecto.

Ya se cansa mi amado Padre de buscarme a Mí en muchos de los sacerdotes, y **no me encuentra**; busca en otros siquiera los rasgos peculiares de la fisonomía de su Hijo divino, y no los halla. Y esto lo contrista, y me envía a Mí, su Verbo, su Palabra, que venga **en su nombre** a recordar a mis sacerdotes que deben parecérseme, que deben ser otros Yo.

Lo que Yo digo lo aprendí de mi Padre; y, porque soy Palabra del Padre, dependo (1) de mi Padre, y hablo lo que oí de mi Padre, y doy lo que recibo de mi Padre, y quiero lo que quiere mi Padre; porque una sola voluntad nos une en la unidad de la Trinidad.

Así es que si mis sacerdotes no me han escuchado a Mí, que escuchen por Mí a mi Padre que en su infinita ternura los llama, los invita, les recuerda sus compromisos, los ama y quiere salvarlos y perfeccionarlos por medio de su transformación en Mí.

Que no desoigan su voz, la voz del Padre, que soy Yo; sino que, antes bien, la sigan gozosos, se despojen del hombre viejo y se arrojen con denuedo a una vida perfecta, que es la

que deben tener para ser mis dignos reperesentantes en la tierra.

En Mí oyen al Padre, y por el Espíritu Santo lo amarán en su transformación en Mí, ayudados por María; necesito corazones valientes que no titubeen, que no se detengan, que corten consigo mismos, que se unan a Mí, **que amen**, que el amor es un motor poderoso para transformarse en Mí y para consumar esa transformación que mi Padre anhela y que Yo, **por El**, les pido una vez más".

---

(1) El Verbo depende del Padre por su origen, en cuanto que es engendrado por el Padre; pero no con una dependencia que implique inferioridad. (Nota del editor).

XCII

EN LA CRUZ

"Y si son otros Yo mis sacerdotes, serán en la tierra lo que Yo fui: la Luz del mundo para guiar a las almas al cielo, el Camino para conducirlas a la Verdad: la Vida que las salve, la Sal de la tierra, etc.

Y si son otros Yo, obrarán prodigios mayores que Yo. Pero la manera inefable de atraer y de ganarse a las almas, será **cuando estén crucificados** al mundo y a los apetitos sensuales; cuando amen el dolor y voluntariamente acepten, sin restricciones, la voluntad de mi Padre en cualquiera inmolación. Sólo la voz de la sangre convierte: y Yo esperé el triunfo, lo anun-

cié; pero no se realizó sino hasta que las almas me vieron en una cruz.

Hasta que fui cricificado, reiné; hasta que fue Víctima, atraje; hasta que di mi vida por las almas, las salvé. Y la consecuencia de esto es que, si los sacerdotes son otros Yo, deben subir al Calvario para dar fruto en las almas; que si quieren darme corazones, deben crucificarse primero y mostrarse a las almas con mi parecido en el Calvario.

Este es el camino seguro de la conquista de las almas: el apostolado de la Cruz **en la Cruz**; este es el apostolado fecundo, el que se ejerce sobre cualquier cruz, sacrificados voluntariamente en ella. Es el apostolado al que nada resiste, el que no fracasa y que siempre triunfa, porque el dolor lo divinice, porque la cruz es fecunda, porque Yo salvé al mundo y todo lo atraje hacia Mí clavado en ella.

Y si los sacerdotes quieren parecérseme, si quieren ser Yo, si quieren darme almas que me glorifiquen, ya saben el camino seguro para atraer a todo lo sobrenatural y divino.

Un sacerdote sacrificado siempre salva; un sacerdote tiene que crucificarse. Pero al crucificarse, glorifica al Padre, alcanza el perdón para los enemigos, realiza admirables conversiones y llegará a muy alta santidad. Descollarán mis sacerdotes sacrificados voluntariamente, sobre todo en la más alta unión con mi Padre amado y en el sublime abandono a su voluntad santísima.

Todas las riquezas, todos los tesoros comunicables a las almas obtendrán los sacerdotes

que se inmolen por amor al Padre y a las almas en lo alto de sus cruces. Y su confianza se purificará en el sacrificio, porque se purificará su amor.

Pero es muy triste para Mí decirlo, y más, sentirlo. No todos mis sacerdotes aman la Cruz, no todos suben voluntariamente a lo alto de sus calvarios, y este es el secreto del poco fruto de su apostolado en las almas y del poco atractivo que ejercen en su alrededor, porque nunca un alma desoye la voz que la llama sobre la cruz, nunca resisten los corazones al llamamiento de un mártir voluntario, de un sacerdote crucificado.

Yo comunico a los sacerdotes transformados mis propiedades, mis virtudes, mis ideales y la fortaleza divina de la que di pruebas. Pero necesito su cooperación, su voluntad, su transformación en Mí. Y de aquí nacen esos heroísmos incompatibles con la flaqueza humana, con la tendencia natural del hombre que rechaza el dolor; nacen, digo, de la unión Conmigo, del amor a las almas que comunico a los sacerdotes en su transformación en Mí.

Que piensen y mediten mis sacerdotes cómo mi apostolado en la tierra no tuvo todo el poder y la fecundidad hasta que la voz de mi sangre, en lo alto de la cruz, se hizo oír del universo entero. Prediqué, luché, hice milagros, enseñé, mas con muy escaso fruto. Pero **sufrí**, me **sacrifiqué**, me revelé al mundo en lo alto de la cruz, y todo lo atraje hacia Mí, como lo había profetizado.

Convenía que al Hijo de Dios padeciese, dije, porque sólo la sangre redime, reconcilia, une;

porque es señal de alienza y salvación. Ahí en la cruz se funde todo sentimiento, toda esperanza, todo perdón, toda misericordia; porque ahí está el amor que confía y se abandona.

¡Ah! ¡Yo tengo hambre y sed de sacerdotes sacrificados! La más intensa sed que experimenté en la cruz no fue la material, sino la sed ardiente de mis sacerdotes transformados en Mí crucificado; en Mí inmolado; en Mí y por Mí, salvando las almas.

¡Esas almas, sueño de mi vida, no podían salvarse solas, necesitaban instrumentos, maestros, guías! Yo en la cruz conquisté o compré ahí a mi Iglesia —premio a mis dolores—, y al verla nacer de mi costado, pedí también al Padre , en mi ardiente sed, que me diera los elementos santos para completarla, para perfeccionarla. Y le pedí sacerdotes santos, sacerdotes puros; pero con más intensidad, en mi agonía, sacerdotes **crucificados**, sacerdotes enamorados del sacrificio que no tuvieran en cuenta sus martirios y hasta su vida, si esto era para salvar a las almas.

Pedí apóstoles, pero apóstoles de la cruz y crucificados, para que siendo **otros Yo**, atrajeran hacia mi Iglesia al universo entero para salvarlo.

¿Acaso el desvío de muchas almas, la poca y falsa piedad de otras y hasta los desastres de muchas, no estarán ligados a la santidad del sacerdote, a su sacrificio, a su generosidad en el dolor, al rechazamiento de la cruz del sacerdote?...

Si los sacerdotes son los destinados a representarme **tal cual soy**; si deben ser otros **Yo**,

en su transformación en Mí, y por tanto, deben atraer a las almas a donde Yo las atraje, es decir, a la Cruz; ¿estarán exentos de culpa, si no han cumplido con esta condición capital de mi vida al estar sacrificados en mi unión? ¿No tendrán muchos que ruborizarse por su poco amor al sacrificio, y aún más, por su manifiesto rechazamiento de la cruz, y en ella, de la divina voluntad?

¿No estará acaso vinculada la perfección y quizá, quizá la salvación de alguna o de algunas almas al atractivo y santo imán que produjera el sacerdote a su rededor, si se hubiera dejado crucificar?

Yo no quiero escrúpulos en mis sacerdotes que detienen y entretienen; pero sí santas reflexiones que den por resultado propósitos prácticos, y una vida nueva de transformación en Mí en los sacerdotes tibios.

Por eso quiero urgir —para substraer esas deficiencias ocultas pero reales y para prevenir otras— la transformación de los sacerdotes en Mí.

¡Miedo a los calvarios! ¿Por qué? Si estoy con todos en medio de la tribulación; si todo lo endulzo y facilito con suavidades celestiales, con fortaleza en los corazones y hasta con gozo en el espíritu. Entonces, ¿por qué temer?

Que escalen los calvarios mis sacerdotes que se renuncien, y tendrán paz, y serán felices, y abundarán en alegría, porque se parecerán a Mí, su Modelo, su Maestro, su Espejo, ¡su Jesús. Y a mi lado, y más en Mí y dentro de Mí concluirá todo temor y toda turbación, que Yo

jamás abuso de las fuerzas del alma y sé medir y proporcionar los calvarios. Pero el cielo se compra con dolor y las gracias para las almas con sufrimientos.

Cierto que cuando dije en la cruz: "Todo está consumado", estaba consumada la obra de la redención y de la salvación de las almas; pero tenía en cuenta a mis **sacerdotes otros Yo**, a mis sacerdotes en Mí, su Cabeza; ellos también serían Conmigo cabezas del cuerpo místico y los primeros que asociaran sus dolores a los míos para continuar mi Pasión en la tierra, para seguir crucificados **en lo alto** Conmigo, para atraer a las almas y a mil mundos, si los hubiera, y salvarlos.

Mucho hay que meditar aquí, mucho que expiar, mucho que reformar; pero también prometo que habrá muchos triunfos en mis sacerdotes, muchas generosidades que ya me glorifican, a Mí y al Padre; y que destruirán el sensualismo —que también ha contagiado a muchos de mis sacerdotes— y destronarán a Satanás. Reinará entonces la Cruz y mis sacerdotes Conmigo en ella.

Y si para venir en pos de Mí, hay que negarse y cargar la cruz, para ser otros Yo mismo, para conquistar y comprar las gracias para las almas, se necesita no tan sólo cargar esa cruz sino estar clavado en lo alto de ella".

XCIII

ADVERTENCIAS

"Un defecto de muchos de mis sacerdotes que trae consecuencias muy hondas, muy extensas en contra Mía, es **el de no hacerse el cargo** de las circunstancias, en muchos casos. La virtud de la previsión es una gran necesidad en los que tienen cargos sobre las almas.

No hay que querer meter en el molde estrecho de un duro criterio a los demás; y generalmente, los exigentes con otros son amplios para sí mismos; no tienen la misma medida para dar que para recibir, son estrechos en sus juicios, en los que muy a menudo hay soberbia.

¡La prudencia! y ¡cuánto necesitan de esta virtud cardinal muchos de mis sacerdotes! ¡Y qué fácil es para muchos carecteres irse a los extremos, y pedir a las almas lo que no pueden dar, entrometerse en lo que **no deben**, pretender que todos den la misma medida y empeñarse en medirlos con el mismo rasero.

Los sacerdotes deben tener en cuenta las circunstancias de cada familia, de cada país, de cada clase social, de cada alma.

En lo tocante a la fe, a la doctrina, al Evangelio, no deben contemporizar ni quitar una sola tilde por respetos humanos, ni con culpables condescendencias; pero dentro de la prudencia divina deben pesar, medir y ampliar su criterio en lo lícito, para no ir a extremos que perjudican a la Iglesia y alejan a las almas de su seno.

Y toco este punto, porque hay más, **mucho más** de lo que se cree, y sólo Yo puedo medir las consecuencias que exterior e interiormente se lamentan en la Iglesia y en el campo de las almas. Parecen minuciosidades y no lo son; parecen cosas de poca importancia, y la tienen y mucha.

Por ejemplo: cuando no siguen, por poco caso o por capricho, las órdenes de los superiores, y alargan la Misa, sobre todo los días de precepto, más de lo mandado o indicado, motivo por el cual los fieles se van, se cansan y pierden el fruto del sacrificio.

Cuando no son puntuales en las misas de obligación y se están confesando o entreteniendo, mientras el pueblo espera ya sin devoción y hasta con ira; y de la misma manera, la impuntualidad en el ejercicio del ministerio.

¡Cuánta responsabilidad tienen los sacerdotes que no se hacen el cargo de las circunstancias, que no tienen en cuenta las personas —los empleados, las sirvientas, por ejemplo— que tienen contado su tiempo y que se marchan antes de cumplir con el precepto!

Y en todos estos descalabros, a más de cargar el sacerdote culpable con muchas de estas faltas, Yo soy principalmente el ofendido, y las murmuraciones mundanas caen sobre mi Iglesia y sus Pastores.

¡Si pudiera hacerles ver a mis sacerdotes la extensión que tienen estas faltas que parecen pequeñeces y que no lo son!

Y todo viene de no pesar las circunstancias generales y particulares, por no hacerse el car-

go de lo que les rodea, por caprichos o criterios errados y **por falta de obediencia** a las órdenes de los superiores.

De eso —de la impuntualidad en el ejercicio del ministerio en muchos de mis sacerdotes— habría mucho que decir, y Yo los quiero perfectos. Me complacería que estudiaran estos puntos y los enmendaran. Claro está que Yo no pido que los fieles gobiernen a los sacerdotes; pero sí exijo de los sacerdotes que vean y midan y pesen las circunstancias, y procuren, con su puntualidad, exactitud y **caridad**, no dar ocasión a que sufra detrimento mi Iglesia, ni a que les falten al respeto a ellos mismos.

¡Cuántas faltas hay en estos puntos y en otros muchos, en los que algunos sacerdotes abusan de su autoridad, haciendo esperar indefinidamente bautismos, confesiones, comuniones, etc.; con lo que la pobre gente sufre más de lo que se cree y de lo que se sabe!

Estas menudencias, al parecer, son de mucha importancia en el ejercicio del ministerio, en el cumplimiento de los deberes diarios del sacerdote.

Y ¿qué dijera Yo de tantas veces que por pereza, por olvido culpable, por pequeñas enfermedades, por temor a las molestias, etc., etc, dejan morir a los enfermos, perdiéndose quizá las almas? Esto es terrible para mi Corazón; y la inercia en este punto, en el que el celo por mi propia gloria ha muerto o está muy tibio, me contrista profundamente.

Los sacerdotes saben muy bien que las almas son mi delirio, que deben protegerlas con

esmero y salvarlas; ¡con cuánta más razón cuando los llaman y ellas están en peligro! A un sacerdote que dé la vida por su deber, le doy la corona de los mártires. ¡Claro está que no exijo imprudencias, pero sí **sacrificios**; sí, prudente celo; sí, amor, amor, amor! Y no es amor la tibieza y morosidad cuando se trata de salvar un alma; no es amor a Mí cuando supera el amor propio, el egoísmo, la comodidad, los pasatiempos y hasta la molicie en muchas ocasiones.

Hay muchas confusiones nacidas del amor propio entre la prudencia divina y la prudencia mundana. La primera es virtud; la segunda es vicio, defecto, egoísmo, amor propio, etc., etc. Y hay que tener cuidado y clasificar muy claramente cuál prudencia los guía, cuál derrotero deben seguir, que hay muchos engaños con frecuencia culpables, y la rectitud y el amor divino son muy buenas balanzas, muy fieles para pesarlos y distinguirlos.

Pero, lo que simplifica, lo que anulará todos estos vicios y defectos en mis sacerdotes será **su transformación en Mí.** Siendo ellos otros Yo, obrarán como Yo, es decir, con perfección, con santo celo, con caridad divina, con santa y justa prudencia, atrayendo, suavizando, uniendo clamando, ¡amando! El amor es el pulso de la caridad con el prójimo, que no mide, que no calcula, que hace que no se mire la criatura a sí misma, sino a Mí en todas las cosas; y sobre todas las cosas y por encima de todo la honra de la santa y adorable Trinidad.

Muy despacio tienen que examinarse mis sacerdotes sobre estos puntos y otros que he to-

cado muy a lo vivo con estas confidencias, para su remedio, para el bien de ellos y la honra de mi amada Iglesia.

Con mucho dolor deben arrepentirse los que tengan culpa y proponer reformas prácticas, no en globo, sino **bien pormenorizadas,** porque de otra manera todo quedaría en promesas.

Y ¿vieran qué sería para Mí un gran gusto? El que cada sacerdote, muy humillado ante mi Padre celestial y muy arrepentido de sus culpas y faltas, hiciera **una dolorosa confesión general**, que lo pusiera ante mis ojos blanco como la nieve.

¡Si mi Sangre de tantos modos quiere limpiarlo! ¡Si Yo tengo ilusión y gozo al querer presentarlo a mi Padre puro y santificado! ¡Si para su transformación en Mí necesita imprescindiblemente conservarse limpio! Y ¿qué mejor piscina para lavarse que el sacramento de la penitencia? En esto insisto mucho. Primero, una confesión y el tener un Director para ser guiados y corregidos, sostenidos y ayudados.

Ya ven a qué puntos prácticos he descendido; pero estas cosas son necesarias a mi amor y esta limpieza es indispensable para su transformcaión en Mí. Y si estos medios para purificar el corazón los aconsejarían ellos a otros, ¿por qué no aplicárselos a sí mismos?

¡Bienaventurados los limpios de corazón! y no sólo quiero que mis sacerdotes vean a Dios, sino que sean **otros Yo mismo**, en su transformación en Mí, que es más que conocerme: es penetrarme, impregnados de lo divino y endiosados con el mismo Dios.

Ya verán si para **ser** esto puede estar manchado voluntariamente el sacerdote. ¡Claro está que no! Miserias siempre tendrá; pero estas miserias sólo deben servirle para que no pierda de vista su origen terreno, para sostenerlo en el nivel de la humildad y para que sepa por experiencia propia compadecer a las almas.

Tengo en cuenta que la tierra tiende a la tierra; pero, aun esta tierra **trabajada**, puede purificarse, puede sublimarse, puede transformarse en lo posible, y sobrenaturalizarse el hombre con lo divino".

XCIV

NO TEMAN

"¿Por qué temer mis sacerdotes amados, si Yo soy el primero en cubrir sus pecados y sus caídas, sus infidelidades y sus miserias e ingratitudes? Primero, en lo posible, lo hago disculpando su debilidad ante mi Padre; y después, ante el mundo, cuidando la honra de mi Iglesia, que llora en sus sacerdotes tantas injurias que recibe.

Yo soy el primero que cubro sus crímenes, que los oculto, que los velo y que hago que se olviden. Yo soy el que apenas veo en mis sacerdotes el humilde arrepentimiento y propósito, un solo nuevo esfuerzo de su parte, cuando los rehabilito, les vuelvo a dar sus poderes y ablando el corazón de los Pastores en su favor.

¿Por qué temer al Dios de las misericordias, al Jesús de los perdones que tanto los ama y que

puede convertir las piedras en hijos de Abraham? Confianza les pide mi Corazón todo indulgencia y bondad, y que vengan a Mí, que sé blanquear los corazones, que sé olvidar perjurios, que sé perdonar los más grandes pecados.

"Yo soy Jesús a quien tú persigues", dije a San Pablo, y Jesús ya saben que quiere decir Salvador; y los sacerdotes son más que fibras de mi alma: son mi imagen en la tierra, y trato de que sean **otros Yo mismo**, de transformarlos en Mí. ¿Puede darse mayor caridad?

A Mí se me ofende en lo más íntimo con la desconfienza y se me honra casi infinitamente esperando y confiando en Mí. ¿Cuántas veces he dado pruebas de mi amoroso Poder, trocando enemigos en amigos, pecadores en santos? ¿No soy acaso omnipotente? ¿No soy el amor? Pues con esto queda dicho todo; y hay más gozo en el cielo por una conversión que por muchos justos. ¡Oh, mis sacerdotes amados! ¡Si conocieran el don de Dios!... ¡Si comprendieran lo inmenso de mi cariño!... ¡Si pudieran medir lo que no tiene medida, es decir, mi amor infinito de predilección hacia ellos!...

¿Estas mismas confidencias, repito, no son gritos entrañables de un amor sin límites? ¿Será posible que haya almas sacerdotales a quienes no estremezcan las finezas inconcebibles de un Dios?

"Dame de beber", les dice mi pecho sediento de su conversión, de su transformación, de sus ternuras, de sus corazones limpios, para que me puedan contemplar, ver y sentir con las divinas influencias de mi Espíritu Santo. Tengo

hambre y sed de mis sacerdotes puros, de mis sacerdotes limpios, para que puedan reflejar a Dios, para que puedan transformarse en Mí que rechazo lo manchado, que me lastimo con lo menos puro.

¿Comprenden los anhelos de mi Corazón, esa necesidad que apremia mi alma, que anhela la santificación de mis sacerdotes? Por tres medios quiero apresurar su santificación. **Por la cruz, por la pureza y por el amor**, es decir, **por el Espíritu Santo-Amor.**

La Cruz, purifica y enamora; y si les envío penas y sufrimientos a mis sacerdotes, mi especial fin es purificarlos, angelizarlos, elevarlos de la tierra y sacudir el polvo de sus corazones.

Las pruebas engendran en el alma lo divino y hacen germinar en ella la vida sobrenatural y santa. Y Yo si pruebo a mis sacerdotes, es por amor, es sólo para darles una lección de amor; más aún, una prueba delicada de mis predilecciones de amor.

¡Sí, Yo soy amor!... ¡Si con mis sacerdotes, muy principalmente, no puedo ser sino amor!... ¡Si para ellos sólo tengo entrañas de infinito amor!...

Por eso me duelen en lo más íntimo sus desconfianzas, sus alejamientos, que siempre tienen por origen una refinada soberbia, un orgullo muy profundo y oculto, un engaño muy sutil del demonio, para alejarlos de mis brazos, para arrancarlos de mi regazo.

¿Por qué temer a un Dios crucificado?... ¡Si mi perdón es más extenso que todos los mares!... ¡Si mi infinito y eterno amor sobrepuja

a todos los crímenes!... ¡Si mi Sangre todo lo borra, si mi sacrificio todo lo expía, si los amo con la ternura de todas las madres!... ¡Si quiero, como la gallina, cobijarlos y darles nuevo calor y vida debajo de mis alas!...

¡No quiero que ninguno de mis sacerdotes se pierda, ni siquiera se aleje, ni consiento verlo en peligro! ¡Si quiero protegerlos, si trato de salvarlos, si mi mayor consuelo son mis sacerdotes santos! ¡Si quiero transformarlos, si gimo porque se escapan de mis brazos, si clamo y les doy voces, y los llamo de mil modos para santificarlos! ¡Si los necesito para esa evolución que se producirá en el mundo paganizado y sensual para infundir espíritu! Si son míos, ¿por qué resisten y desoyen mis ruegos?...

¡Que no haya un solo sacerdote que desoiga mi voz, que ninguno se detenga, ni vacile, ni menos —¡ay!— me rechace! Ha llegado la hora del triunfo del Espíritu Santo en mis sacerdotes; pero como dije, tienen que ir simultáneamente el reinado del Espíritu Santo en el mundo con la transformación de los sacerdotes en Mí.

De mis sacerdotes depende, muy especialmente, el éxito de este reinado del Espíritu Santo en el mundo, porque ellos son el conducto en mi Iglesia para espiritualizar lo materializado, usando de todos los medios que proporciona el Espíritu Santo, pero especialmente, el de su transformación en Mí.

Muy culpables serán los sacerdotes que impidan este reinado del Espíritu Santo en las almas, si no abiertamente, sí por su pasividad en

su santificación y en su transformación en Mí. Porque este impulso santo para santificar al mundo está vinculado con la transformación de los sacerdotes en Mí.

Y no es que el Espíritu Santo no pueda santificar, que El sopla donde quiere; pero respeta el campo de la Iglesia y ordinariamente se vale de sus ministros para las grandes conmociones de las almas y de los pueblos. Su reinado es interior, porque es el mío; y los destinados a gobernar ese reino interior son los sacerdotes; pero más fruto sacarán y más dominio tendrán sobre los enemigos de ese reino —que son el infierno junto—, cuanto más transformados estén en M.í

Por esto urge que los sacerdotes tomen a pecho mis peticiones y no se hagan sordos a mis clamores.

El mayor servicio que puedan prestarme los que me aman es interesarse vivamente por secundar mis deseos con oraciones y sacrificios, que cualquier martirio es poco en comparación de esa gracia de suma importancia, que hay que arrancarle al cielo en favor de esas almas de elección, de esas vocaciones predilectas: la gracia de la unión transformante de los sacerdotes en Mí".

XCV

VICTIMAS EN FAVOR DE LOS SACERDOTES

"En estas confidencias mis sacerdotes encontrarán muchos puntos para desarrollarlos;

podrán aprovecharse de muchas ideas, de muchos consejos extensivos a las almas; porque lo Mío no se concreta a las palabras, sino que se amplía, y esas palabras tienen la virtud de acomodarse a las necesidades generales a la vez que particulares de las almas. Mis palabras obran, no son muertas sino vivas y llenas de savia divina, que activan la circulación del alma y penetran hasta lo muy hondo, y engendran las virtudes y fecundan los Dones.

Y esto pretendo en estas confidencias; que si han sido y son un desahogo para mi Corazón amargado, llevan también el fin de llegar al fondo de las almas sacerdotales, a las fibras más íntimas y secretas de sus corazones, para conmoverlos, no a lo humano solamente, sino a lo divino que es lo que perdura, lo que no se evapora, lo que opera las íntimas transformaciones, fruto que he pretendido obtener.

Muchas víctimas en la tierra tienen su origen en mi amor a los sacerdotes, porque las hago Yo víctimas y me valgo de ellas para salvarlos. A cuántas almas tratarán los sacerdotes sin saber el misterio que ahí se opera, los efectos en su favor por los sufrimientos de las almas víctimas que expían los pecados sacerdotales y compran gracias. ¡Si Yo descubriera ante mis sacerdotes todo lo que pongo en juego para perfeccionarlos y santificarlos! ¡todo lo que sacrifico en su favor! ¡todo lo que permito en pueblos y naciones enteras, cuando puedo lograr un solo grado más de gracia para su bien! ¡Si descorriera ante ellos los velos con los que cubro las inmolaciones y heroísmos que ocultamente les

aplico para salvarlos! ¡La comunión de los santos la hago muy extensiva a sus corazones!

¿No ven que tengo siempre fija mi vista y también mi Corazón en mi Iglesia para sostenerla y honrarla en sus ministros? ¿No ven que es mi Esposa Inmaculada, que es madre de la Cristiandad y en donde tengo mi asiento en la tierra? Pues el Espíritu Santo, que maneja el mundo de la gracia en las almas, inspira los sacrificios, las abnegaciones, las crucifixiones de amor, en favor de mis sacerdotes, que es lo mismo que en favor de mi Iglesia amada.

Esas víctimas, unidas a mis infinitos méritos, compran gracias a mis sacerdotes, con dolor y con amor; y así ayudan a mi Iglesia e imploran de día y de noche gracias de todas clases para sus sacerdotes, en lo que mi Padre se complace.

Que ofrezcan las almas cuanto son y tienen, su vida, su muerte, su eternidad y a Mí, sobre todo, y que por este solo fin se inmolen hasta su último aliento, sólo por los sacerdotes a quienes de una manera especial les pertenecen. Pero felices si se inmolan por tan noble causa, por tan hermoso fin, para honrar y glorificar a mi Padre en ellos, a la Trinidad en mi Iglesia que es lo que más ama en la tierra.

Pidan y que no cesen de pedir los fieles, repito, esa perfecta consumación transformante de los sacerdotes en Mí, que nadie alcanzará a medir la importancia que esto tiene".

XCVI

MARIA Y LA TRANSFORMACION DEL SACERDOTE

"La unión con María facilitará a mis sacerdotes su transformación en Mí. Ella nació para ser la primera alma sacerdotal digna de ofrecerme al Padre: primero por su pureza y luego por sus ardientes deseos que trajeron a la tierra al Salvador. Ella fue la escogida entre todas las mujeres para que en su virginal seno se obrara la Encarnación del Divino Verbo; y desde aquel instante, la sin mancha, la Madre Virgen, la que aceptó con el amor y la sumisión más grande que ha existido en la tierra hacia mi Padre —después de la mía— la Encarnación del Verbo en su seno, no ha cesado de ofrecerme a El como Víctima que venía del cielo a salvar al mundo, pero sacrificando al mismo tiempo su Corazón de Madre a la divina voluntad de ese Padre amado.

Y me alimentó para ser Víctima y consumó la inmolación de su alma al entregarme para ser crucificado. Y un mismo sacrificio era el mío en la cruz y el de su Corazón, que continuó después en el martirio de su soledad, con el martirio de los recuerdos, ofrecido todo al Eterno Padre en mi unión.

Siempre María me ofreció al Padre, siempre desempeñó cierto papel sacerdotal, al inmolar su Corazón inocente y puro en mi unión. Acabó, como he dicho, la Encarnación real y siguió la encarnación mística en su Corazón, para ofrecerme siempre al Padre y atraer las gracias so-

bre la Iglesia, es decir, en favor de los sacerdotes, y por ellos, en favor de las almas.

Y María asiste de una manera particular en cada Misa porque donde está mi sacrificio allí está María; y por eso María es indispensable a cada sacerdote y su íntima presencia con él en el altar. Y ¿por qué? Ya lo dije: porque en el sacerdote **me ve a Mí,** en la transformación del sacerdote lo contempla Ella convertido en Mí; y de Mí nunca se separa María ni menos en mis inmolaciones, aun cuando sea incruento el sacrificio de los altares. Basta que sea sacrificio para que esa Madre bendita esté siempre al lado de su Hijo amadísimo.

Y si los sacerdotes son otros Yo, no sólo a la hora de la Misa, sino siempre, siempre, María estará a su lado. María los amará con la ternura misma que a Mí me ama. María será **más su Madre,** en grado y en calidad. Porque en San Juan —que representa a todos los sacerdotes— se los dejé como hijos de una manera muy especial. Y María los aceptó como hijos. Pero se los dejé como **especiales hijos, teniendo en cuenta la transformación de los sacerdotes en Mí;** es decir, como si Yo mismo me le entregara como Hijo **único** en ellos para que mi Madre amadísima me viera a Mí en cada sacerdote y los amara a todos como a Mí.

Por tanto, los sacerdotes deben amar a María con el mismo amor, con la misma ternura, respeto, obediencia y fidelidad, gratitud y pureza con que Yo la amé. Y esa Virgen Madre corresponderá a los sacerdotes que en Ella pongan toda su confianza, ayudándoles día por día,

minuto por minuto, en su transformación en Mí.

A María deben recurrir los sacerdotes, y rogarle y suplicarle que los modele, rasgo por rasgo, conforme a su Hijo Jesús. Nadie como María, después de mi Padre, me conoció más íntimamente, me estudió, me reprodujo en su alma; y mis sentimientos eran sus sentimientos, y mis ideales sus ideales, y mis anhelos los suyos, y mi amor al Padre su mismo amor.

Por eso al dejar Yo el mundo, al alejarme de mis discípulos que eran mis sacerdotes, les dejé a María, que me representaba en sus virtudes, en sus ternuras, en su Corazón, **eco fidelísimo del Mío** y elemento necesario para el fundamento de mi Iglesia, a la vez que para el sostén espiritual de mis Apóstoles y primeros discípulos.

En María se apoyaba la naciente Iglesia y María la sostenía con sus dolores y sus virtudes, sus oraciones y su amor.

Y por eso, al enviar al Espíritu Santo a mis Apóstoles, no excluí a María —aun cuando Ella estaba plena de gracia, llena de mi Espíritu—, y fue con el fin de que la Iglesia la tuviera por Reina, de que los sacerdotes la consideraran **indispensable**, de que a ellos y a los fieles no les faltara el calor y la protección de **una Madre** y que Ella fuera el conducto por donde pasara toda la gracia del Divino Espíritu para las almas.

¿Cómo ha de poder el sacerdote estar apartado de María? ¿Cómo María, al recibir en su seno, en cierto sentido, la vocación, —por la unión del sacerdote con el Sacerdote eterno, por

aquella fibra que puso el Padre cerca del Verbo, en aquel seno virginal—, no han de ser más hijos de María, más amantes de María, más **todos** de María; y como Ella, puros; y como Ella, humildes y amantes con el amor de María, que es el del Espíritu Santo?

Ya he dicho que el Espíritu Santo por María hará esa evolución, ese triunfo más en la Iglesia: **la transformación de los sacerdotes en Mí**... Ya he dicho que el reinado del Espíritu Santo se debe obtener por María, en el mundo y en los corazones, sobre todo, sacerdotales.

Quiero también que el mundo honre esos años de soledad de María en los que sus dolores de ausencia fueron terribles, lentos, penosísimos; martirio de recuerdos y de soledad y con el cual, unido a mis dolores compró las gracias a los hijos que le nacieron en su Corazón por mis palabras, cuando estaba al pie de la Cruz.

Ahí pronunció María el segundo "fiat" y aceptó como hijos a la humanidad entera; pero, **sobre todo**, a los sacerdotes en San Juan, para comprarles gracias, alimentarlos con la doctrina salvadora y no desampararlos jamás, hasta su arribo al cielo.

Si un hijo cuesta tanto, ¡qué sería para María comprar gracias con sus dolores para tantos hijos y en unos años acumular el precio de la salvación en unión con mis méritos, para los hijos que tenía presentes y para los futuros hasta el fin de los siglos.

Esta etapa de la vida de María, la más dolorosa, no se ha tenido en cuenta para agradecerla, siglos y más siglos; y es tiempo de que sea

honrada por un nuevo impulso de amor de los sacerdotes y de que sea conocida para glorificarla. Un nuevo nimbo de luz, un nuevo resplandor, una corona más espera Ella de sus sacerdotes, dando a conocer esta casi olvidada época de la vida de María que debe honrarse con gratitud muy grande.

El Espíritu Santo honrará a María, y por María el Espíritu Santo será honrado, comenzando por el corazón de los sacerdotes. Esas dos glorias le esperan al mundo: **el reinado del Espíritu Santo por María y el avivar el recuerdo de los años dolorosos y amorosos de la soledad de María, por el Espíritu Santo, en el mundo espiritual y cristiano.** Y en esas dos cosas seré honrado por mi Padre, de quien no me separo, en la unidad el Espíritu Santo.

Pues bien, si quieren progresar mis sacerdotes en las virtudes, será por María; si quieren crecer en el conocimiento y amor al Espíritu Santo, que se hagan más suyos y que la den a conocer más y más, y que la glorifiquen.

Nada como valerse del Espíritu Santo y de María para su transformación en Mí; y aún más para la perfecta consumación —en cuanto es posible en la tierra— de la unión entre sí de los miembros de la Iglesia y de su unidad en la Trinidad, que vengo buscando en tantas formas".

XCVII

MARIA Y LA SANTISIMA TRINIDAD

"Si María es Esposa del Espíritu Santo, es también porque concibe por El las vocaciones sacerdotales que sirven a la Iglesia; para protegerlas, cuidarlas, formarlas, alimentarlas, sin dejarlas jamás. Ella está presente gozándose en la ordenación de los sacerdotes; los acompaña en los altares, a la hora del sacrificio de la Misa; y Ella, con el Espíritu Santo, se encarga de cultivar el germen que el mismo Espíritu Divino pone en el alma del sacerdote por su transformación en las Misas, cuidando de formar a Jesús, de hacerlo crecer, y de perfeccionar, rasgo por rasgo, no sólo la imagen, sino en cierto sentido al mismo Jesús en el alma de los sacerdotes que se prestan para que se realice la transformación perfecta y consumada de ellos en Mí.

Como Hija del Padre, María es la viviente sumisión a su voluntad santísima, al aceptar la maternidad divina con todo el doloroso futuro que le reservaba esta insigne prerrogativa. Y su "fiat" hizo sonreír al Padre, enternecido de amor paternal hacia Ella, la única escogida y formada eternamente por El con este santo fin, el de ser la Madre de su Verbo Encarnado por obra del Espíritu Santo; porque nadie como María fue Hija perfectísima de ese Padre amado.

Sin María, Dios quiso que no pudiera haber Redención, ni Iglesia, ni Eucaristía, ni salvación del género humano.

María fue la criatura que la Trinidad quiso que fuese indispensable para realizar sus planes; y en esa Inmaculada Virgen tuvo a bien vincular secretos y misterios para la realización de su ideal respecto de la humanidad perdida. María fue el estandarte de su conquista, después de Mí, hecho hombre; y Ella correspondió desde el primer instante de su ser, creciendo siempre en gracia, poseída por la Trinidad.

Y llegó la Encarnación, y fue Madre Virgen, por medio del Espíritu Santo, con la fecundación purísima del Padre; y llenó su papel de Madre con la perfección más grande que la de todas las madres, y se identificó con su Hijo Divino. Ni un solo pensamiento, ni un solo deseo tuvo María que no fuera enderezado a ejecutar la voluntad del Padre en Mí. Y aun en los actos naturales de una Madre para con su Hijo, fue María sobrenatural y perfecta, porque sabía muy bien que su Hijo era Dios.

¡Qué ternuras, qué cuidados, qué delicadeza usó Conmigo María!... ¡Qué olvido propio, qué abnegaciones, qué sencillez, qué delicadeza, qué pureza en pensamientos, palabras y obras tenía María! ¡Qué encantos y consuelos para Mí encerraba aquella Madre admirable consagrada en absoluto a mi servicio exterior e íntimo! ¡Me estudió, se calcó en Mí, viviendo a lo divino sin dejar lo humano! ¡Qué confidencias tuve con mi Madre que toda era para Mí, que todo lo merecía, cuyo Corazón palpitaba al unísono del Mío, cuyos dolores eran mis dolores,y mis ideales sus ideales, y su alma como mi misma alma!

Pero fue preciso para mi tierno Corazón el crucificarla, el amargarle su vida con la profecía

de Simeón, con la voluntad torturante, aunque amorosa, del Padre, con el sacrificio terrible que la hacía temblar, en espera siempre de las ignominias y de la sangre para salvar al mundo ingrato.

¡Nada ignoraba María, y su Corazón de Madre sangraba siempre ante esa perspectiva dolorosa que debía llegar, y a la que Ella, el alma más enamorada de Mí, no opondría la más mínima resistencia! ¡Cómo nos comprendíamos!... ¡Cómo estaba identificado nuestro amor al Padre en su mismo amor y nuestras voluntades a la suya en una sola voluntad! ¡Y nuestra vida, en unión de San José, fue amor y martirio, martirio y amor!

Y Ella al pie de la cruz vio nacer a mi Iglesia y en San Juan aceptó como hijos a todos los sacerdotes en su Corazón, en lugar mío, y además, a toda la humanidad.

Y **con sus martirios de soledad compró, en unión con mis méritos, todas las gracias para sus nuevos hijos** que, nacidos apenas en su Corazón en el Calvario, no podía abandonarlos, y era necesario que se injertaran en su Hijo Divino y se salvaran por sus dolores, que eso cuestan las gracias: **sangre y dolor.**

Claro está que Yo compré con mi pasión y muerte y con mi vida humana, toda de cruz, estas gracias; pero tenían que pasar por el Corazón de mi Madre, canal único por donde se derraman las gracias a la humanidad, pero sobre todo para mis sacerdotes.

Y ¿por qué? Porque Ella fue la Corredentora, la primera que continuó mi Pasión en la

tierra, la que fundó con mis Apóstoles la Iglesia, la Protectora y la Madre de los sacerdotes, la Reina de todos los santos.

Pero no acabó ahí su papel con la Trinidad Beatísima. Era María Esposa del Espíritu Santo y tenía que prestarle su ayuda para darle **hijos a Jesús**, es decir para formar a Jesús en el corazón de los sacerdotes, para transformarlos en Mí, a fin de que quedaran en el mundo no muchos sacerdotes, sino **un solo Sacerdote**, Cristo; un solo Salvador de las almas, Yo en ellos y ellos en Mí, con el fin de que el fruto de las almas fuera durable y verdadero, porque nadie que no esté unido a la Vid dará fruto de vida eterna.

Y este es el papel de María, del que muchos sacerdotes casi no se han dado cuenta; ese ha sido y es el papel activo de la Esposa del Espíritu Santo en la Iglesia: velar por los sacerdotes, cuidar de los sacerdotes, rogar y orar continuamente por esa parte escogida, acompañarlos en todos sus ministerios y especialmente —siempre a su lado— en las Misas, y trabajar en ellos para que imiten a Jesús y lleguen a transformarse en El, de manera que, en cierto sentido, desaparezca la criatura y sean otros Cristos.

María es la que realiza esas perfectas transformaciones como en el alma de San Pablo que decía: "Vivo, mas no yo, Cristo es quien vive en mí". Y hasta entonces estará satisfecha, porque hasta entonces cumplirá en la tierra, en la Iglesia de Dios, su título glorioso de Esposa del Espíritu Santo.

Y si el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, María es un instrumento precioso que no

tan sólo calca en el alma de los sacerdotes a Jesús, sino que los hace **su mismo Jesús**, los transforma en El. ¿Y para qué? Para la gloria de la Trinidad, para glorificar a esa unidad, fundiendo a todos los corazones de los sacerdotes en la Trinidad.

María es la que más conoce, la que más se ha acercado a la contemplación de esa Trinidad Beatísima, por esa cierta afinidad o parentezco que la liga con las tres Divinas Personas. María se goza y tiene sus delicias en esa unidad de esencia y simplicidad de sustancia, porque a Ella más que a ninguna criatura le llegaran tan luminosas y profundas esas claridades divinas que la envuelven y la penetran. Nadie ha entrado como Ella al Santuario de la Divinidad y contemplado los ideales divinos de la Trinidad, en su Iglesia y en sus sacerdotes. Por eso María, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, es la directamente encargada de armonizar esa Iglesia, unificar a los sacerdotes y consumarlos en la unidad de la Trinidad.

Pero, ¿cómo lo llevará a cabo María? —Por la transformación de los sacerdotes en Mí. Y si logra esto es feliz, porque su dicha está ligada a la dicha de la Trinidad y a la gloria de la Trinidad.

¡Oh, es preciso que conozcan o recuerden estas verdades, que no son fantasías ni paradojas ni invenciones humanas, **sino realidades divinas**, que mis sacerdotes deben tener muy en cuenta y aprovecharlas!...

He tenido a bien descorrerles este velo, como una prueba más de mi amor al hacerles sa-

ber cómo mi Madre se ocupa de ellos, ruega por ellos, trabaja sin descanso por ellos especialmente. Y si llegan a ser otros Yo, a transformarse en Mí, será el mayor obsequio que pueden hacerle, y entonces María los amará como a Mí, con finas delicadezas de su amor maternal, y los asistirá con su presencia más o menos sensible, pero **siempre real**, hasta conducirlos al cielo.

Pero si les he pedido a mis sacerdotes pureza, fidelidad y amor para con mi Iglesia, más les pido esto para que no lastimen ni de lejos a María, mi Madre, para que la traten como Yo lo hice, con todo respeto filial, a la vez que con toda la confianza amorosa y la intimidad de un hijo.

Con un clamor que sale de lo íntimo de mi alma les grito hoy directamente:

¡Sacerdotes del Señor, amad a María y transformaos en Mí por María!

¡Qué este clamor de un hombre Dios, que sólo tiene entrañas de amor para con los míos y que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, llegue a lo más íntimo, a lo más hondo del alma de mis sacerdotes y los conmueva.

¿Qué más puedo decirles y qué más puedo darles? Ha descorrido mi amor muchos velos ante sus ojos; que lo agradezcan, amando a María y poniéndose dócil y amorosamente en manos de María para su transformación en Mí".

XCVIII

MADRE

"Yo tengo en mucho el calor de una madre, y por eso a la Iglesia la hice Madre, y por eso, en Ella, les di a todos los cristianos a María también por Madre, para que tuvieran un seno que los calentara, un regazo que los sostuviera. Y por eso tuve Madre en la tierra, y por eso morí a su lado y la hice Madre, en San Juan, de todo el mundo. Pero al dirigirme a Ella y decirle: "He aquí a tu hijo", dejaba en su Corazón —después de haber estado en él la vocación sacerdotal— a todos mis sacerdotes, representados por San Juan.

Esa fue mi intención, aun en los mismos espasmos de mi agonía. ¿Cómo olvidar a lo que tanto amaba? ¿Cómo no pensar en dejarles a mis sacerdotes —después de dejarme **a Mí mismo en ellos**— a lo que más amaba, a lo que ellos debían más amar, al Corazón más tierno y delicado y puro y santo en la tierra, a María, para que fuera su consuelo, su sostén, su calor, su Madre, el canal mismo por donde les vendrían todas las gracias?

¡Imposible dejarlos huérfanos! Y ese fue para mí un gran consuelo entre los tormentos atroces que padecí en la cruz. Dejaba amparados a mis sacerdotes; les dejaba una Mediadora entre el cielo y la tierra; les dejaba en Ella la pureza que debían beber, la blancura con que debían blanquearse, el Corazón que más me amaba y que vería en ellos no a otros, no a hom-

bres solos, **sino a Mí en ellos**, al Dios hombre en ellos, a su Hijo mismo, reproducido en ellos.

Y por eso mi Iglesia tiene calor; porque es Madre y porque tiene por Madre a María. Por eso tiene Mediadora y en Ella un alma pura que suplique, alegre y consuele y endulce los sacrificios y los calvarios de los sacerdotes; que los auxilie siempre, que los sostenga en sus debilidades, que cuide de su felicidad, que los cure, que los levante, acaricie y lleve al cielo.

Después de Mí, María debe ser todo para el sacerdote. Ella es la que prepara a las almas sacerdotales para recibir la gracia sin precio de la transformación, que continuamente se opera en el altar; Ella cuida la semilla santa que el Espírituu Santo pone en el corazón del sacerdote; Ella cultiva en esas almas al Lirio de los Valles eternos, y alimenta y hace crecer a Jesús y desarrollarse en las almas de los sacerdotes, y los cuida, y los vela, y los defiende, y está cuidadosa de que no lastimen su Tesoro. Y Ella le comunica pureza al sacerdote y envuelve a Jesús en la atmósfera perfumada de su cándido amor.

Y así, formando los rasgos de Jesús, uno a uno, en el corazón de los sacerdotes que se presten a ello, le ayuda al Espíritu Santo con sus cuidados maternales a la perfecta transformación en Mí.

¡Oh, y qué indispensable es María para la transformación de los sacerdotes en Mí! Y Ella más que nadie quiere que los sacerdotes alcancen esta gracia; y como sabe que **la encarnación mística** es la gracia más eficaz para transformar a los sacerdotes en Mí, toma una parte ac-

tiva e impetratoria para conseguir que cada sacerdote sea **otro Jesús.** Claro está que María no puede hacer que la Encarnación real del Divino Verbo en su seno —que Ella sólo tuvo— se opere en los sacerdotes —¡herejía sería pensarlo!—; pero sí el reflejo de esa misma Encarnación, **místicamente** reproducida en el alma pura del sacerdote, un trasunto fiel aunque lejanísimo de la Encarnación real, que transforma al sacerdote en Mí.

Perc por eso también María es mártir del sacerdcte, la Madre del dolor, cuando ve, palpa y siente en su pecho las dagas de los pecados de los sacerdotes. Ella se empeña en reproducir las facciones de Jesús, la fisonomía de Jesús, el interior sobre todo de Jesús, dibujándolo, retratándolo en cada sacerdote. ¡Y cuántas veces las manchas más cenagosas vienen a borrar esa imagen bendita que Ella con tanto cuidado, amor y reverencia pusiera ahí!

Y no lodo, como en muchas ocasiones pasa; pero sí tierra y polvo de mundo y de rastreras pasiones vienen a nublar aquel perfil de Jesús, aquella bendita imagen, repito, en la que no sólo Ella, sino el mismo Padre celestial se mirarían complacidos.

¡Oh, si estas reflexiones, no por místicas menos reales, se hicieran los sacerdotes, de qué distinto modo se portarían y con qué docilidad, constancia y empeño se dejarían hacer de María, retratándome primero y llegando después a la transformación perfecta y consumada de cada sacerdote en Mí!

Cuando esto se realiza, María acaba su obra y se goza en ella por ver reproducido a su Hijo

Divino, por contemplar a Jesús, que esto debe ser cada sacerdote. Y ese ha sido, en la mente eterna de la Trinidad, el ideal que se forjó al formar su Iglesia: continuar la reproducción del Jefe de esa Iglesia, de su Cabeza, primero en el Papa, después en cada sacerdote, de manera que todos sean **uno en Mí**, en la unidad de la Trinidad.

Por eso María tiene en la Iglesia tan importante papel, el papel de Madre, porque comunica a cada sacerdote el germen eterno del Padre que está en el Verbo, y que por el Espíritu Santo se hace fecundo en cada alma sacerdotal, para formar en ella a Jesús Hostia, a Jesús Víctima, a Jesús Salvador, a Jesús Sacerdote.

No es María una Madre inactiva, no es sólo como una imagen a quien se debe honrar; es una Madre, **Madre** activa y sin descanso; que si tuvo el insigne privilegio de Corredentora, también lo tiene de salvadora, ayudando al Espíritu Santo en su acción, prestando continuamente sus servicios a las almas, pero muy especialmente a las de los sacerdotes.

Pude muy bien decir a Magdalena: "He ahí a tu Madre"; pero me dirigí a San Juan, porque representaba **a mis sacerdotes**, como Apóstol. Y además, como virgen, como puro, como mi ideal para los sacerdotes futuros: todos **limpios**, todos **fieles**, todos **a mi lado** en los suplicios, en las burlas, en la muerte; todos amorosos, ¡todos con María!

Y San Juan amparó a María y de Ella bebió la Iglesia mi vida: los recuerdos de mi infancia,

de mi adolescencia, de los treinta años que fui todo para María y José.

Ella amamantó con sus confidencias a mis Apóstoles y a mi naciente Iglesia; María les reveló los secretos de mi Corazón, los ideales de mi alma, y los afirmó en la fe, en la esperanza y en el amor. En su Corazón bebieron la fuerza divina los primeros mártires y Ella ha sido siempre la defensora, la libertadora de mi Iglesia, y por su medio se han convertido innumerables almas. Siempre que la Iglesia necesita de auxilio recurre a María, y Ella ha sido siempre salvadora y libertadora, y ha triunfado de Satanás y amparado con su sombra a la Santa Iglesia.

Por eso los sacerdotes más que nadie están muy obligados a esa Madre bendita que tanto ha hecho por ellos y que los lleva en las niñas de sus ojos.

¡En cuántas épocas, María —hasta visiblemente— ha venido a la tierra a defender a la Iglesia y a salvar por su medio a las almas!

María en el cielo no está inactiva, no desatiende la tierra, las almas, ni menos las almas que le son de una manera más íntima sus predilectas: las almas de los sacerdotes. Diariamente está a su lado a la hora solemne del sacrificio del altar y Ella también, Conmigo y en mi unión, anhela que esa hora bendita se perpetúe —por la transformación de los sacerdotes—, que sea continua para verme a Mí siempre en ellos.

¡Qué dicha para la religión católica, apostólica, romana el tener Madre, y a mi misma Madre por Madre! ¡Ninguna otra falsa religión que no sea mi Iglesia única y verdadera tiene madre!

Por eso son tan frías, tan vacías, porque les falta el calor amoroso que sólo puede dar una madre.

Y ¿lo diré? Por eso amo tanto la gracia de la encarnación mística, porque siento en las almas el reflejo de ese calor, de esa seguridad, de esa firmeza y ternura, ese sacrificio y olvido propio y fidelidad que sólo pueden tener las madres. Y por eso quiero desarrollar esa gracia en el corazón de los sacerdotes, para asegurar su fidelidad, su heroísmo y sentir en ellos algo de las fibras fecundas del amor de mi Padre, cuya Paternidad han recibido de El.

Quiero con esa gracia infundirles —transformados en Mí— mi amor a mi Padre, el amor de mi Padre a Mí, que traen consigo la fecundidad para que esa gracia germine en sus almas sacerdotales, para llevarlos con estos sentimientos, por el Espíritu Santo, a formar la unidad en la Trinidad por este doble amor: del Padre a Mí, de Mí al Padre, ligado, consumado, por el Espíritu Santo, en la unidad de la Trinidad.

Y no está mal que Yo quiera completar este doble amor en el Espíritu Santo con el amor maternal de las encarnaciones místicas; porque precisamente este amor que produce la encarnación mística no es extraño, ni es un amor distinto, sino el amor mismo del Padre en su fecundación en María, cuyo reflejo está en la encarnación mística.

Mis misterios se enlazan; pero todos van a parar, a concretarse, a simplificarse, a unirse en la unidad de la Trinidad. Y María es la criatura más cercana y más unida a esa santísima, divina e indisoluble Trinidad, Trinidad en las

Personas, que son distintas, pero unidad en la substancia y esencia".

XCIX

YO VENCI

"Epocas difíciles se le preperan a mi Iglesia y necesito de campeones esforzados que más la amen y la defiendan de sus enemigos. Esos enemigos serán de muchas clases, unos al descubierto y otros solapadamente, misteriosamente, pero enfiltrarán el veneno con astucia satánica, envenenarán conciencias y corazones. De muy hondo conmoverán los cimientos de la fe, lucharán contra mi Iglesia y la dividirán; pero Yo vencí al mundo y si mis sacerdotes son otros Yo, también lo vencerán, y es preciso activar su transformación en Mí, para que en **ellos otros Yo**, se estrellen los batallones enemigos y mi Iglesia se salve.

Mis sacerdotes tienen que estudiar mi vida exterior, pero deben internarse más y más en mi vida interior de unión íntima con el Padre y con el Espíritu Santo de quien recibía, como Dios hombre, fortaleza.

La vida interior es la que une, la que diviniza, la que salva; la vida unitiva con el que es la Vida, es la **vida verdadera**, la que da frutos de vida eterna. Y los sacerdotes, no tan sólo deben defender a sus personas de los errores y de la corriente devastadora de los enemigos de la Iglesia, sino que también tienen la sagrada obligación de salvar a las almas; y nada más a pro-

pósito para salvarlas como **ser otros Yo**, por su perfecta transformación en Mí.

Necesitan mis sacerdotes ser puros como Yo, ser pacientes, sufridos, misericordiosos y santos para vencer al mundo. Pero la fortaleza la recibía Yo del Espíritu Santo, al cual deben acudir mis sacerdotes, hoy más que nunca, por María, para resistir inconmovibles todas las asechanzas del enemigo.

Satanás vislumbra esa evolución santa y divina en mis sacerdotes; él ve venir, sin saber cómo, algo muy grande contra el infierno que debe aplastarlo; siente en su negrura que se le va a destronar de muchos corazones engañados y secuestrados por él; ya se conmueve al presentir en el mundo mi presencia renovada y palpitante en mis sacerdotes, y se apresta a la lucha y se infiltra hasta en algunos de los míos, para su mayor venganza.

Ha extendido sus redes y su libertinaje en los cuerpos y en las almas por la soberbia y con una sensualidad terrible; hace ver **como natural lo prohibido**, arranca el pudor, la vergüenza, la fe; empaña, desdora y desorienta las conciencias. Pero él ve venir la revancha y teme la guerra que el Espíritu Santo, su antagonista, va a presentarle en lo que más le duele, **en los sacerdotes santos.**

Va a procurar Satanás, en sus luchas, cismas, desobediencias, oscuridades y perplejidades, "llevar el agua a su molino", pero quedará burlado; y si tendrá que sufrir la Iglesia, la coronará el triunfo y derrocará al demonio y al infierno.

Pero Yo vencí al mundo en la cruz; y mis sacerdotes, si son fieles en el Calvario, si se sostienen en sus martirios, si se unen en la caridad, si se transforman en Mí, su Cabeza, cantarán victoria; porque el infierno no prevalecerá contra los que forman mi Iglesia y la sostienen con la vida del Espíritu Santo.

Necesito, no una santidad general, sino **particular** y sólida, basada en la fe, en la esperanza y en el amor, en cada uno de mis sacerdotes. No pido perfecciones en globo, sino que quiero particularizar la santidad en cada corazón sacerdotal, en su perfecta transformación en Mí.

Por todo lo que antecede y que el infierno inquieto y temeroso prepara, comprenderán que no sólo es buena, sino indispensable y necesaria la perfecta transformación en Mí de cada sacerdote y de todos, de manera que sean un solo Sacerdote en Mí, para salvar a mi Iglesia y a las almas.

Los dos espíritus, el bueno y el malo, se van a enfrentar; y mis sacerdotes van a luchar en mayor o menor escala ya exterior, ya interiormente y de muchos modos. Pero Conmigo y en mi unión ¿qué pueden temer? La lucha será más o menos ardua, intensa y duradera; pero el Espíritu Santo triunfará y la Iglesia, gloriosa y pura, entonará acciones de gracias a mi Padre Celestial. Claro está que habrá sus víctimas; pero felices víctimas, unidas a la Víctima sin mancha, que borra todos los pecados del mundo.

Por tanto, esa transformación de los sacerdotes en Mí no es una mera devoción, repito, no es sólo un grado de perfección más; es una

imperiosa necesidad en estos tiempos para prepararse a la lucha, para poder aplastar a Satanás en sus tenebrosas sectas, en sus conspiraciones contra la Iglesia.

Necesitan los sacerdotes reforzarse con el Espíritu Santo por María; necesitan la fortaleza de lo alto para sostenerse dignamente en sus puestos; necesitan la luz de verdad, de vida, de calor del Padre amado.

Y todo esto lo conseguirán en su transformación en Mí, Crucificado sí, pero resucitado también, y vuelto **en ellos** a la tierra para redimir a las almas, perfeccionarlas y sacarlas de lo material, espiritualizarlas y por el Espíritu Santo salvarlas.

Que mis sacerdotes blindados en Mí, con las virtudes teologales por armas, se preparen a la lucha más o menos cercana y sepan dar pruebas de su valor heroico, de su energía invencible, de su constancia perseverante, de su amor invulnerable a la Iglesia.

Yo vencí al mundo, repito, y ellos lo vencerán con el Espíritu Santo, con María, con la Cruz, y glorificarán al Padre que es y debe ser el principio y el final del sacerdote transformado en Mí.

¡Cómo quisiera incendiar con el fuego santo el corazón de todos mis sacerdotes! ¡con ese ardiente celo que consume mi pecho cuando veo amargada mi Iglesia y a Satanás preparando sus golpes para asestarla! ¡Cómo quisiera poseer en lo más íntimo cada alma sacerdotal y comunicarle mis sentimientos, el amor a mi Padre y a las almas!...

¡Yo me dejaría crucificar de nuevo, si esto pudiera ser, con tal de transformar a cada sacerdote en Mí! ¡Cómo busco su corazón que, poseyéndolo, poseería su amor, sería dueño de disponer de ellos a mi placer, sin obstáculos ni resistencias! Y lo mismo ansía mi Padre que quiere ver no a muchos sacerdotes dispersos y aun disgregados, sino **a un solo Sacerdote** en Mí, a un solo Sacerdote en el Papa, con un solo juicio, parecer y querer.

Pues esto persigo con estos confidencias: llegar a esa unidad, única que puede salvar; todos en Mí y Yo en ellos en mi Padre, con el Espíritu Santo, fundiéndonos con toda la Iglesia y con todas las almas en la unidad de la Trinidad".

C

"OS HE DADO EJEMPLO..."

"Yo di ejemplo a mis sacerdotes para que no pudieran alegar ignorancia, al tenerme a Mí como espejo para copiarme en ellos.

Mi fin, el plan que tengo es el de su transformación en Mí; por eso les di ejemplo, y aún más: los alimenté con mi misma substancia, porque substancia mía es mi divina doctrina salvadora y santificadora.

Me preocupé en mi vida mortal, más que por nadie, por mis discípulos, viendo en ellos a mis sacerdotes; y fui su ejemplo vivo de humildad, de caridad, de mansedumbre, de pureza, de sacrificio, de delicadeza, de paz, de abnega-

ción,de suavidad, siempre cubriendo sus defectos y disimulando sus faltas. Les di ejemplo, sobre todo, de mi inmenso amor al Padre, de mi reverencia al Padre, de mi sumisión al Padre, y les hice ver **al Padre en Mí,** y nada hice delante de ellos que no lo refiriera a mi Padre amado.

Y todo esto era mi Evangelio vivido, enseñado paso a paso, gota a gota, día a día; y así instruí a aquellos corazones sacerdotales que répercutían en todas los siglos de mi Iglesia y en mis sacerdotes.

¿Y para qué hice esto, para qué me puse de ejemplo vivo en mis Apóstoles, en donde veía Yo a mis futuros sacerdotes? Claro está que para que me copiaran, ¡para que fueran otros Yo, línea a línea, virtud por virtud, heroísmo por heroísmo, sangre por sangre!

Pero además, al dejar el imperecedero ejemplo de Sacerdote, de Salvador, de Jesús mismo, quería que los sacerdotes que me representaban, que debían estar transformados en Mí, dieran a su vez ejemplo a las almas, para atraerlas, santificarlas y salvarlas.

Ese fue también mi fin extensivo de amor. Primero, que mis sacerdotes tuvieran un espejo sin mácula en donde verse, un Modelo que copiar para santificarse; y después, las almas, esas almas que son mi delirio por una sola cosa que encierra todas para un Dios: el ver en ellas la imagen bendita de la Trinidad; imagen que la Trinidad cuida, ama y quiere que vuelva al principio de donde salió.

Esa imagen de la Trinidad que lleva en sí misma cada alma, salida de Dios mismo, y con

el fin sublime de volver al centro de donde partió, a la unidad, es lo que Yo busco, lo que mis sacerdotes deben buscar también.

Mas, para orientar esas amadas almas a su fin, es necesario el santo ejemplo de mis sacerdotes, la transformación y consumación de los sacerdotes en Mí. Y sólo entonces podrán hacer que se realice la ilusión del Padre, la petición más ardiente del Hijo, por medio del Espíritu Santo: que vuelvan todas las almas a la unidad, siendo todas una misma cosa en Mí y en mi Padre, consumadas en la Trinidad.

Pero ¡ay! mi dolor es que ese ejemplo de muchos de mis sacerdotes no es mi ejemplo. Deben **ser otros Yo**, y muchos, no sólo no lo son, sino que son opuestos a Mí en su interior y muchas veces hasta en su exterior; son todo lo contrario de los ejemplos que Yo les he dado, me ofenden doblemente a Mí y escandalizan a las almas.

Si se fijan, verán que casi siempre en mis sacerdotes **son dobles las culpas**, por ser en ellos dobles sus sagrados deberes. Tienen deberes íntimos Conmigo y tienen deberes interiores y exteriores con las almas.

Y voy a descubrirles una dolorosa espina más que hace sangrar mi Corazón en su lealtad. En muchas ocasiones, el cinismo e hipocresía que contemplo dolorido, tratan muchos de los que me sirven de dar exteriormente ejemplos de santidad a las almas, mientras en su interior son como sepulcros blanqueados ante las miradas de la Trinidad.

Y no , no está bueno eso, porque debe corresponder el exterior al interior del sacerdote;

y no con falsedades que tanto me ofenden, no con doblez que desdice de la sencillez del sacerdote, sino **con verdad**, debe reproducir fuera lo que lleva dentro.

Claro está, sin embargo, que los sacerdotes no deben hacer patentes sus miserias a las almas, porque las escandalizan, que es muy delicada y de muchas consecuencias la honra del sacerdote.

Y hasta ese grado de condescendencia inconcebible me presto Yo, es decir, hasta cubrir ante el mundo sus maldades. Pero Yo soy primero que el mundo; y más bien que tener que descender hasta estas condescendencias, debo ser el honrado y el glorificado por ellos en espíritu y en verdad.

¿De qué sirve ante Mí, ante el tribunal de mi justicia, la hipocresia de un sacerdote, que trata de parecer lo que no es y me obliga, por mi caridad y el honor de mi Iglesia, a beber las hieles del disimulo, cubriéndolo, repito, ante los demás, con la caridad que me caracteriza, como cubrí a Judas su traición, pero sangrando mi alma y avergonzándome como Sacerdote —en quien están encerrados todos los sacerdotes— ante mi Padre celestial?

Es un crimen de lesa majestad, aunque no esté consignado —precisamente por lo inconcebible y por mi caridad infinita—, eso de que un sacerdote indigno, no puro, no íntegro, me haga ruborizar ante lo que más amo, ante mi Padre celestial.

Si consideramos a la Divinidad, una en las tres Divinas Personas, al ofender a mi Padre se

me ofende a Mí en el Espíritu Santo. A Mí, como Dios; a Mí como Dios-hombre. Y no se pesa esto ni se mide la magnitud de la ofensa ni el castigo que merece.

Los sacerdotes deben **ser y parecer** que lo son; que en ellos el ser y el parecer sean una misma cosa ante el cielo y la tierra; y que reflexionen en que si Yo les di ejemplo, fue, no tan sólo para que me copiaran en sí mismos, sino para que a su vez dieran ejemplo a las almas y prolongaran mi misión en la tierra, volviéndose otros Jesús, **transformados en Mí**

¡Oh! ¡y qué distinto estaría el mundo, si mis sacerdotes fueran otros Yo y dieran ejemplo y fueran espejos limpios y puros, en donde a su vez las almas se miraran! En ellos me verían a Mí y en ellos y por ellos me amarían a Mí. Entonces, al imitarlos me imitarían a Mí y llegaría a realizarse aquella plegaria al Padre: el consumar a todos en Mí.

Que reflexionen mucho mis sacerdotes y sigan mi ejemplo y **den** ejemplo de mis virtudes excelsas.

¡Cuántas almas se pierden y enfrían, descorazonadas por lo que ven, por lo que saben, por lo que oyen a mis sacerdotes, que **dicen** y no **hacen**! ¿De qué sirven las palabras sin las obras?

Y entienda que por más que predique con los labios y que aconseje un sacerdote indigno, si no concuerdan con todo eso **sus obras**, es letra muerta en las almas; no tendrán virtud ni eficacia sus palabras, porque no estaré Yo en ellas; antes bien, más o menos tarde, al descu-

brirse lo que ellos cubren, será peor el escándalo de quienes lo oyeron.

Es indispensable para los sacerdotes el **ser otros Yo** para que su ejemplo sea santo, sea cierto, sea verdadero y glorifique a la Trinidad y le dé corazones enamorados de Dios que lo amen".

CI

"PARA QUE SEAN CONSUMADOS EN LA UNIDAD"

"La caridad, la caridad, la unión, es lo que anhela de los sacerdotes el Sacerdote Eterno, el Corazón amante del Dios-hombre.

El demonio tiende a desunir para debilitar, y el Espíritu Santo a unir, a estrechar los lazos paternales, filiales, fraternales, de cuyo desmembramiento vienen tantos males a mi Iglesia. Si Yo soy la unidad en la Trinidad ¿por qué mis Pastores y sacerdotes entre sí no tienen una sola alma, un solo parecer por mi gloria, un solo corazón en mi Corazón?

Cuando elegí a mis sacerdotes de entre los demás hombres, rogué muy especialmente por ellos antes de morir, y mi impetración al Padre no ha concluído ni concluirá hasta el fin del mundo.

Yo me ofrecí de Víctima por ellos muy especialmente y sólo les pedí que perseveraran en mi amor, y mi amor es unitivo; y si quiero que los hombres se amen unos a otros, ¿cómo no querer ante todo que los sacerdotes se amen en-

tre sí y que en ese grupo escogido y de elección no tenga Yo que lamentar odios, discolerías, envidias, diferencias y oposiciones de pareceres y afectos: todas esas miserias que enfrían, que entibian, que separan los corazones?

Y si éste es un tremendo mal para mi Iglesia, que puede llegar hasta el cisma, para mi Corazón es lo más doloroso, lo que más lamento, puesto que se apartan de mi gran mandamiento, de aquel "amaos los unos a los otros"; porque Yo quería, al pronunciar estas palabras, que fueran particularmente para mis sacerdotes que son humanos y que no están exentos de las pasiones humanas.

Y si dije que conocerían que eran míos si se amaban los unos a los otros, cuando las almas vean esos resfriamientos de afectos, esa falta de calor entre sí, el mundo se escandalizará y no los tendrá por míos.

Yo insisto e insistiré siempre en **esa unidad de la Trinidad**, en esa unidad por la caridad que es el amor, que es la unión por medio del Espíritu Santo.

Es muy natural el que yo tenga que lamentar —y también la Iglesia— esa división entre los míos que causa muy grandes males cuya extensión sólo Yo sé medir. Esto es descender al nivel del mundo, y mis sacerdotes no, no son del mundo, no deben ser de él, no pueden seguir sus máximas, no deben contaminarse con el mundo. ¡Y en el mundo hay tanta maldad, tanta tierra, pasiones y vicios de los que mis sacerdotes debieran estar tan alejados!

Yo mismo le hago patente a mi Padre que mis sacerdotes no son del mundo, sino míos; que no los ha de arrastrar el mundo, que ese enemigo del alma no entrará en los corazones sacerdotales. Y mundo son las divisiones, las desavenencias, los respetos humanos, las envidias, el buscarse a sí mismos y el alejamiento de corazón a corazón.

El Papa, los Cardenales, los Pastores y los sacerdotes, toda la jerarquía eclesiástica, forma un solo bloque divino, una piedra en Pedro, una roca en donde las olas del mundo y de los enemigos se estrellarán. Pero ese bloque debe ser **uno**, no debe desmenbrarse, y de ahí su fuerza divina contra todo el infierno. Y es que está resguardado por la unidad del conjunto, por la unidad de la Trinidad.

Pues no quiero que esa masa compacta se desmorone en lo más mínimo; que esa unión de espíritus y de corazones en un mismo Corazón, en el mío, tenga sus deficiencias.

¡Si supieran lo que es la unidad, lo que encierra la unidad, lo que puede la unidad en la Trinidad y en mi Iglesia! ¡Amo tanto la unidad! ¿Y saben por qué? porque la unidad es Dios, la unidad es el amor y todo lo que se aparta de la unidad, de la unión, del amor, no es mío. ¡Y hay tantos engaños que Yo lamento en este punto!...

No es posible, siendo humanos, que todos los criterios sean uno; pero la fe si es una; la obediencia al Papa es una; la doctrina del Evangelio es una; el amor es uno y la Trinidad es una que a todos abraza, que a todos unifica, que

a todos enlaza por el Espíritu Santo y que a todos premia, transformados en Mí.

Yo formo el centro de mi Iglesia y soy **uno** con el Papa, uno en cada Cardenal y Obispo, uno en cada sacerdote. Todos en el eterno Sacerdote, con un solo corazón y una sola alma y una única voluntad en mi Padre, en la unidad de la Trinidad.

Es necesaria, en México especialmente, la unión, una reacción, no tan sólo exterior, sino interior, que es lo que espero, lo que anhelo, lo que ansío; reacción de fondo y no de superficie, propósitos santos, humildes y confiados a mi gran misericordia.

Todo lo hago bien; y si castigo, es para perdonar; y si martirizo, es para coronar.

Quiero una gran promesa de amor en el Amor mismo, en el Espíritu Santo por María. Soy el Amor, soy la Bondad, soy la Misericordia, sol el Salvador que ha dado a su México **una lección de amor** para que mi Iglesia florezca y reine limpia de polvo, lozana y nueva, con sus sacerdotes transformados en Mí.

¡Unión, unión! Esa unidad que es mi esencia y que persigo en mis Obispos y sacerdotes en todo el mundo.

No desoigo jamás los clamores de los míos; pero necesitaba la Iglesia de México una sangría; necesitaba expiaciones y martirios; pero mi Corazón está aquí, mis miradas están aquí y a la Iglesia mexicana la llevo en mi alma con todos los suyos, a quienes amo con ternura de madre.

Pero quiero su bien; quiero barrer de ella lo vano; quiero apartar el trigo de la paja; quiero

renovarla hasta sus cimientos, inyectándole más amor, unión, caridad, entregándola pura y limpia, por María, al Espíritu Santo, quien reinará en esta Nación de María que es mi predilecta.

Era muy triste para Mí dejarla rodar sin detenerla, sin limpiarla, sin devolverle su brillo antes de volverle su libertad que vendrá, vendrá a su tiempo, pues como he dicho, mis castigos y mis pruebas son misericordias.

Sólo obligado por el pecador, castigo en la otra vida; aquí, hasta mis castigos aparentes son bondades y mis pruebas, caridad ardentísima.

Reaccionará mi Iglesia con sus Pastores y sacerdotes transformados en Mí; y la alegría y el fruto divino será mayor que el mal, y el triunfo coronará los martirios, los esfuerzos, los sacrificios, y seré **Yo mismo en mis sacerdotes la mayor recompensa".**

CII

COMO SE REMEDIA LA FALTA DE UNION

"¿Cómo se conjura esta falta de unión? —El día que mis Pastores y sacerdotes se transformen en Mí. Ese día, con más razón y justicia, los súbditos me verán a Mí en los Pastores y en los Superiores; les será más fácil acentuar esa vida de fe que deben tener siempre, al verme a Mí en los que mandan. Y los sacerdotes con los Pastores, y los Pastores y los sacerdotes entre sí, formarán un solo Jesús, se respetarán, se amarán y tendrán un solo corazón y una **úni-**

ca voluntad, por la unidad que tendrán en Mí y Conmigo, en mi Padre y en el Espíritu Santo, es decir, **por la unidad en la Trinidad.**

Los Pastores me verán a Mí en los sacerdotes transformados en Mí y los sacerdotes me verán a Mí en sus Pastores, amándolos como si fueran Yo y obedeciéndolos como me obedecerían a Mí. Pero ya no sólo con la fe que les exige esto; sino **de hecho**, visible y real, por la transformación de cada uno en Mí.

A la manera que en cada Hostia consagrada estoy Yo real y verdaderamente presente, y sólo quedan las especies, así quiero a mis sacerdotes, Hostias en el copón de mi Corazón: todos iguales, todos santos, todos puros, divinizados y poseídos del Espíritu Santo. Y más aún, todos uno, como Yo, que multiplicado en la Eucaristía, no dejo de ser uno solo en razón de mi unidad.

¡Qué unidad de las Hostias, en Mí, transformada la sustancia del pan en mi Cuerpo! Pues así quiero a mis sacerdotes; unos en mi sustancia y que desaparezca la criatura en el Creador, por la perfecta transformación en Mí, y quede Yo en ellos, y obre exteriormente por su concurso, por **ser Yo** en ellos interiormente, para convertir y salvar.

A muchos de mis sacerdotes les falta esa vista sobrenatural y de fe para verme en los Superiores a Mí, al que dignamente deben siempre representar. Pero todo esto desaperecerá, si se transforman en Mí.

Si unos de los míos están transformados en Mí y otros no lo están, aquellos deben ver a

éstos con ojos de caridad y dulzura, corrigiendo, perdonando, aconsejando y hasta sufriendo en favor de los que no están transformados en Mí.

Entonces su papel es orar, orar al Padre, pedir, insistir y sacrificarse, porque a la oración unida al sacrificio todo se le concede.

Y esta es la misión de los Pastores santos en favor de los suyos, como fue la mía. Y esta es la misión de caridad que les obliga a los sacerdotes transformados en Mí, para con sus hermanos: misión de amor, de caridad aun en sus correcciones; siempre con un fin de amor para salvarlos.

Otro punto importantísimo.

Si los sacerdotes tienen obligación de salvar a las almas, de ver por las almas y de sacrificarse por ellas, mayor deber tienen de impartir su ayuda en todos sentidos, oportuna e importunamente, a los sacerdotes, sus hermanos, para su santificación.

Se ven casos, desgraciadamente, en que al árbol caído o por caerse se le abandona, se le desprecia y aun se huye de él, sin tenderle la mano, sin un consejo, sin un aliento, sin evitarle ocasiones, como si fuera más que extraño y no tuvieran el deber de salvarlo. Si con todas las almas, repito, tienen los sacerdotes la obligación de impedir el mal, con cuánta mayor razón lo deben hacer con su misma familia sacerdotal, con los de su misma sangre, por decirlo así, con sus hermanos en el sacerdocio. ¡Hay tristes descuidos sobre el particular que Yo lamento!

Y no tan solo a los Pastores les incumbe este deber de tender la mano a los sacerdotes caídos, por todos los medios que estén a su alcance; y si no tienen otros, por medio de la oración y de la penitencia, clamando al cielo hasta triunfar de Satanás y arrebatarle su presa, aunque el mundo ignore por quién se salvó aquella alma sacerdotal. Yo lo sabré.

Los Prelados, los Párrocos y los Superiores en cualquier forma, se deben examinar y proponerse tener más cuidado y vigilencia, más solicitud y abnegación en este punto, cuando tengan siquiera sospechas de que hay algo no recto en alguno de los suyos, y eviten y corten las ocasiones. Y aquí de la prudencia divina más que de la humana, para arreglar con caridad estas cosas: hay que encubrirlas con amor, que es lo más discreto, lo más indulgente, lo que más ablanda los corazones.

Sin duda que —¡triste es para Mí decirlo!— no todos los sacerdotes querrán o procurarán transformarse en Mí, ni poner los medios porque implican sacrificio; y para estos casos los sacerdotes **que son otros Yo** deben hacer lo que he dicho: que el que pide, recibe y el que busca, halla.

Y voy a descubrir una preciosa veta, un filón santo y explotable.

Siempre el Padre escucha a su Hijo; siempre lo atiende amoroso; siempre, obligado dulcemente por el amor a su Hijo, le concede lo que le pide hasta enviar al Espíritu Santo al mundo.

Pues bien, si mis sacerdotes son otros Yo, mi Padre me verá **en ellos a Mí** y entonces nada les negará de lo que pidan. ¡Y, sobre todo, su petición debe ser la santificación y la salvación de los sacerdotes caídos, de los sacerdotes disipados, mundanos, tibios!

Los sacerdotes, como le decía a mi Padre, **no son del mundo**; supuesto lo cual, le pedí para ellos tantas y tantas gracias. Y para que desciendan sobre ellos, hay que arrancarlos del mundo, quitarles el mundo de sus corazones. ¡Y hay tantos modos de que el mundo entre casi sin sentirlo en el corazón de los sacerdotes, que **no son, que no deben ser** del mundo! Por esta hendidura se les va colando Satanás para sensualizarlos y perderlos, y quitarles todo gusto y atractivo por lo divino

¡El mundo, el mundo!... Si el mundo entra en el sacerdote, me retiro Yo, se retira el Espíritu Santo, contrario al mundo; y el Padre no ve ya en el sacerdote lo que le aseguré: "que no era del mundo". Y apartado de la Trinidad el sacerdote, ¿qué puede detenerlo hasta perderse? ¡Es muy delicado que el mundo entre en el corazón del sacerdote! ¡Y entra tan quedamente, tan poco a poco, tan gota a gota, pero lo envenena al fin!

Por tanto, recomiendo encarecidamente a mis Pastores y sacerdotes su transformación en Mí y la caridad, como si fueran Yo mismo, para con mis sacerdotes amados; que compadezcan a los que no les preocupa su perfección y no ven en esta petición mía, sino exageraciones innecesarias para cumplir su misión y salvarse. Los habrá y más aún, habrá quien no crea, quien se

oponga a esta perfección y santidad. Dirán que no todos son San Pablo; pero debieran serlo, porque todos mis sacerdotes son vasos de elección, a todos les di la vocación de apóstoles y las gracias necesarias de estado para llegar a una muy alta perfección.

Que no tuerzan mis designios sobre sus almas; que llenen su misión en la tierra; que sean perfectos como mi Padre Celestial es perfecto; porque son padres, porque han recibido la divina fecundación del Padre, porque no darán la medida que mi Padre anhela, ni tendrán atracción pura y santa para conquistar las almas, si no se transforman en Mí, por la purificación del pecado, por la práctica de las virtudes, por los dones gratuitos que regala el Espíritu Santo a quienes a El se acercan, a los que anhelan cobijarse con su sombra y recibir su fecundación y poseerlo.

María se contrista por los sacerdotes tibios que no son otros Yo; y por esa Madre incomparable, les pido hoy una vez más y sin cansarme, a mis Pastores y a mis sacerdotes todos, todos, su perfecta y santa transformación en Mí, por el Espíritu Santo".

CIII

ABISMOS

"Pero si mis Pastores y mis sacerdotes se transforman en Mí les será muy fácil esa vida de unión y de caridad entre sí.

Voy a dar la clave de la perfección y de la más alta perfección que aleja de la tierra y acerca al cielo, más aún, que atrae al mismo cielo a los corazones. Y ¿cuál es este secreto? El amor a mi Padre **comprendido y desarrollado** en el corazón del sacerdote.

Ese amor a mi Padre tiene dos aspectos: va del alma al Padre y vuelve enriquecido con el amor mismo del Padre al alma de donde partió. Este flujo y reflujo de amor divino siempre en creciente, infunde la caridad en los corazones, porque mi Padre es caridad, **Dios es amor.** Y al venir ese amor al corazón del sacerdote, atraído por el pobre amor del sacerdote, de la criatura a El, viene con todas sus propiedades de caridad, compasión, paciencia, etc., a enriquecer con esos tesoros el corazón del sacerdote.

Pero hay un secreto, y es que el Padre derrocha sin término los tesoros de su amor— si no sensiblemente, siempre sí realmente— con todos los grados, visos y matices de ese amor sin término.

Y aún más; el Padre mismo, no tan sólo derrama esos tesoros en el corazón del sacerdote que le consagra, que le dedica todo su amor, sino que los derrama en él **complacido.** Pero, ¿saben por qué? —Porque Me ve en el sacerdote a Mí, contempla en el sacerdote a su Hijo Divino. Mas para que esto sea así el sacerdote debe estar transformado en Mí, para que en verdad mi Padre vea en él **otro Yo,** a todos en Mí formando nada menos que lo que El más ama, la unidad en la Trinidad. Porque siendo mis sacerdotes otros Yo, tienen que participar en Mí de la unidad esencial de las tres Personas divinas.

Y si mi Padre me ama a Mí infinitamente, y si Yo amo a mi Padre infinitamente, es por aquel Imán divino, que es el Espíritu Santo, que unifica a las divinas Personas con un gozo inefable y eterno, que nos funde en el amor, esencia del mismo Dios, trino y uno.

Esa unidad, ese lazo infinito de unidad eterna e incomprensible para el hombre, que Me une a mi Padre y que une a mi Padre con su Verbo, es el Espíritu Santo. Este es el secreto de la unión, de la eterna felicidad de un Dios, uno en las tres Personas distintas.

Pues bien; esa fibra santa y unitiva, ese Imán poderoso y santo, ese lazo fecundo y divino del amor en el Amor mismo, es el que quiero compartir con mis sacerdotes, para hacerlos otros Yo mismo por la caridad y hasta por la justicia.

Porque si los elegí para que me representaran en la tierra; si quise y les di el poder de ser otros Yo mismo en las Misas; si quiero extender a todos los actos de su vida, no sólo el reflejo de Mí en ellos, sino una real presencia y transformación de ellos en Mí, es precisamente para que, **por justicia,** mi Padre les participe a ellos, **por ser otros Yo,** las riquezas infinitas y variadas que encierra su amor.

La palabra **amor** se dice pronto; pero en el amor se encierran inmensidades: el cielo y la tierra y cuanto existe; lo encierra todo, todo: creaciones y almas, porque el amor **es Dios.**

Pues bien, primero he querido recordar a los sacerdotes que deben representarme en la tierra dignamente; después, su transformación

consumada en Mí; pero ¿no ven el inmenso fondo que esto tiene y que, si bien es consumación en cierto sentido, es además **principio** tan sólo de los torrentes de gracias encerradas en el amor de mi Padre que les esperan?

Ya ven que la transformación parece el fin; pues ahora les afirmo que es sólo **principio**; que significa solo el abrir una puerta franca para que Dios entre, posea, inunde y **comience**, comience, —¿lo entienden?—, una serie de gracias, dones, carismas, luces, riquezas y tesoros en los que se derrama y que no puede tener mejor recipientes que los corazones purificados y santos de los sacerdotes transformados en Mí.

Es decir, para mi Padre es como si le abriera un canal más en donde derramarse en su Hijo divino, en su **único Sacerdote**, en donde El ve a todos los sacerdotes en Mí, el Sumo Sacerdote, que asumo ante mi Padre toda la responsabilidad de la Iglesia que El me dio, con todos los que la forman.

Y como Dios siempre está dando y produciendo, y es en Sí mismo fecundísimo, no le cabe por decirlo así esa sobreabundancia infinita y eterna de tesoros, gracias y riquezas que en Sí mismo posee, y busca ansioso donde derramarlas. Pero como Dios no puede salir de Dios, sino que, aunque se difunda en la inmensidad, siempre encuentra a Dios; para desahogar ese caudal, siempre antiguo y siempre nuevo, se encuentra Conmigo, y sonríe y se vacía y se goza en comunicármelo con infinita fruición de Dios en Dios mismo, fundiéndose en Mí que soy El, en la unidad de una misma divinidad.

Pero desde que fundó la Iglesia, en Mí busca además a los sacerdotes, pero los busca **transformados en Mí**, me ve a Mí en ellos, y a ellos en Mí. Y este es el acto más grande de su amor y caridad para el mundo, después de darme en la Eucaristía, **darme también a las almas en cada Pontífice y sacerdote**, que deben ser otros Yo por su transformación en Mí.

Y por esto busca mi Padre en Mí todos los sacerdotes y en los sacerdotes a Mí, espera de ellos su amor, para poder corresponderlo y envolverlos en el torrente desbordado de su amor —que no ahoga porque es Dios— y comunicarlo a los corazones sacerdotales transformados en Mí.

Pero, para encenderse en el amor a mi Padre, deben hacer mis sacerdotes lo que Yo hacía. Viví siempre en la tierra contemplando a mi Padre, enajenado en mi Padre, abismado en las perfecciones y amor infinito de la Divinidad de mi Padre. Y así deben vivir mis sacerdotes en su interior y en su exterior, glorificando siempre a mi Padre, refiriéndolo todo a mi Padre y divinizados en la Trinidad. Entonces mis sacerdotes serán todos caridad, todos amor y muchas pasiones terrestres no les tocarán, por su transformación en Mí. ¡Con qué facilidad rechazarían las tentaciones, debilitadas y aun alejadas por su transformación en Mí, porque no puede Satanás acercarse, como antes, a lo que ya no le pertenece!

Ventajas son éstas que cada día apreciarán más y más mis sacerdotes transformados en Mí, así como la afluencia de gracias y dones con

que el Espíritu Santo los envolverá, los **penetrara**, para que su amor al Padre sea en cierto modo el mismo Espíritu divino, para que lo amen con el mismo amor con que se ama El, con el Espíritu Santo.

¿Y han visto cuánto amo a mis sacerdotes? Pues apenas han vislumbrado ese amor infinito de predilección con que eternamente los eligió la Trinidad.

Y como lo que Dios hace **no lo deshace**, El quiere llegar al fin sin fin de la unión íntima con la misma Trinidad en los sacerdotes, operada por el amor que todo lo limpia, lo pule, lo consuma, lo penetra, lo sublima, ¡lo diviniza!

¡Miren hasta dónde puede llegar un sacerdote transformado en Mí! ¡hasta qué alturas, hasta qué sublimidades, hasta el amor, las caricias y las **complacencias** de mi Padre que en él me ve a Mí, que ve a **El mismo** en cada sacerdote otro Yo, y repite conmovido: **Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias!**

Hasta allá, hasta esa altura inconcebible llega el amor infinito de un Dios a los sacerdotes transformados en Mí. ¿Quién, pues, no querrá esa transformación, cueste lo que cueste?

Y esto es solamente lo que se ve, lo que se vislumbra, lo que se alcanza; pero esta transformación que tanto pido es **el principio**, como decía, de incomprensibles gracias; es una afinidad íntima y real con las Divinas Personas; es un lazo celestial profundo, santísimo y divino por el que la criatura entra en el santuario mismo de la unidad, en el fondo mismo del mismo Dios, que no tiene ni fondo, ni principio, ni fin,

en las manifestaciones múltiples de su eterno amor".

CIV

UNIDAD, FECUNDIDAD, AMOR

"Sólo por Mí se va al Padre, se conoce al Padre, se enamoran las almas del Padre, comenzando por enamorarse de Mí, la Belleza suprema del Padre, la Sabiduría del Padre, el reflejo y la fisonomía del Padre.

Y si los sacerdotes quieren llegar a esa sublime unión con el Padre, deben necesariamente transformarse en Mí, para que por Mí —siendo Yo en ellos y ellos en Mí— suban al Padre, y se enamoren del Padre y se hagan acreedores, en su Hijo, a los carismas, gracias y amor infinito del Padre.

Dios es uno, infinito y eterno, que ni aumenta ni disminuye, **siempre es** y ha sido y será el mismo; sin dimensiones, porque Dios es inmenso; sin edad, porque Dios es eterno; sin principio y sin fin; y su unidad la comunica a cuanto toca, a todo lo creado y por crear. Y por eso, la eternidad es una; el castigo, uno; el premio, uno; su amor, uno; su esencia, una; su providencia, una; su substancia, una; su Iglesia, una; su rebaño uno y todos los sacerdotes uno en Mí, su Unigénito, su Hijo único.

Y en esa unidad están encerradas las tres divinas Personas con los atributos divinos unificados en una misma perfección, ¡en el amor! en una sola Santidad en tres Personas distintas,

de donde nacen todas las cosas, de donde toman vida todas las vidas y cuya fecundación eterno no cesa, ni cesará jamás, y producirá siempre más y más excelsitudes, hermosuras, encantos, atractivos, y todo armónico, todo ordenado y santo dentro de la unidad.

¡Oh! no se extrañen de que hable tanto de la unidad porque es mi centro, porque me gozo en ella, porque la unidad es Dios, es amor.

Como en Dios todo es presente y El no tiene ni pasado ni porvenir, siempre está engendrando a su Verbo; **siempre** se está, no reproduciendo, sino **siendo** la eterna generación del Hijo por el Padre, y como consecuencia lógica, también la procesión del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, que eternamente **es** y **une** en el divino lazo de un Amor infinito, inmenso, incomprensible, al Padre y al Hijo.

Constantemente está la Trinidad gozando de la fruitiva contemplación de la misma Trinidad. Este gozo divino no se agota jamás: no basta una eternidad, hablando en el lenguaje humano, para que una Persona divina agote a la otra en su contemplación. Cada una está abismada en los encantos, siempre fecundos y siempre nuevos, de las otras divinas Personas; y se gozan entre sí de su misma visión beatífica; una refleja en la otra su infinita santidad y perfección, sin salir jamás de Sí mismas, porque Dios no puede salir de Dios en su inmensidad. Cuanto El haga tiene su reflejo, y en su reflejo está El.

Dios es trino porque se da, se comunica, porque es caridad, porque su Ser tiende a difundirse, y es uno, por su unidad. Es inmutable,

y todo lo hace, y todo lo llena, y en todas partes está germinando con sólo su infinito Poder almas y seres que lo alaben.

Y una cosa inexplicable para el hombre es la fecundación eterna, sin principio y sin fin de Dios en **Sí mismo.**

Dios no crece ni decrece, siempre es lo que es. Su fecundidad no produce crecimiento de perfecciones, porque es el Perfecto, la perfección misma; no produce atributos, porque los tiene todos desde el principio sin principio; no hermosuras, porque es la misma Belleza increada; no más luz, porque es Luz de Luz.

Pues ¿qué es lo que germina en ese océano sin fondo ni riberas de todo lo puro, lo santo lo hermoso, lo armónico? ¿Qué? la fecundidad de Dios, en Dios mismo, germina **en amor, en el único Amor**; y esto es inconcebible para el hombre.

Dios se realiza —si puede decirse así— y se realiza en su misma substancia, que es el amor; las Tres Divinas Personas se comunican amor, extasiadas en el amor. Porque el amor lo es todo, y la substancia del amor es Dios, es el Espíritu Santo, que al Padre y al Hijo-Amor los llena de amor, que forma en lo más íntimo de Ellos la esencia del amor; y en ese amor se miran, se recrean, se funden, formando en su unidad un solo Dios-Amor.

¡Si todos los santos amores de la tierra no son sino una chispa de aquel volcán de amor! ¿Cómo será, a qué grados ascenderá ese amor? Y si los hombres sienten gozo y fruición y dicha en el amor creado, en un destellito del divino

amor que embriaga y hace desfallecer al alma, ¿qué será aquel volcán infinito de perfección, de igualdad, de afecto, de unión, de sentimientos, de **comprensiones**, formando todo una única unidad, sin disonancias, con la perfecta armonía de la Trinidad?

La suprema dicha de la Trinidad la forma la misma Trinidad en su fecundación santísima en Sí misma. Eso no lo podrá entender nadie en la tierra ni aun en el cielo, porque forma parte muy principal de los sublimes cuanto santísimos secretos de la Trinidad.

Ese éxtasis de amor que Dios tiene en Sí mismo no le impide ocuparse de las almas, porque la substancia de Dios es **amor**, y el amor se difunde, y el amor divino se va, se lanza, a donde ve algo de la imagen misma de Dios; y las almas llevan esa imagen divina; y la Iglesia es para salvar esas almas y extender en ellas el reinado de Dios; y cada cuerpo es templo del Espíritu Santo y cada corazón es la ambición de Dios.

Pero, como Dios no puede amar fuera de Dios y en las almas está Dios, es precisamente lo que El ama, lo que quiere que vuelva a su Centro, Dios, lo que ha querido hacer aun inmolando su propio Hijo para salvarlas. La Imagen de la Trinidad es lo que ama Dios en las almas; y si se pierden es porque quieren perderse; pero Dios ha puesto los medios y el supremo medio que soy Yo, Jesucristo, para que todos se salven.

El pecado borra la imagen de Dios mientras el alma no se arrepienta; y sólo se condena el alma que muere en pecado, rechazando la gracia

hasta el fin. Pero esa alma y todas las de los condenados, aun en el castigo eterno, me glorifican. En su eterno odio, uno de sus mayores tormentos es no poderse eximir de glorificar mi Justicia. Son ramas desprendidas voluntariamente del árbol de la vida para arder eternamente sin consumirse; porque lo que Dios hace no lo deshace, y esas almas salidas de Dios son inmortales, ya sea para el premio, que es lo que mi Corazón anhela, o para el castigo, que también me glorifica.

También hay sólo una muerte, un infierno, un premio, un castigo, una eternidad y todo derivado de la unidad, pues todo lo abarca Dios. Yo brindo mis gracias, mi perdón al pecador, en mi Iglesia; pero si se obstina en rechazarlas, si no me da gloria salvándose, tiene que dármela condenándose. Y tan atributo mío es mi Bondad como mi Poder, mi Misericordia como mi Justicia.

He puesto todos los medios de salvación en mi Iglesia por medio de mis sacerdotes; pero si estos medios son rechazados, concluye en la otra vida la obra de la Misericordia para dar lugar al atributo de mi Justicia. Al que rechaza al Amor y a la Misericordia que es amor, ¿a quién puede acercarse y recurrir? Por eso el odio sucede al Amor.

Dios todo lo olvida, todo lo perdona; menos que ultrajen el Amor, que rechacen el Amor, que se burlen del Amor; porque en el Amor está la confianza humilde y la esperanza; está El, y sin El, sin las virtudes teologales no hay salvación posible.

La misma contrición es amor y nace del amor".

CV

CON QUE AMOR DEBEN TRATARSE LAS ALMAS

"Sólo un corazón pervertido hasta lo sumo resiste al llamamiento del amor divino. El hombre es amor por haber sido formado por el que es Amor; y el alma que informa al cuerpo trae consigo la esencia del amor, porque salió de Dios y a Dios ha de volver. Por eso, aun cuando la atrae la tierra brindándole todos sus goces, siente en sí misma un vacío que sólo puede llenar Dios.

Si los hombres no resisten cuando se les toca la fibra del amor humano, ¿cuánto más si se les toca la fibra santa del amor divino?

Y esto es lo que he venido buscando en estas confidencias: el rendir a mis sacerdotes todos por el amor que es la esencia de mi Ser; por ese amor infinito de predilección sin nombre con que fueron elegidos por Mí. Porque no fueron ellos los que me eligieron; mi amor se adelantó a su amor; y aun antes de darles el ser y con él la vocación al sacerdocio para que sirvieran a mi Iglesia, ya mi Padre de toda la eternidad los había engendrado en su mente con singular elección, con mirada eterna de amor de Padre. Desde aquel principio, ya el Padre me miraba a Mí en los sacerdotes y a las sacerdotes en Mí.

Los acontecimientos se desarrollaron en el tiempo, y a su tiempo, porque Dios es el orden mismo y ni se atrasa ni se adelanta: obra oportunamente en todas las cosas y en todos los tiempos y en todas las almas. Pero en Dios todo es presente, y éste es uno de sus gozos esenciales sólo propio suyo. Y de las penas y de las alegrías, que el hombre denomina así, de los acontecimientos prósperos o adversos, El siempre saca gloria para Sí y bienes sobrenaturales para las almas, porque es la misma Bondad.

El hombre no alcanza a penetrar en los arcanos divinos, porque es limitado, pero Dios maneja el mundo y los acontecimientos; y lo que es fin para el hombre es principio y presente para Dios, y El en todo es glorificado.

Sin duda que el pecado no me glorifica, pero el pecador sí, porque me glorifica en su arrepentimiento o me glorifica en su castigo. El pecado es enemigo de Dios, pero el pecador puede trocarse en amigo y aun en santo, y glorificarme en su conversión.

Mi voluntad es salvar a las almas a cualquier precio. ¿No acaso les compré ya el cielo con mi Sangre y mis infinitos méritos? ¿No di hasta la vida para que tuvieran vida sobrenatural y abundante en mi Iglesia y sus sacramentos? Pero, más que por nadie, me sacrifiqué por mis sacerdotes que habían de ser cabezas de generaciones de almas por su paternidad espiritual.

¡Son tan delicadas las almas! Este es un punto que deben tener muy en cuenta mis sacerdotes para tratarlas, para transformarlas, usan-

do, como les dije al principio, de la gran arma del amor divino al que nadie resiste. Mas para dar amor deben mis sacerdotes rebosar amor; y no lograrán llenarse plenamente el corazón de santo amor, sino por la transformación en Mí que soy Amor.

Impregnados mis sacerdotes de amor ¿qué han de dar sino amor? Amor y caridad entre sí mismos; caridad y santo amor a las almas, conduciéndolas suavemente a Mí, que ese es su papel. Nunca, en ningún caso, deben los sacerdotes tratar a las almas con brusquedad. ¿Quién más fino, más puro, más delicado que Yo a quien representan?

Que se fijen mis sacerdotes en que todas las almas **son almas** y no en las clases de ricos y pobres (naturalmente con la prudencia y discreción que debe haber); porque se abusa mucho, en este punto, con los pobres. Que no menosprecien a esas almas rudas en general, o sin instrucción, etc.; porque siempre son almas y ¡cuántas perlas perdidas, en esa clase amada, dentro de las conchas de su tosquedad, que pueden y deben pulirse para mi corona!

A todas las almas las gana el amor paciente, el amor humilde, el amor sacrificado, el amor sacrificado en Mí. ¡Y cuántas veces dejan mis sacerdotes tiradas esas perlas, abandonadas esas joyas, que sólo se les ve la corteza, pero que encierran tesoros ocultos de grandes virtudes, de disposiciones especiales para una grande santidad.

¿Acaso no traté Yo con gente rústica, con pobres de solemnidad? ¿Acaso con el amor pa-

ciente, con el amor sacrificado, no hice de pecadores apóstoles, mártires, santos?

Y si los sacerdotes se transforman en Mí, ¿qué no serán capaces de hacer en almas comunes y en almas de elección, en Seminarios y Colegios y poblados, por el confesonario y la dirección espiritual?

Todo lo puede el santo amor que rompe piedras, que amansa lobos, que trueca los corazones.

El amor, el amor lo es todo, lo encierra todo, lo abarca todo y junta la tierra con el cielo.

Aun en el mismo infierno, si hubiera amor no sería infierno; pero precisamente lo que constituye el infierno es la **carencia de amor,** que se convierte en odio.

Y como las almas nacieron para el Amor y del Amor, y al condenarse se les arranca ese germen fecundo que las impregna de amor, esa imagen santísima de la Trinidad que es amor; se encuentran despojados del Amor.

Y ese es su gran dolor, y el mayor tormento de los condenados, la privación de lo que formaba su ser sobrenatural. Y despojados del amor, que es más que si les arrancaran del cuerpo la misma médula de los huesos, sienten en sí mismos un **vacío insaciable,** un hueco como infinito, que los aparta de Dios y que corta los lazos de amor que, quisieran o no, los estrechaba en el mundo con ese Dios-Amor. Y entonces, al condenarse, viene a suplantar al amor el aborrecimiento y el odio. Este trueque es la pena de las penas, el eterno alejamiento y separación de Dios.

¡Incomprensible tormento más hondo y profundo de todos los tormentos!

Entonces se aviva el conocimiento de lo que perdieron por su culpa y les martirizan las potencias del alma de una manera cruelísima al sentir trocada su primitiva sustancia de amor en la que fue formada el alma, por el odio, como digo; por un odio que sustituyó al amor —¡tan inmenso así es!— lo cual es inexplicable. Como si al cuerpo le vaciaran la sangre y le inyectaran hiel, así siente el alma que le exprimieron el amor y le suplieron esa substancia con odio, con la separación eterna de Dios.

Sólo Yo sé medir en mi Justicia el suplicio de las almas condenadas y mi Corazón de Dios-hombre llora su desgracia, porque fueron creadas y salidas de la Trinidad para el cielo.

Y por eso clamo a las entrañas de amor de mis sacerdotes para que, activándose y santificándose, tiendan sus manos a tantas almas en peligro, —hasta de sus mismos hermanos—; para que se conmuevan sus corazones por el amor a las almas, pensando en la desgracia de las desgracias, que es el tormento supremo de las almas a quienes se les arranca el amor y ¡eternamente!

¡Y mi esperanza la tengo en mis sacerdotes celosos, en mis sacerdotes enamorados de Mí, en mis sacerdotes transformados en Mí! ¡Ellos en Mí ven a las almas y en las almas a Mí! Ven al Amor, están envueltos en el Amor, y con el amor se lanzan sin tener en cuenta trabajos ni obstáculos, porque el amor todo lo suaviza y todo lo vence.

¡Que me amen las almas, que no se pierdan, atraídas por Mí en los sacerdotes transformados, para glorificar a mi Padre por el Espíritu Santo que es el eterno Foco del Amor increado!

Pidan y clamen día y noche al Padre de las misericordias con oraciones, con sacrificios, con lágrimas, con sangre, para que multiplique los obreros de su Viña, pero transformados en Mí; para arrancarle al infierno las almas, sobre todo de sacerdotes; y que multiplicados y santos, formen un dique donde se estrelle Satanás y los suyos, defendiendo y salvando esas almas amadas que me costaron hasta la vida".

CVI

PARTICIPACION EN LOS SUFRIMIENTOS DE JESUS

"Y si mis sacerdotes se transforman en Mí, sentirán como Yo las ofensas que se me hacen; les dolerán hondamente como me duelen a Mí y sus actos de expiación serán en mi unión más puros, más aceptados de mi Padre, más verdaderos, desagraviando a ese Padre amoroso con mis propios gemidos y méritos en favor de las almas. Esos gemidos, esa impetración y aun esos méritos míos, serán suyos por participación por el hecho de su transformación en Mí.

Entonces mis sacerdotes, al conocer con luz divina toda la deformidad del pecado, lo aborrecerán; **sentirán** los pecados ajenos con la delicadeza con que Yo los siento y concebirán más

y más horror al pecado y cesarán de ofenderme.

La delicadeza de conciencia crecerá en ellos y la limpieza de sus corazones me glorificará, con lo que mi imagen se esclarecerá en su alma. Y es no solamente útil, sino aun necesario que mis sacerdotes sientan en Sí mismos esa amargura, la más grande para mi Corazón, la que me produce el pecado. ¡Cuántos actos de contrición perfecta recibiré; cuántas lágrimas y propósitos de enmienda y cuántas conversiones me consolarán!

Y el sentir mis penas y las ofensas que se me hacen como propias, activará en mis sacerdotes su celo por las almas y afinará su propia delicadeza para Conmigo. Y es natural que si son otros Yo, sientan más que las propias, las ingratitudes que los hombres tienen Conmigo, las ingratitudes con que los pecadores y las almas tibias me hieren y espinan mi Corazón de amor.

Es una gracia muy grande para las almas la participación de mis sufrimientos, es un acto amoroso de unión muy crecida con que me digno obsequiar a muy contadas almas en la tierra; pero será esta gracia familiar y debida para los sacerdotes que se transforman en Mí; porque siendo ellos otros Yo, participarán de lo mío con derecho y será más grande su premio en el cielo.

Y aparte de la gratitud de este beneficio de predilección, les será muy útil a mis sacerdotes el que sientan íntimamente las ofensas que me prodiga el mundo y aun los míos; para que

crezca su amor, su celo y sus sacrificios e impetren perdones para la hunidad culpable.

Ventajas incalculables traerá a mis sacerdotes esa transformación en Mí, en particular para sus propias almas; porque ese dolor de las ofensas que recibo y que sentirán como propias, tiene una especial virtud para alcanzar las gracias del cielo. Y ¿saben por qué? —Por la pureza del amor que encierra; porque en él muere la criatura a sí misma y sólo quedo Yo en su corazón, por la unión transformativa que es la que produce esa insigne gracia. Concluye el buscarse a sí mismos, el propio y natural egoísmo y se funde el alma en Mí, le duele lo mío y sufre sobrenaturalmente por las ofensas que me hacen.

No le importan entonces al alma sus penas, sino las mías; y por evitarme una sola ofensa sería capaz de dar la vida y mil vidas si las tuviera. A tal grado se afina el amor divino, el amor puro, cuando el alma se transforme en Mí, que se olvida de sí misma y no vive ya la criatura en sus gustos y tendencias naturales, sino **Yo en ella**, y el alma se consuma en la unidad.

Y hasta ese punto de unión transformativa quiero que lleguen mis sacerdotes, todos otros Yo, todos en Mí, que sientan lo que Yo siento, que quieran lo que Yo quiero, que amen como Yo amo, que se sacrifiquen como Yo me sacrifiqué y continúen mi pasión en la tierra, esa pasión interior, más meritoria que la de afuera.

Esta clase de expiaciones son para mi Padre las más excelentes, las que lo desarman, las

que alcanzan más gracias porque, como decía las almas **disponen** de mis méritos infinitos que hago suyos, para que en mi unión y con esos sufrimientos profundos producidos por el **puro amor** al verme ofendido, los ofrezcan Conmigo al Padre para que lo conmuevan y lo hagan derramarse en torrentes de gracias para el mundo.

Es muy fino ese tormento del alma, porque es muy puro y nacido del amor en ese dolor íntimo causado al verme ofendido por otros. Y claro está que el alma que este tormento siente evite con mucho cuidado las ofensas propias, tan sólo lastimarme le duele y no quiere disgustarme ni de lejos. Ha crecido en ella el amor afinado por la unión transformante, en la que el alma, atraída por la unidad, sólo vive para Dios y se pierde en la Trinidad; por eso, sufre y siente, como Yo mismo, Dios-hombre, sufría y sentía.

Pero, el escalón para alcanzar esa gracia es la transformación en Mí. Por eso el día que mis sacerdotes sean otros Yo, sentirán como Yo, amarán como Yo y se perderán en la unidad como me pierdo Yo, que sólo vivo de mi Padre, y en mi Padre, y en unión del Espíritu Santo.

Que las almas pidan sin cesar, que ofrezcan cuanto son, tienen y pueden, porque Yo sea glorificado en mis sacerdotes transformados en Mí. ¿No ven, no palpan las riquezas infinitas y divinas con que se adornarían esas almas predilectas de mi Corazón? ¿No comprenden el empuje celestial que tendría ese mundo de almas detenidas en lo material por falta de obreros santos, activas, celosos de mi gloria, que vieran

mis intereses como propios, que sufrieran por lo mío, como si fuera Yo mismo el que sufriera?

El velar por mi honra de esta manera íntima y sentir en sí mismos los sacerdotes los pecados del mundo, y no sólo un sacerdote aislado, sino todos los sacerdotes en Mí, ¿no piensan el empuje que tendría mi Iglesia en esa unión íntima de mis sacerdotes, que llevaría las almas hacia Mí para ser el único blanco de sus aspiraciones?

Tengo hambre de limpieza en los corazones, tengo sed de amor puro, de amor desinteresado, de amor santo, unitivo y transformante, y lo quiero en mis sacerdotes y de mis sacerdotes, unos Conmigo en el Padre y en el Espíritu Santo.

Además, cuando el alma llega a transformarse en Mí, es cuando perfectamente cumple con el precepto de amar a Dios sobre todas las cosas y por ende a las almas como a sí misma.

Cuando un alma sacerdotal siente intensa y vivamente las ofensas hechas a Dios y le duelen como a Mí me duelen, y **sólo por ser ofensas** a un Dios todo Bondad que sólo merece sumisión, adoración y amor, entonces está en su papel, y su amor se aquilata y se purifica de toda la escoria humana, de todo propio interés. Tiene este purísimo amor relación íntima con la contrición perfecta, que tiene virtud para borrar todos los pecados, por la eficacia de la fe viva y de la caridad que todo lo purifica para el cielo.

Esta gracia de **sentir** las ofensas hechas contra un Dios misericordioso como propias, es ca-

si un martirio, pero **martirio** de amor; es contrición que limpia y consume toda escoria del alma y llega a la unión más íntima con Dios, de amor a Amor, de caridad a Caridad.

Y claro está que el que siente el dolor de verme ofendido por otros, mucho más siente las ofensas propias, y todo entra y se pierde en el mismo fuego, y todo se consume en las mismas llamas.

El alma se limpia de las ofensas propias y alcanza con su dolor, unido a mi dolor y a mis infinitos méritos, las expiaciones y las gracias para otras almas.

Pero esta perla, esta gracia, sólo se le regala a las almas transformadas en Mí, en más o menos grados; a las que son ya no **ellas** sino **Yo en ellas**, con todos mis sentimientos y quereres, consumadas en la unidad de la Trinidad, que es lo que vengo buscando en mis sacerdotes, sobre todo; esa comunicación que transforma y en donde comienza una nueva era de especiales y estupendas gracias del amor del Padre.

Pero estas gracias de amor crecidísimo, de altísimos secretos de la Trinidad, no vienen a las almas antes de esa consumación que no es fin sino principio, que es sólo dejar el paso libre, la puerta abierta para los santos y adorables derroches de amor del Padre y de comunicación fecundísima de la misma Santísima Trinidad".

CVII

YA NO BASTAN SACERDOTES BUENOS

"Aunque Yo sea Amor, quiero el amor humano, porque mi Amor es un imán que atre al amor; el amor divino tiene virtud de atracción. Y ¿por qué? por la unidad, que tiende a hacer uno de todos los amores de la tierra y del cielo. Precisamente porque Dios es amor y la criatura tiene el reflejo de Dios, algo de Dios, a Dios mismo en su alma, es lógico que Dios atraiga a Dios, que lo divino atraiga a lo divino, Dios inmortal al alma inmortal, salida de su seno santísimo.

El hombre quiso, con el pecado, romper esa alianza que lo unía con el cielo, ese ser de amor y de gracia con que fue creado; y por eso Dios, en su infinita caridad para con el hombre, no le dejó rodar y perderse; y para reconquistar el derecho de origen que tenía sobre el hombre —derecho nacido del amor, lazo indestructible entre Dios y el hombre—, quiso obligarlo a que lo amara con un mandamiento especial y absoluto.

No quiso Dios que se perdiese el hombre al ser engañado por el demonio que lo apartó del amor y rompió por el pecado ese lazo íntimo con su Dios-Amor, esa substancia divina que lo deifica y eleva de la tierra al cielo.

El amor es unidad y, por ser algo de Dios, tiene que volver a Dios el amor de la tierra, divinizado por el mismo Amor, que es el Espíritu Santo. El amor es uno, y aun el amor humano legítimo y puro desciende del amor divino.

El amor es la felicidad porque es Dios y en Dios todo es dicha y deleitable fruición de amor en la unidad de la Trinidad. Y si busca Dios el amor del hombre, no es porque le falte a El ventura completa, sino porque en el hombre se ve a El, a su reflejo que es El, a su unidad que se ha extendido a las almas, pero que forman —en la substancia del Amor— una sola cosa con El. Por eso persigue el Amor-Dios al amor del corazón humano, porque depende de la unidad del amor, del Amor eterno y sin principio, puesto que Dios, al crear al hombre por amor, quiso comunicarle como principio de su substancia inmortal, el amor.

Y por aquí pesarán lo que Yo sentiré al ver el poco y errado criterio del hombre, que se aparta de su felicidad y se precipita en su desgracia eterna; porque el pecado destroza el amor y esto sólo bastaría para ser infierno: la eterna desgracia del alejamiento del amor, de la privación del santo amor.

Dios sólo puede amar a Dios; a las criaturas, sólo por lo que tienen de Dios. Y como la substancia de Dios es el amor, cuando en la criatura se rompe esa fibra santa que lo une con el cielo, que lo asemeja a Dios, que refleja su esencia y su unidad, quedan rotos los vínculos del amor y apartado el sarmiento de la Vid; y ya no sirve sino para arder en eterno fuego.

Y este es el punto capital que vengo buscando: el de enamorar a mis sacerdotes del Amor, por el Espíritu Santo, que personifica al Amor; y por ellos, como en un nuevo Pentecostés, renovar la tierra en el fondo de los corazones, recordándoles su principio de amor y su fin de

amor, haciéndoles ver que la falta de amor divino, ese querer desunirse y apartarse de la unidad del Amor es su ruina.

Quiero por mis sacerdotes santos, transformados en Mí por un amor verdadero y profundo de convicción, restaurar mis derechos en las almas; hacer que estudien a su Cristo, que se enamoren de la Divinidad en su Cristo, para que por El, es decir, por Mí, pasen a la Trinidad y se pierdan en la unidad.

La tierra está inundada de cieno, entenebrecida por Satanás, y sus secuaces; y necesita luz, y con la luz, pureza, fe, caridad, esperanza y amor.

Las generaciones pasan revolcándose en lo material, sofocadas en pasiones rastreras, y se apartan de la Iglesia, olvidan y pisotean mi Ley. El mundo se hunde, porque se ha degenerado sin Dios; y conmovido mi Corazón de amor, **quiero volver a la tierra** para levantar a los corazones y divinizarlos; pero esa vuelta a la tierra la realizaré **en mis sacerdotes transformados en Mí**, de manera que **todos uno**, ellos en Mí y Yo en ellos, renueven a las almas y a las naciones enteras por el amor y con el amor.

Mas para esta reacción universal, debe la Iglesia preocuparse mucho en la **formación** y transformación de sus sacerdotes en Mí. Ya no basta que tenga la Iglesia ministros buenos y fieles y amantes de la Santa Sede y sumisos y virtuosos; vengo en estos tiempos, en que la impiedad y los vicios y el infierno mismo se han enseñoreado del mundo, a levantar más alta mi bandera, la bandera de la Iglesia, y a elevar muy

alto mi voz, en el Papa y en los Pastores, para pedirles no sólo un clero bueno, fiel y virtuoso, sino más aún: una legión de sacerdotes santos, trasformados en Mí mismo, que cubran la faz de la tierra, que la evangelicen con palabras y con obras. Más todavía: y que Yo en ellos y formando un solo Jesús Salvador derroquen las religiones falsas, las sociedades secretas, los engañosos sofismas y saquen a las almas de su error y las salven.

A los grandes males, grandes remedios; y el remedio actual, **el único remedio**, soy Yo, Jesucristo en mis sacerdotes transformados en Mí, Yo, que amo a la tierra que hollé con mis plantas, en la que nací y morí como Dios hombre para lavarla, purificarla y salvarla.

Un nuevo enfurecimiento satánico ha brotado del averno contra mi Iglesia, contra lo espiritual y santo, y envenena criterios y corazones; pero el Espíritu Santo, por María Inmaculada, vendrá y triunfará, y aplastará con la pureza y la cruz a la infernal serpiente.

Insistan, lo repetiré sin cansarme, y no cesen, y por cuantos medios puedan, de pedir con insistencia esa evolución de mis sacerdotes en Mí, para que muera el hombre viejo y renazcan en Mí —por el Espíritu Santo que han recibido— y se hagan otros Yo por la unidad de sentimientos, deseos y miras para glorificar a mi Padre en las almas.

Si mis sacerdotes aman a la Iglesia, si aman su vocación, si aman a la Santa Sede, si aman a las almas, si **me aman a Mí**, la manera de probar este amor será **su transformación en Mí**, para

poder hacer de ellos un poderoso escuadrón contra el infierno; y más aún: una unión perfecta, pura, santa, profunda e indisoluble en Mí mismo, poseyéndolos, impregnándolos de mi substancia divina para que den fruto y atraigan las miradas de complacencia y las bendiciones de mi Padre amado, que se gozará al verme reproducido en mis sacerdotes, todos uno en Mí, en la unidad de la Trinidad.

CVIII

PREDESTINACION

"Yo, como Dios que soy, todo lo tengo presente, pues para Mí no hay futuro; y en este sentido veo, como en un punto eterno, lo pasado y lo porvenir. Pero eso no quiere decir que ya las almas vengan destinadas, desde al concebirlas en mi mente y darles la vida, a su perdición eterna.

¿Entonces para qué necesitaban Redención que fue universal y que tan relacionada está con esas almas pecadoras que a toda costa vine a salvar? Si ya las almas estaban destinadas, unas para el cielo y otras para el infierno, entonces, ¿para qué mi título de Salvador? ¿Para qué el abajamiento incomprensible de la Encarnación del Verbo, para qué mis enseñanzas, pasión y muerte? Todos los misterios de la Redención y mi Iglesia con sus sacramentos no tendrían objeto, serían una comedia, una burla, una irrisión; cosas que no pueden caber en un Dios, ni en su Sabiduría, ni en su Bondad, ni en sus planes infinitos de amor.

El hombre y **todo hombre** es creado para salvarse sin excluir a ninguno y con los medios necesarios para ello.

Todos los hombres—aun los que viven fuera de la Iglesia— tienen la conciencia del bien y del mal; todos llevan el reflejo de la Trinidad más o menos velado; todos llevan en su alma un punto de luz que ilumina el fondo de sus almas y el libre albedrío para escoger lo bueno o lo malo. Los que viven engañados, pero de buena fe, y son buenos se salvan, Dios es justo y mide las cosas con la caridad de que El es la fuente. Si las almas se condenan es porque quieren condenarse. Porque con la libertad de su libre albedrío escogen, o amarme, sujetando sus inclinaciones malas, o aborrecerme, dando rienda suelta a esas pasiones y apartándolas de mi Ley.

Se salvan más de los que se condenan; si pasara lo contrario sería inutilizar la Redención para muchos y darle el triunfo a Satanás, mi enemigo irreconciliable. Se salvan más, y en la balanza del día del juicio triunfará plenísimamente el Hijo de Dios y Satanás quedará vencido. Nadie sabe, a nadie le es dado penetrar lo que pasa entre las almas y Yo, en los últimos instantes de su vida.

Y si sólo hubiera cielo o infierno, ¿para qué habría purgatorio? El purgatorio es una prueba clara y un beneficio de los más grandes del amor de un Dios: es una fibra de su ternura precisamente para limpiar y purificar a miles de almas que salva a última hora. A la mansión de eterna limpieza, no puede entrar nada manchado, y para eso es ese lugar de expiación, para

pagar allí lo que faltó de pagar al alma. Pero esas almas son ya mías y Satanás, en la última lucha entre su malicia y mi caridad, queda vencido.

Cierto que el purgatorio es para pagar las pequeñas deudas y que los que mueren en pecado mortal no entran allí sino que se condenan; pero en la formidable lucha del alma pecadora con la misericordia de todo un Dios crucificado, innumerables veces triunfa mi Sangre, triunfa la gracia del Espíritu Santo.

Nunca deben las almas pensar que están destinadas para el infierno, porque aparte de ser una gran ofensa a mi infinita Bondad, es la tentación más peligrosa que puede Satanás poner a un alma para hacer que se desespere e inducirla a que se arroje sin freno a todos los vicios. ¿Qué puede contener a un alma tentada de ese modo?

Yo soy la verdad, y la verdad es que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Vine a salvar a los pecadores y no quiero que Satanás arranque de mi Iglesia y de mi Corazón ni a la más pequeña de las almas; aunque tratándose de almas ninguna es pequeña para Mí, sino todas grandes y valiosas, porque llevan el sello de la Trinidad.

Y precisamente para salvar a esas almas, que son la pasión de todo un Dios, y más las almas sacerdotales, quiero reforzar mi Iglesia, elevarla y engrandecerla más y más con los sacerdotes transformados en Mí, otros Yo en la tierra, sólo con el fin de dar más lustre, más santos sacerdotes a mi Iglesia y más almas, mi-

llones de almas, para glorificar a mi Padre eternamente.

Ya verán si esto se compagina con ese sentir errado de la predestinación que acarrea tantos errores y desalientos en las almas, echando a rodar los misterios y aun los atributos de Dios. Ese error ni en sombra debe tocar a las almas, y los sacerdotes deben desterrarlo, borrarlo y anatematizarlo, puesto por esa brecha se introduce Satanás y logra abundante cosecha para el infierno con sutiles pretextos de estudios e interpretaciones que menoscaban el atributo santo de la infinita misericordia de Dios.

Un nuevo impulso elevará a mi Iglesia amada y con ella a millones de almas por mis sacerdotes hechos Jesús, por esos sacerdotes que contemplo ya conmovido y entusiasmado, transformados en Mí y que pelean a brazo partido con el infierno y sus sucuaces. Pero triunfarán; y el impulso para mi Iglesia será muy poderoso y la gloria para mi Padre no alcanzará límites.

Ya verán si me interesará que se lleven a efecto estas confidencias del amor infinito de un Dios para con la Iglesia y sus ministros y para el bien de innumerables almas. Y que no vuelvan a pensar y a turbarse con ese error que descorazona: que ya de toda la eternidad está determinado quién se condena y quién se salva, porque eso nulifica la Redención, la Iglesia y aun a mi mismo e infinito amor.

Claro está que Yo sé —¡y cuánto me duele el alma!— quién se condena, porque veo el futuro como presente; pero conocer no es deter-

minar ni destinar. Y sin embargo, mi grande, mi infinita misericordia, lucha hasta el último momento con el pecador impenitente y ¡a cuántos salvo, a pesar de que ponen todos los medios para perderse, **con gracias extraordinarias** que Dios se reserva en su infinita caridad! ¡Y cuántas de esas almas me glorificarán más después, porque **me deben más,** y a la luz de la eternidad comprenden la magnitud sin límites de mi amor! Estas son **especiales gracias gratuitas** y estupendas, pero que existen y se aplican según mi voluntad. Por tanto, sólo se pierden en general los que, aferrados al mal e incommovibles a las insinuaciones, ofrecimientos y mociones del Espíritu Santo, quieren condenarse.

El reinado del Espíritu Santo, extendido por mis sacerdotes transformados en Mí, traerá luz, disipará tinieblas, alumbrará la verdad y dará la vida sobrenatural a las almas para salvarlas.

Muchas gracias se ciernen ya sobre el mundo, esperando sólo **el conducto** por donde han de venir a raudales a la tierra para transformarla y restaurarla en Mí; pero ese único conducto será en mi Iglesia, **las sacerdotes transformados en Mí.**

Ya verán si tienen mis sacerdotes el irrecusable e imperioso deber de procurar **activamente** esa transformación, de santificarse y de unirse todos en uno, en Mí, con la poderosa y divina fuerza de la unidad en la Trinidad".

CIX

COMUNION DE LOS SANTOS

"También en mi infinita Bondad, tengo un recurso poderosísimo —unido a mis méritos naturalmente— para salvar a las almas pecadoras y obstinadas en los últimos instantes de la vida, y este recurso es **la comunión de los santos.** Es poco explicado por mis sacerdotes este misterio muy capital, entre los múltiples recursos que tiene mi Iglesia. Yo quisiera que lo dieran a conocer más y más y que las almas apreciaran su eficacia. Este es un elemento santo, de resultados consoladores y a veces infalibles, porque a la oración Dios no resiste.

Los pecadores tienen con la comunión de los santos un gran recurso, una mina, un filón que explota la misericordia y la infinita caridad de Dios en su favor.

¡Oh, qué madre es la Iglesia y qué grande la bondad de Dios que no deja caer ni desperdiciar una sola migaja de las buenas obras, de lo más pequeño que se sobrenaturalice!

Muchas almas se salvan, repito, en las últimas luchas entre Satanás y la gracia, por la comunión de los santos; por esa cadena no interrumpida y poderosa de gracias compradas y que Dios aplica según su voluntad saberana. Que mis sacerdotes expliquen a los fieles, repito, este punto encantador y provechoso de la comunión de los santos.

Esta gran verdad es poco apreciada y se predica menos, cuando son grandes sus conquistas en el mundo de las almas pervertidas, a quie-

nes, sin saber de dónde, les viene la gracia, las conmueve y las convierte. Es un recurso que aplico en favor de los impenitentes; es una moneda que tomo en mi infinita caridad para con los pecadores, de esa alcancía de la Iglesia, con la que pago deudas y compro gracias extraordinarias para salvar a las almas en los últimos instantes de la vida.

¡Si pudieran ver las sorpresas de esas almas pecadoras al encontrarse con la misericordia infinita de mi Corazón! ¡Si pudieran contemplar cómo después de una vida de crímenes inauditos, de odios a la Religión, de aborrecimiento a la Iglesia y de miles de ofensas hacia Mí, en un instante se truecan contritos y humillados ante mi Bondad misericordiosa, y quisieran reparar y comprar a cualquier precio el amor y la gratitud más grandes que borran su vida pasada, y se arrojan confundidos en mis brazos, y triunfa en ellos la gracia! Por eso en el cielo hay tanta fiesta por un pecador convertido.

Conquistas ignoradas hasta la eternidad se registran día por día, compradas por la comunión de los santos; es decir, por mis méritos infinitos que dan valor a ese conjunto de actos buenos y santos de que dispone mi Iglesia, hechos por sus fieles hijos.

Cuántas veces actos heroicos, ignorados, que sólo Yo veo y que se hacen por amor de Dios en un rincón del mundo, me sirven a Mí para salvar a alguna alma, para alcanzarle gracias y que salga del mundo purificada, para presentarla, como trofeo de la victoria de la gracia, a mi amado Padre.

Y ¿cómo no había de tener mi Iglesia recursos para sus hijos en la vida, en la muerte, en el purgatorio, si nació de mi costado, si es la Esposa del que todo es amor y caridad?

¿Creen que en las guerras, por ejemplo, en las que mueren miles y miles, no estoy Yo allí con todas y cada una de esas almas, para aplicarles las gracias de la comunión de los santos, para bañarlas en mi Sangre y alcanzarles con la contrición el cielo? Basta para Mí un solo instante de contrición amorosa para borrar años y más años de crímenes, de implacables odios y de pecados mil.

Y ¿María? Otro recurso inmenso que tienen las almas pecadoras para salvarse. Ella con sus ruegos y sus gemidos alcanza miles y miles de gracias de última hora para los pecadores, suscita en ellos la contrición y los salva. Nada le sé negar a esa Madre de misericordia; y cuando Ella se interesa por un pecador que la implora, despliega ante el tribunal de Dios su actividad amorosa y alcanza la salvación de muchos.

Es María el mayor recurso para las almas todas. Y ¿qué diré de las almas sacerdotales? María las ve **más suyas**, porque están íntimamente unidas a su Corazón, pues que llevó en su seno purísimo la fibra santa del Sacerdocio eterno de que ellos participaban. y con más razón será María para los sacerdotes la Puerta del cielo y la dispensadora de todas las gracias.

Si se estudia a mi Iglesia, si se desciende a su fondo de caridad, se comprenderá algo de la infinita Bondad de Dios al establecerla con todo el reflejo de la caridad divina. Con ella,

sólo el que quiera condenarse se condena, pues que tiene en la Iglesia todos los elementos necesarios para salvarse.

Si permito luchas, tentaciones y cierta libertad a Satanás para tentar a las almas, es sólo para poner en las manos de los míos un medio de merecer, porque en las luchas están las victorias que más me glorifican.

Si permito las tentaciones, no es para precipitar a las almas, sino para acrecentar su corona en el cielo. Jamás abuso de la fuerza del alma, y en mi infinita Sabiduría y Caridad proporciono las tentaciones a las gracias, y los dolores y las cruces a las fuerzas, para sacar bien y nunca mal.

¡Oh si se **entendiera**, si se **penetrara**, si se **comprendiera** algo siquiera de la Caridad de Dios! ¡Si mis sacerdotes elevaran a las almas para que me vieran, no como a un Nerón, sino como a un Padre siempre dispuesto a perdonar, a olvidar y a salvar!

Muy útil y aun necesario es predicar mi Justicia, pero más lo es infiltrar en las almas el reinado de la confianza, de la misericordia y del amor; y esto harán los sacerdotes transformados en Mí. Porque a todo se resisten los corazones **menos al amor**, porque llevan en ellos **una fibra de amor** que responderá siempre, más o menos tarde, al Amor de un Dios: que todo lo que puede ese Dios lo ha hecho para salvarlos.

Y como soy el mismo Jesús en el cielo que en la tierra, y como mi Corazón no ha cambiado en sus sentimientos de amor y de ternura para con los hombres ingratos, fácilmente me dejo

mover por los ruegos de María para derramar mis gracias; fácilmente recurro también, para salvar a las almas, a los medios ordinarios de mi Iglesia, a la comunión de los santos. Y también me moveré, **Yo lo prometo**, por las oraciones y peticiones de los sacerdotes transformados en Mí, para llevar esas peticiones de los sacerdotes, en el eterno Sacerdote, al trono de mi Padre, y volver de ahí con las manos llenas de gracias, ordinarias y extraordinarias, para las almas, que se derramarán por los sacerdotes otros Yo en las almas pecadoras y empedernidas.

Yo, el Verbo del Padre, soy el mayor recurso salvador para conseguir de mi Padre lo que nadie consigue. Y si mis sacerdotes son otros Yo si se presentan a mi Padre como si fueran Yo mismo, con mi humildad amorosa, mis méritos y mi caridad, nunca dejará mi Padre sin despachar favorablemente sus peticiones, en virtud de que **son otros Yo**, de que ve en ellos a Mí; y entonces, si mis sacerdotes son otros Yo, podrán también tomar de la valiosa moneda de la comunión de los santos, y por este medio pedirán la conversión y las gracias que necesitan muchos pecadores. Es una mina de gracias la que tendrán a su disposición los sacerdotes transformados en Mí para explotarla, y así me ayudarán poderosamente a salvar a las almas rebeldes y al triunfo del Espíritu Santo sobre el infierno".

CX

DIOS ES JUSTO EN LA CONDENACION DE LAS ALMAS

Yo no escogí a las personas que intervinieron en mi Pasión; fueron sin duda instrumentos de que Dios se valió para la consumación de este misterio admirable, adorable y santo de la Redención; pero la malicia, los sentimientos aviesos, la maldad de esos corazones fueron cosa suya. Y lo condenable en ellos no son tanto las persona ni, en cierto sentido, los hechos, como la negrura de sus almas, la malicia infernal que los movía, la culpa interna, la malicia que impulsa sus actos de odio y de ingratitud para mis beneficios: en una palabra, la obstinada ceguedad, consentida y aceptada, de que se hicieron reos.

Eso es lo condenable. En Dios no puede haber injusticia. Una por una, esas personas tuvieron muchas veces ocasiones de conocerme, y la despreciaron. Les di repetidas muestras y motivos poderosos para mover sus corazones empedernidos en el mal y llenos de rastreras pasiones. A unos los dominaba la soberbia, a otros los respetos humanos, a muchos el deseo de quedar bien con los grandes y no perjudicar sus intereses materiales, etc.

Yo hablé y enseñé e hice milagros sin cuento en público; y unos, los sencillos, los puros y los humildes me creyeron; y otros, cegados por la ira, la impureza y otros vicios, me aborrecieron.

A Judas, ¡cuánto hice por salvarlo hasta lo último, cómo traté de conmover su corazón con gracias y ternura no imaginables!

A Caifás y a los sacerdotes, ¿cuántas señales patentes a sus ojos, en mi vida y en mi muerte, de que era un Dios al que habían crucificado? A Pilato, ¿no estaba dispuesto a explicarle lo que era Yo, la Verdad, el Camino, la Vida?

No, no hubo injusticia de parte de Dios en esos instrumentos necesarios para que el Hijo de Dios fuera inmolado y muerto por los pecadores; porque en esos pecadores estaban comprendidos **ellos mismos** y todos mis enemigos; porque la Redención fue **universal**, no se limitó a ciertas personas, clases o naciones. Mi Sangre fue derramada, no solamente para unos, sino por todos, y mi Evangelio y mis gracias fueron para justos y pecadores.

Además, ¿quién puede saber a ciencia cierta —sino Yo mismo— quiénes de ellos se salvaron y quiénes se condenaron? ¿No pedí perdón a mi Padre para los que ignoraban lo que hacían y no se daban cuenta de la magnitud de su crimen, en aquellos terribles y dolorosos momentos de la crucifixión? ¿Qué hice siempre durante mi vida mortal, en mi Pasión, en mi Muerte, en mi Resurrección, sino beneficios? ¿Cuántos toques internos de la gracia les di a las almas? ¿Qué, no dejé romper mi Corazón sólo para manifestar mi amor y para que cupieran ahí los hombres y se salvaran con mi ternura?

Nadie puede tachar a Dios de injusto, y Dios sí puede echar en cara al hombre su poca misericordia y caridad, y su falta de perdón para con

sus semejantes. Yo sí que deploro y lamento la poca o ninguna gratitud que recibo de tantas almas, sobre todo de las consagradas a Mí, que no pesan ni saben apreciar la infinita ternura del amor de todo un Dios para con ellas. ¡Oh! ¡si a lo menos por mis sacerdotes y por los que se llaman míos fuera comprendido mi amor infinito!...

Otro punto que quiero tocar para desvanecer ese sentir erróneo de la predestinación es éste:

Lo que una vez hago, lo que ha salido de Mí, no lo destruyo, y destruir es para Mí un alma que se condena, en el sentido de que se arranca como sarmiento, como rama, del Arbol de la vida que soy Yo, que es mi Iglesia. A lo que doy la vida, a lo que saco de la nada y más a lo que sale divinizado por el Espíritu Santo del seno del Padre, **es para siempre.**

A mis obras, y más al hombre que es la obra más perfecta del Creador, le doy la vida sólo para que me glorifique eternamente; su alma es inmortal y su cuerpo, pasada la destrucción de la carne por el pecado, será también inmortal, resucitará y volverá a unirse con el alma para el cielo o para el infierno. Este es un dogma de fe.

Pero insito en que, al crear al hombre, no es para perderlo, para condenarlo; sino para mi gloria, **para salvarlo**, para que tenga vida en abundancia, la verdadera vida de la gracia y de la gloria, y no la muerte eterna.

Por tanto, todas las almas han sido creadas por Dios para ser felices en el cielo; y si se

condenan, es porque a sabiendas y con toda malicia quieren condenarse. Si esto no fuera así, sería darle el triunfo a Satanás, sería concederle la victoria a sectas falsas y no a la única religión verdadera, la única que abre el cielo: la católica, apostólica, romana.

¿Sería posible que a la postre quedara burlado Dios, el Verbo hecho hombre, y envilecida, derrotada y mermada la Redención? No. Y por eso a cada impulso arrollador del infierno viene otro impulso superior del Espíritu Santo en la Iglesia, que destruye y sofoca los bríos satánicos y los aplasta.

¿Creen que el Espíritu Santo, y con El la Trinidad beatísima, saliera derrotado y vencido? Eso ni de pensamiento. Seguirá la lucha entre los dos espíritus, el bueno y el malo, mientras el mundo exista; pero triunfará sin duda el Verbo Encarnado, la Iglesia santa, la Cruz de Cristo; y juzgarán al mundo Conmigo todos los sacerdotes transformados en Mí, es decir, Jesucristo, Sacerdote Entero, en quien todos los sacerdotes están fundidos, en la unidad de la Trinidad.

Pero entre tanto, ellos en Mí, y Yo en ellos en la tierra, continuaremos la lucha contra el infierno, para arrebatarle almas y más almas por el amor y el sacrificio amoroso. Una nueva cruzada por el Espíritu Santo en mis sacerdotes transformados en Mí será la gran palanca para elevar a las almas pecadoras de sus vicios al cielo.

Pero si sé salvar y repartir mis gracias extraordinarias para triunfar del demonio y salvar

a las almas de los pecadores, en mi providencia ordinaria me valgo de los elementos de mi Iglesia, puestos por Mí con este fin, el de la salvación de las almas.. Y para estas conquistas necesito a mis sacerdotes santos, transformados en Mí, para que con mi atractivo divino salga de ellos virtud que convierta, que conmueva y salve a muchos corazones.

A medida de la transformación de los sacerdotes en Mí serán sus conquistas. Mientras sean más Jesús, tendrán más almas que ofrendar a mi Padre, más virtud de atracción, más luz para descubrir los lazos satánicos y más caridad por su unión con el que es todo Amor, Bondad, Misericordia y Perdón.

Por ser todopoderoso, no necesito de nadie; pero **quiero necesitar,** y mi eterna Sabiduría puso su plan salvador en mi Iglesia para sacar de ahí, es decir, de mi mismo Corazón— que es esa Iglesia amada— los elementos que me ayudaran en la tierra a conseguir que las almas se salven y sean dichosas eternamente. ¿Qué ha de querer todo un Dios caridad, un Dios amor, un Dios feliz en Sí mismo, sino compartir con las almas esa caridad, ese amor, esa felicidad eterna?

Pues bien, a mis sacerdotes, que son mis almas consentidas, mis almas de elección, les toca secundar mis planes; y para secundarlos con perfección, para que no sean tan sólo campanas que suenen y árboles sin fruto, necesitan a toda costa su transformación en Mí, que Yo sabré en mi infinita magnanimidad y largueza recompensarlos.

Y esa recompensa soy **Yo mismo**; pero esa visión deleitable, esa unión más que angélica, esa compenetración profunda e inagotable de dicha en las dichas, de gozo en los gozos, que se interna en los abismos de los secretos divinos de la Trinidad, no tiene comparación ni se puede comprender en la tierra.

En ese premio eterno se despliega la munificencia de todo un Dios Amor; y nada son esos trabajos, desvelos y aun martirios de mis sacerdotes, no para merecerlo, sino para hacerse menos indignos de tanto amor de la Trinidad.

¿Ven cómo me ama y me trata mi Padre en el cielo? Pues bien, Conmigo y unos en Mí, los verá el Padre, y recibirán todo el torrente de delicias sempiternas, por su transformación en Mí".

CXI

RESURRECCION DE LA CARNE

"El cuerpo resucita en virtud de que Yo glorifiqué a la carne con el contacto purísimo de mi Divinidad; y para esa resurrección la carne tiene virtud sólo por Mí. Esa doble caridad, que el hombre nunca agradece, fue efecto de la Encarnación del Verbo. Porque nada de lo que toca a la Divinidad se destruye o perece; menos el hombre, de quien el Verbo quiso tomar su misma substancia humana, su carne mortal, su materia misma.

Y mi resurrección es la prenda segura de la resurrección de los cuerpos, no por virtud

propia, como la mía: sino por mi virtud, que quise concedérsela al hombre, como una gracia participada, por el contacto de mi Divinidad con la carne humana. Sólo que, por el pecado original, la carne sólo puede tener esa transformación de crisálida en mariposa, por un milagro estupendo de mi Poder infinito que, con el divino Soplo, rehace y vuelve a unir eternamente el cuerpo con el alma que le cupo en suerte, ya para salvarse, ya para condenarse, según sus obras.

Es como un deber de justicia para Mí, a la vez que de misericordia, la unión del alma con el cuerpo, a quien animó y con quien pecó y mereció también. No sería Dios justo, si una carne que se sacrificó en la tierra en su honor, pereciera para siempre sin tener su recompensa. Dios es justo y no deja sin premio ni un ápice de los sacrificios que el hombre hace por Dios en su cuerpo o en su alma; es justo en glorificar o en castigar eternamente el cuerpo, instrumento del alma que se santificó, reprimiendo sus apetitos sensuales, o que lo ofendió, siguiendo sus inclinaciones pecaminosas.

Amo no sólo a las almas, sino también a los cuerpos, envolturas de esas almas y templos vivos del Espíritu Santo.

Claro está que el alma con sus potencias induce al cuerpo al bien o al mal; pero el cuerpo, aunque materia muerta sin el alma, presta su concurso mientras el alma lo alienta, y sirve para el bien como para el mal.

Por eso también debe participar del premio o del castigo, porque el hombre no es sólo

alma ni sólo cuerpo sino, las dos cosas; aunque el cuerpo debe estar subordinado al espíritu, que lleva la imagen divina de la Trinidad, y prestarle su concurso para la mortificación y la Cruz. Mientras más padezca el cuerpo por Cristo, más glorificado será con Cristo.

Y muy grande misericordia mía es también glorificar la carne sólo por el contacto que tuvo con el Verbo que la purificó, la divinizó, y le comunicó con ese purísimo contacto el derecho de la resurrección en el último día.

Amo a esa carne humana de la que se revistió un Dios hombre; y entre otras cosas ¿saben por qué? —Porque me ayudó con su concurso a padecer, a redimir **con dolor**, el género humano. Por eso a mi Carne misma, a la que tomé en el seno purísimo de María, la resucité luego sin esperar la resurrección del fin del mundo, pues fue impecable; y, además, para dar con ella la garantía de la resurrección final. Porque si tuvo un Dios hombre poder para resucitar por Sí solo, ¿cómo no lo ha de tener para resucitar a todos los muertos de todos los siglos?

Yo vencí a la muerte, y de aquí que los muertos obedezcan mi voz, de lo que di algunos ejemplos a mi paso por la tierra. Era imposible a la ternura de mi Corazón permitir que los cuerpos, parecieran y fueran destruidos para siempre, estando mi Cuerpo glorificado.

La Encarnación tuvo ya, entre sus inmensos actos de caridad para con el hombre, éste de la resurrección de la carne, en virtud de haberse unido la Divinidad con la carne; y éste es un punto en el que casi no se piensa, ni se agradece, a pesar de ser un inmenso beneficio.

Porque Dios no hace las cosas a medias, y al unir el alma con el cuerpo, sabiendo que el pecado había de traer la muerte al mundo; y al enviar a su Verbo, al dar a su propio Hijo para redimir al hombre, en su infinita caridad, ya tenía preconcebida la resurrección de la carne; tanto en virtud de que lo que hace Dios no lo deshace, cuanto por haberse unido en unión hipostática la naturaleza divina con la naturaleza humana; la Persona divina con la carne humana, aunque pura y limpia, tomada de una Virgen sin mancilla, para reparar con esa pureza las manchas de cieno en el cuerpo del hombre.

Necesitaba venir a la tierra una carne inmaculada para purificar la corrupción del hombre, y más aún, para que la redención de esa carne corrompida alcanzara nueva vida el día de la resurrección final.

Por lo tanto, la Redención del Hijo de Dios en el mundo, no sólo fue para las almas, sino que también con ella compró los cuerpos, fueron también redimidos los cuerpos de la eterna destrucción y guardados como cosas santas que se deben respetar, por llevar algo del sello de la Divinidad, que no desaparece, sino que **espera** el día de la Resurrección.

La destrucción de los cuerpos es efecto del pecado que mancha el alma y el cuerpo; pero la rehabilitación de los cuerpos es efecto de la Encarnación y de la Redención del Hijo de Dios, Verbo y carne, que no hace las cosas a medias sino completas para manifestar su munificencia, su grandeza, su poder y su caridad infinita.

Así es que el Soplo del Espíritu Santo hará la resurrección de la carne, y entonces las almas

se unirán a sus propios cuerpos para que glorifiquen a Dios, ya sea en la eterna dicha, o en el penar eterno, en el infierno, que ambas cosas lo glorifican en sus atributos.

Esta resurrección de la carne participa de la transformación en Mí, por la unidad; es una participación de mi Resurrección gloriosa, del poder infinito que tuve sobre la muerte cuando resucité glorificado para confirmar mi doctrina salvadora, mi Evangelio.

Si las almas y los sacerdotes se transforman en Mí desde la tierra, esa transformación, ese ser otros Yo, en su vida y en su muerte, alcanza también a la resurrección; no porque ellos no resuciten como todos, sino porque su resurrección será más gloriosa, más divina, en el esplendor de sus cuerpos, en las dotes más especiales con que en el mismo cielo se distinguirán.

A medida que la unión Conmigo en la tierra será la glorificación de los cuerpos en el cielo. Mientras más unión, más compenetración con mi Carne misma glorificada, más luz, más fulgor, más hermosura, más acercamiento a la misma Divinidad. Esa carne que alimentó mi Carne, que se transformó en Mí crucificado, que se sustentó con mi Sangre, que se sacrificó en honor mío, tendrá también más premio, más Yo mismo en el cielo.

Pues mis sacerdotes que fueron otros Yo que tuvieron la dicha de transformarse en Mí en el altar, cuyos labios dijeron centenares de veces, con certeza absoluta: "Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre", justísimamente en la resurrección de la carne se distinguirá esa carne

mía, que se transformó en Mí, se distinguirá de los demás cuerpos resucitados, y más y más, según el grado de unión y de transformación en Mí que tuvo en este mundo.

Hasta allá alcanza mi Bondad y mi santa Justicia a los sacerdotes transformados en Mí; porque voy a descubrirles un secreto y es que la transformación del alma en la tierra alcanza también al cuerpo **aun en la tierra**; y Dios no destruye este elemento que divinizó al cuerpo y que en su destrucción no se aparta de él, como no se apartó de mi Cuerpo cuando murió. Queda el germen bendito en aquellas cenizas que resurgirán gloriosas con las dotes más elevadas, el día bendito de la Resurrección de la Carne, para más triunfo del cuerpo y del alma, para más gloria de Dios.

Hasta más allá de la muerte alcanzará a los sacerdotes transformados en Mí el premio y mis recompensas eternas; las recompensas de un Dios hombre que les participa de su propia gloria a los que fueron otros Cristos en la tierra y apuraron el mismo cáliz y le consagraron sus cuerpos y sus almas.

Y como Dios con nada se queda, sino que abunda y sobreabunda en bondad y justicia; no se conformó con hacer felices a las almas, sino también con sempiterna dicha a los cuerpos que acompañaron a esas almas; y más, mucho más, infinitamente más a los sacerdotes que se transformaron en Mí".

CXII

JESUS-MEDIADOR

"Si soy Redentor, soy también por este mismo hecho, el Mediador supremo entre los hombres y la Trinidad, entre la Trinidad y los hombres.

¡Qué dicha para los hombres tener a un Dios-hombre, aun Corazón de hombre-Dios, que lleva sus mismas entrañas de amor! ¿Qué haría la humanidad, si el Verbo no hubiera tomado su carne misma?

Sólo por esta unión del Verbo con el hombre tienen los hombres derecho al cielo; sólo por el Verbo hecho carne tienen valor sobrenatural sus actos; sólo por el Verbo hecho carne tienen vida en abundancia, —la mortal y la eterna— vida verdadera, porque Yo soy la Vida. En Mí está la Vida verdadera, la Luz indeficiente, la Verdad infalible; en Mí está todo, porque soy el lazo divino que une la tierra con el cielo.

Yo soy el Dios Creador, el Dios Redentor, el Dios Remunerador, la Bondad misma, la Caridad infinita y me gozo como Dios-hombre en amar, no tan sólo como Dios, sino también con las fibras del hombre, con el corazón y con el amor del hombre.

Y este es un punto hermoso, como todo lo de la Divinidad: todo en Mí es presente, es decir, **está siendo;** no sólo fue o será, sino **que es, siempre es,** por el Ser simplísimo e infinito de la unidad.

Para Dios no fue la Creación, ni la Encarnación, ni la Redención, ni la Glorificación, ni

la Resurrección, como cosas pasadas; sino que **están siendo**, se están obrando, y siempre, siempre, lo están glorificando. Porque en el seno de la Trinidad no existe cosa que no lo glorifique: el cielo y el infierno, el pasado, el presente y el futuro; y todo esto, siempre dentro de Dios mismo, en el mismo Seno de su divino Poder.

En este sentido. El **conoce** qué almas se salvan y cuáles se condenan; pero solamente **por ser Dios**, porque dada su ciencia infinita, las cosas no pueden ser de otro modo en Dios. Pero su voluntad amorosa, su Ser de Caridad y el Corazón de Dios-hombre no quieren, no, que ninguna alma se pierda; sino impartir su felicidad, de eternidad a eternidad, a todo ser creado y aun por crear; porque Dios lo tiene todo presente, lo creado y lo que está por crear.

Un espejo refleja a la persona que está frente a él. Pero Dios **refleja todo en Sí mismo**, no fuera de El, sino **en El:** y allí, dentro de esa unidad insondable, cabe todo, está todo, germina todo, se crea todo y abarca todo en la unidad, sin salir de la unidad, y todo lo produce la unidad: seres y criaturas, premios y castigos, ángeles y hombres, cielo e infierno, que lo glorifican eternamente.

Yo estoy en Dios y soy Dios, como segunda Persona de la Trinidad; y hombre unido al Verbo con los lazos indisolubles de la unión hipostática.

Y el Verbo se hizo carne porque quiso; y se ofreció inmaculado al Padre porque quiso su Caridad expiar los pecados de una carne que quería purificar y salvar, para premiar y remunerar al hombre eternamente.

Al tomar Carne el Verbo santificó la carne, enalteció al hombre y le conquistó la resurrección de su carne. ¿Cómo abandonarla, si El se había revestido de la naturaleza humana? ¿Cómo dejarla perder, si le había servido de envoltura a la naturaleza divina, a la Persona divina, a su alma creada, nítida y pura, luminosa y transparente, toda serena, santa y sin mancha? ¿Cómo no remunerar a esa carne que le dio un Corazón, que el Verbo Encarnado toma como centro infinito de su ternura, por su unión con lo divino del amor?

¡Ahí en mi Corazón, cupo el amor divino con el amor humano; el amor de un Dios con todo el purísimo amor del hombre!

¿No vislumbran con esto algo de la grandeza, de la munificencia, de los sentimientos amorosos, divinos y humanos, de un Dios hombre?

¿No contemplan la elevación del hombre, sólo debido al contacto del Verbo de Dios con la carne humana; abajamiento incomparable e incomprensible, a pesar de la pureza del seno inmaculado de María donde se realizó?

Esto asombra al mismo cielo; esto arrebata en éxtasis de admiración y de adoración a todas las jerarquías angélicas. ¿Qué importa el pecado, en cierto sentido, si tenía un Redentor que lo borra con su propia vida?

Siempre Dios sobrepuja en caridad: siempre sale adelante cuando se trata de amor; siempre gana, y no con armas y proyectiles, sino **con amor**, con eterno e infinito amor.

El hacerse el Verbo hombre fue también para tener un motivo, una ocasión, digna de to-

do un Dios, de probar su amor al hombre; para desplegar ante sus ojos materiales la magnitud del amor divino humanado. Se hizo carne para que la carne se divinizara con El, se purificara **en El.** Se abajó, se anonadó hasta el hombre, para que el hombre se hiciera en cierto sentido Dios y se consumara en su unidad.

Pero uno de los fines principales que persiguió el Verbo al hacerse hombre fue el de formar, **en El y con El,** al sacerdote, **haciéndolo** semejante a El, transformando la misma carne humana en El al divinizarla. Y para esto, para tener ese grupo escogido en la tierra, esa legión de criaturas más que angélicas, formó la Iglesia para que los alimentara y los educara en su seno para el altar, para que los angelizara para el sacrificio, para que los transformara en El y prolongara su Pasión y muerte, en las Misas, en favor de todas las almas que por ellos, **en El,** se salvarían.

Miren cuál fue el principal motivo de la Encarnación del Verbo: purificar al mundo y perpetuar su estancia en él de dos maneras, en la Eucaristía y en el Sacerdocio, que es como otra eucaristía ambulante. Porque mis sacerdotes, no sólo deben perpetuar la Eucaristía por el poder divino que les fue dado por Dios, al pronunciar las palabras de la consagración de las que son depositarios; sino **ellos mismos,** en su perfecta transformación en Mí, no sólo deben ser copones que me contengan, sino otros **Yo mismo,** mi mismo Cuerpo, mi misma Sangre, en su transformación.

¿Ven cuántas cosas ha hecho el amor de un Dios? La Creación, la Redención, la Iglesia

amada con todos sus sacramentos y los recursos de su caridad en favor de los pecadores para salvarlos.

Y lo más grande es la Iglesia con sus sacerdotes; otros Yo en la tierra para regenerar a las almas; esos Pontífices y sacerdotes transformados en Mí, que perpetuarán, como la Eucaristía, **en ellos mismos**, mi estancia en la tierra.

Al decir en la última Cena: "Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre", tenía en mi mente la extensión de este Cuerpo y de esta Sangre en mis sacerdotes transformados en Mí, hechos también, en este sentido, **eucaristías vivientes**, y con el mismo fin, el de vivir inmolados en favor de todo el mundo.

Tenía entonces en mi alma que ellos desaparecieran, y en cierto sentido, como la substancia del pan y del vino, y quedaran transformados en Mí para la salvación de las almas.

Verlos otros Jesús ha sido la mente del Padre, la ilusión de un Dios-hombre. Quiero en ellos un Jesús perfecto. Y ¿cómo? por mi imitación y por su transformación exterior e interior mediante las virtudes y el amor de ellos en Mí. No acaba la misión del sacerdote en el altar, sino que ahí empieza, por decirlo así; ahí comienza la perfecta unión con el Sacerdote eterno, que tiene que ir creciendo día por día, hora por hora —por el amor y por el dolor— hasta la consumada transformación en Mí.

Bajo cualquier aspecto que me vea, tiene que copiarme en sí mismo el sacerdote transformado en Mí; pero mi genuino aspecto en la tierra fue el amor inmolado, la inmolación por amor.

Tiene el sacerdote perfecto que ensanchar su alma, sus miras, su corazón, sus energías, su pureza, sus virtudes, sus cualidades recibidas y hasta su misma vitalidad espiritual para recibir ese parecido, esa semejanza Conmigo, en todos los aspectos de caridad, de paciencia, de humildad, de sacrificio, de docilidad, de abnegación, de obediencia y de amor. Que refleje a la Eucaristía en su alma, que se asemeje a Jesús en esa universal caridad, **todo para todos** y dándose totalmente entero en el ejercicio santo de su apostolado en favor de las almas.

¡Oh, si mis sacerdotes se penetraran de estos pensamientos, cómo adelantarían en su transformación indispensable en Mí —más que nunca en estos últimos tiempos necesaria— y harían circular por todo su ser esa savia divina, unificados en la unidad de la Trinidad!

Este fue y es el ideal del Padre al escogerlos para que fueran otros Yo y complacerse en ellos como en su Hijo muy amado. Que no desperdicien el don de Dios, que aceleren esa circulación de la vida divina en sus almas y en sus cuerpos, como prueba de su fe y de su esperanza en la Trinidad y del amor y gratitud que debe distinguirlos hacia Mí, que tan hondo los llevo en mi Corazón y en mi alma".

CXIII

INTIMIDADES DIVINAS

"Otro punto de mi caridad, de la ternura de mi Corazón que sufre al ver sufrir, es este

recurso de infinito valor en mi Iglesia: las Indulgencias, esa moneda de la que dispone el tesoro de la Iglesia en favor de todas las almas, que pueden lucrar para sí y para las almas del purgatorio.

La Iglesia usa el valor de mis méritos infinitos que a todo le da vida, y de las obras buenas, y de los sacrificios y dolores de las almas y de los cuerpos —muchos inocentes como la de los niños— y no desperdicia el menor ápice que lleve germen sobrenatural, y lo aplica para el mismo bien de las almas, como una especie de moneda o derivación de la comunión de los santos.

Y vean todavía más y más derroches de mi ternura. Al salvar a un pecador en los últimos instantes de una vida mala, mi caridad infinita, al verlo reo de tanta pena por sus culpas, aun por las ya perdonadas, hago que las indulgencias le condonen o le disminuyan dichas penas y llegue al purgatorio con menos deudas que pagar, para recibirlo —tan luego como pague a mi Justicia— en los brazos de su Salvador, de Jesús Redentor, del Corazón que no perdona a medias, sino que le abre su inmenso seno de misericordiosa bondad y lo introduce en el cielo como trofeo de sus victorias.

Hasta más allá de la muerte llega mi ternura con las almas. No quiero ver, cierro los ojos, por decirlo así, de mi Justicia, y solo abro, —¡cuántas veces!— los de mi bondad sin límites; porque la ternura de mi Corazón para con las almas, el amor que tengo a los justos y a los pecadores, me hace traición.

Este es, si pudiera así decirse, la debilidad de todo un Dios: **su amor, su infinito y eterno amor,** que creó a las almas para el cielo y que llora por las extraviadas, que las llama como Pastor con silbidos amorosos y que las busca de mil modos sin cansarse jamás, que las persigue hasta el postrer instante de la vida, y todavía aminora sus merecidas penas con las indulgencias, hasta más allá de la vida mortal. ¡Tiene el Dios-hombre tantos recursos de amor!

En estas confidencias íntimas, de corazón a Corazón, les voy a confiar un secreto que dejé traslucir: la debilidad, le llamaremos así, del Corazón de un Dios Salvador, de Jesús Redentor. Y ¿cuál es esta divina debilidad? Es el amor, el amor que me vence, que me domina, que se sobrepone a mi Justicia misma; que me hace abajarme y olvidar, y borrar, y perdonar, y besar, y estrechar contra mi Corazón ardiente a las almas pecadores, a las almas ingratas, a las que me han ofendido y olvidado, y ¡hasta odiado!

¿Para qué me dejaste hacerme hombre? le digo a mi Padre amado. ¿Para qué me diste este Corazón tan amante con latidos de un Dios, todo bondad infinita?

¿Para qué, Padre mío, regalaste a tu Hijo divino a la humanidad caída? ¿Para qué me hiciste Jesús, Salvador, y de la misma carne de ellos, a quienes tanto quise a mi paso por la tierra?

Y si esto le digo a mi Padre, mientras tiembla mi Corazón de amor por los pecadores todos, ¿no se figuran lo que diré en favor de mis

sacerdotes extraviados, de mis sacerdotes caídos, o tibios, o indiferentes, o tentados, o cansados, o en peligros, mediatos o inmediatos, de perderse?...

Entonces redoblo mis caricias de Hijo; interpongo mis sufrimientos del Calvario; alego mi santa misión de eterno Sacerdote; pongo a su vista la unión que tienen Conmigo por su vocación santa en el mismo seno de María; y le pido, y le ruego, y lo conmuevo como Dios-hombre, con toda la plenitud, ternura y fuerza de mi Corazón de hombre, y... ¡triunfo, triunfo de ese Padre amado, de ese justo Juez – uno Conmigo en la Divinidad— y alcanzo esperas, y me gozo en retardar la sentencia, y me interpongo ante los castigos, y rasgo mi pecho sacrosanto con el fuego intensísimo de mi amor al hombre, presentándolo así a mi Padre hasta que acaba por mirarme desarmado, por sonreírme bondadoso, por estrechar en su amoroso seno al hombre-Dios, al Jesús Salvador, al que le permitió tomar un Cuerpo humano para ser Víctima y lavar con toda su sangre los crímenes del mundo!

Le muestro, en favor de los sacerdotes y de mi Iglesia, mi Corazón herido; le hago sentir lo que Yo siento en favor de mis ministros culpables; le ofrezco por ellos lo que me pida, lo que quiera, otra Redención y otra Cruz; pero... ¡sólo me pide amor! ¡Y me desbordo en el abismo infinito de su MISMO SER! y ... ¡triunfo, triunfo del Padre adorado, y alcanzo plazos, y gracias, y esperas, repito, como Dios-hombre, de la infinita caridad del Padre y del Santo Espíritu!

¡Si pudieran ver estas reyertas —las llamaré así en su lenguaje— de Amor a Amor, de Justicia a Justicia, del Hijo al Padre, del Padre al Hijo, triunfando siempre el Amor, la Persona divina del Amor, el Espíritu Santo, que contempla extasiado estas luchas de la Justicia y del Amor!...

¡Si mis sacerdotes se percataran de estas luchas de amor dentro de la **unidad de Dios**, en el seno mismo de Dios, nacidas en el Corazón del hombre Dios luchando en favor de mis sacerdotes en el mismo seno augusto de la Trinidad!

¡Ay, se sentirían morir de emoción, de gratitud y de amor! ¡Cómo correrían sus lágrimas al ver luchar a Dios con Dios mismo en favor de sus almas, y por sólo amor! ¡Cómo entenderían algo siquiera de la dignidad tan grande del sacerdote, al ver luchar al eterno Sacerdote, para salvar esa dignidad en ellos y en la Iglesia, por las tiernas y amorosas fibras del Corazón del Verbo hecho carne!

Y ¿saben lo que digo a mi Padre, lo que alego como hombre-Dios, con lo que hago que se conmueva mi Padre amado?

—Le presento al Sacerdote eterno, del cual participa mi Iglesia santa. Esta fibra lo conmueve, lo desarma. Además, mis promesas al ofrecerle —porque Yo soy la Promesa del Padre— que van todos los sacerdotes a transformarse en Mí, los buenos y los no buenos, los fervorosos y los tibios.

Y le repito emocionado, entusiasmado, inflamado de amor: ¿No ves, Padre mío, que ellos

son otros Yo? ¿No los escuchas casi a cada instante que dicen en la tierra: "Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre" siendo entonces Yo? ¿Cómo no perdonar, no esperar, no disimular pecados y defectos y frialdades tan propias del hombre, si esas almas sacerdotales son capaces de reaccionar, de volar a la perfección, de elevarse, de transformarse en Mí?

¿No te miran, Padre amado, a cada momento desde la tierra, **con la mirada Mía**, envolviéndote en un mundo de respeto, de adoración, de ternura, de sumisión y de amor?

¿No son acaso tus almas de elección, tus almas predilectas, en las que tiene la Trinidad su asiento y su esperanza en la tierra para salvar a las almas?

Así le digo a mi amado Padre;y mi papel de Redentor y de Salvador no cesa un instante en favor de mis sacerdotes. Y ellos, ¡ay! ni saben lo que me deben, ni me agradecen la **actividad de amor** que consume en su favor mi alma.

Esas luchas son a todas horas, porque en Dios no hay tiempo: mi Corazón de hombre, unido a la Divinidad, clama sin palabras, porque soy el Verbo, la eterna Palabra que se comunica en un silencio divino, de Entendimiento a Entendimiento, de Corazón a Corazón, y en una sola substancia divina, en una sola Unidad.

Y en el Seno de mi Padre, Espejo purísimo, reproduzco todos mis quereres, peticiones y amores en un solo amor, en el Espíritu Santo.

Todo lo que digo al Padre es con un solo acto de mi voluntad divina, que repercute en olas sauvísimas y vibra en cada Divina Persona.

Así se habla en el cielo: el pensar, el sentir y el hablar se traducen en amor. Y en el seno de la unidad, en el inmenso abismo de la Divinidad, tienen eco todos sus deseos, anhelos y quereres de hombre, unificados en un solo querer de Dios.

Todo esto que he traducido en palabras son **hechos ciertos,** pero unificados en la UNIDAD, con vibraciones múltiples, con eco infinito, que resuenan en el seno de la misma Trinidad.

¿Quiénes son mis sacerdotes para interesarme tanto en ellos? Pues son otros Yo mismo, y más perfectamente lo son los sacerdotes transformados en Mí.

Son mi mismo Cuerpo, mi misma Sangre, mi mismo Corazón; son mis esperanzas en la Iglesia, y su actividad y su decoro.

Son los conductos por donde se derrama en las almas la misma Trinidad; son la imagen de Dios en la tierra; son la fecundación del Padre en las almas.

Son más de María que los demás hombres, son mis representantes en la tierra para con las almas, y los que perdonan, y los que salvan; los que evangelizan y los que forman a Jesús en los corazones.

Son mis vasos de elección, mis escogidos, mis apóstoles, mis mártires en muchas formas. Son los lirios que deben perfumar los altares; son las cruces vivas en donde mi Corazón descansa; con el consuelo de mi Padre en la tierra, porque en ellos me contempla a Mí, su Hijo muy amado en quien se complace.

Son los verdaderos nidos del Espíritu Santo, como Yo, y quienes lo poseen en forma especial.

Todo eso y más son para Mí y para toda la Trinidad: para el Padre, para el Verbo hecho carne que soy Yo, y para el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, que ansía poseer a sus sacerdotes más y más plenamente, porque de manera muy especial le pertenecen.

Con que ya ven la profunda intimidad de esta confidencia. Ahora, ayúdenme a alcanzar con sus penas, sacrificios y oraciones lo que tanto anhelo y he pedido en mil formas, **la transformación plena y consumada de los sacerdotes en Mí.**

Tengan en cuenta que ésta es la **Promesa del Hijo** al Padre; que no quede fallida; que todos correspondan a mis ardientes deseos, para glorificación de mi Padre, de mi Iglesia, de ellos mismos y de las almas, consumados por fin en la unidad de la Trinidad".

CXIV

EL ESPIRITU SANTO Y JESUS

Si soy Yo la Promesa del Padre, el Espíritu Santo es mi Promesa, mi Impetración al Padre en favor de mi Iglesia y de la humanidad entera, la Condescendencia del Padre, es decir del Amor.

Es el Espíritu Santo para el hombre el fruto de mi oración, de mi ardiente plegaria; es decir, el grito inefable del amor de mi Corazón de Dios-hombre, la mayor de mis ternuras en favor del mundo, y sobre todo, de mis sacerdotes.

Yo imploraré para ellos muy principalmente ese Espíritu santificador que es Luz increada, para que ilumine a mi amada Iglesia y la santifique.

Sin el Espíritu Santo no podría existir la Iglesia, y por tanto, ni mis sacerdotes, y hubiera quedado trunca mi Redención. Pero, como eternamente estaba esa Iglesia concebida y realizada en la mente de la Trinidad, eternamente también ya el Espíritu Santo era el señalado por el Padre para regirla.

¿Qué haría la Iglesia sin el Espíritu Santo? No existiría repito; pero el infinito amor de Dios para el hombre ya enviaba sobre las almas sacerdotales a ese Espíritu vivificador y transformador. Porque en donde toca el Espíritu Santo, ahí me deja a Mí, deja el fecundo germen de la gracia transformante, que sólo puede venir por el Espíritu Santo.

¿No ven que Yo, en cuanto hombre, soy una obra predilecta en donde ese divino Espíritu tiene sus complacencias?

El gozo del Espíritu Santo es Jesús Encarnado, Jesús Redentor, Salvador, Remunerador y Glorificador. Yo soy la gloria, su dicha, su triunfo contra Satanás.

Cuando proyectó su Sombra fecunda y purísima en el seno también purísimo de María, ya sabía El que Yo sería el fruto santísimo de esa fecundación potente y divina que procedía del Padre. Ya se gozaba el Espíritu Santo en esa Flor, en ese Fruto bendito, en Jesús, en quien se recreó eternamente, y la contempló

como Obra suya, adornada mi alma creada con todos los carismas de la Trinidad.

Nadie puede comprender, sino Dios en su Trinidad de Personas y en su unidad de substancia, el plan infinito y especial en el que se regocijaba el Espíritu Santo al obrar en María la Encarnación del Divino Verbo. Yo, en cuanto hombre, soy su gloria, y se regocija en presentarme al Padre como el gran trofeo de su amor, como el reflejo de sus perfecciones infinitas, dotado de incalculables gracias, y se deleitaba en esta su Obra salvadora y glorificadora.

¿Quién me inspiró la muerte de Cruz? El Espíritu Santo, ¿Quién, sino el que es Amor, podía eternizar el amor mientras hubiera Iglesia y mundo en una hostia consagrada?

¿Quién fue mi constante inspirador, en cuanto hombre?

Si mi Padre engendró en su Seno a mi Iglesia amada, el Espíritu Santo, tomando en Mí lo que ero suyo, formó y asentó la Iglesia en la tierra sobre las bases redentoras. Por eso la Iglesia es amor, esparce amor, infunde amor, y sus leyes y todas sus enseñanzas son de amor, de puro amor.

Hizo el Espíritu Santo que la Iglesia tuviera por base inconmovible, en San Pedro y en sus Vicarios, el amor y solo el amor; porque este cimiento de amor, en el que campea el Espíritu Santo, es el solo firme y el único que puede resistir los empujes satánicos. El divino Amor jamás se conmueve, jamás se cansa, jamás cambia y es el que perdura hasta el fin

de los siglos en la Iglesia militante, para continuar eternamente en la Iglesia triunfante.

Lo que Dios hace no lo destruye y lo que el Espíritu Santo fecunda es eterno.

Pues, ¿qué cosa es la base de la transformación de los sacerdotes en Mí? El amor. Y ¿quién es el Amor, sino el Espíritu Santo?

Yo soy el amor como Dios y soy amor como hombre, pero tanto como Dios como en cuento hombre, ¿quién es en Mí el eterno e infinito amor, la infinita dilección en el seno del Padre, sino la Persona del Amor, ese Lambo de Luz y de fruición amorosa, el supremo y único Amor, de donde se derivan todos los santos amores, el Espíritu Santo?

Y en cuanto hombre, ¿quién me hizo Jesús-amor, en el seno de María, sino la eterna proyección del amor, la Sombra fecunda del Amor, el Espíritu Santo?

Yo más que nadie, en cuanto hombre, vivo unido con ese Espíritu de Amor que forma el éxtasis de la Trinidad Beatísima, cuyo papel, entre el Padre y el Hijo, es el de la sempiterna alegría del amor, lo que nos unifica, lo santo, sublime y perfecto de la unidad.

El Espíritu Santo, a pesar de proceder del Padre y del Hijo, es el dulcísimo nudo que estrecha y que forma la unidad en la Trinidad.

¡Oh, si Yo los asomara a esos abismos profundos e insondables de la unidad, se convencerían de esta verdad, deliciosa y santa para la Trinidad, la de que el Espíritu Santo **forma la unidad**; eternamente nace de El y la perpetúa,

y El mismo es UNIDAD, precisamente porque es Amor, y la unidad es Amor.

Mi humanidad —por la unión hipostática de mis dos naturalezas en una sola Persona divina— no desdoró, por decirlo así, a la Divinidad con su contacto íntimo e inseparable.

Y Yo, Dios-hombre, sigo siendo un solo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo; y mi humanidad, divina también por su contacto con la Divinidad, es el trofeo del Espíritu Santo, la Victoria del Padre, y un constante recuerdo, si puede decirse, de todo el Sacerdocio en Mí, de toda la humanidad en Mí.

El Cristo era Dios en la tierra, y en Mí no había nada que no fuera divino. Caridad infinita, rebosamiento excesivo de amor, fue la Encarnación del Divino Verbo: pero, al tomar carne en María, fui siempre Dios, y ahora, divinizada mi Carne, como lo fue en la tierra por el amor y el dolor, no dejo de ser Dios.

Yo soy amor, todo amor en mi Cuerpo, en mi alma, en mi Divinidad; porque mi Espíritu en la tierra fue el Espíritu Santo-Amor, que me transmite (en cuanto hombre) su substancia de amor, que unifica a la Trinidad por el amor.

Si mis sacerdotes quieren transformarse en Mí, el gran transformador, el único que transforma, purifica y santifica es el Espíritu Santo.

El más rápido y seguro modo de transformarse en Mí es copiarme; pero este boceto, este ideal sólo puede realizarlo el Espíritu Santo. ¿saben cómo?

—Por la unidad en la Trinidad.

Como sé que este es el único medio para la transformación de los sacerdotes en Mí, antes de subir al cielo, prometí lo más grande y amado que podía prometer a mi Iglesia, y fue el enviarle al Espíritu Santo, rogando al Padre que se derramara, por ese Santo Espíritu, en fecundaciones divinas: es decir, en vocaciones sacerdotales engendradas en el amor, nacidas por el amor y transformadas para la gloria de Dios en el mismo AMOR".

CXV

EL ESPIRITU SANTO Y LOS SACERDOTES

"En el fin de los siglos, cuando acabe la Iglesia en la tierra, parasá triunfante al cielo a glorificarme con sus miembros glorificados, eternamente.

Donde el Espíritu Santo sopla ahí está la fecundidad eterna, porque en Dios todo es eterno.

¡Y qué delicadeza de mi Padre, después de la Redención y de mi Ascensión a los cielos!; cierto es que supliqué al Padre que enviara su Espíritu a mi Iglesia para regirla y para consolarla; pero El no sólo envió al Espíritu Santo como fruto de mi petición, sino que lo mandó en **mi nombre**, como un obsequio mío a la Iglesia y **a** la humanidad, un obsequio conquistado con mi Sangre y con mi vida.

Y lo que pasa siempre en el seno amoroso de la Trinidad, la lucha del Amor con el Amor, de la Caridad con la Caridad. Yo enviaba al mundo al Espíritu Santo a nombre de mi Padre amado, y ese Padre santísimo lo enviaba en mi nombre, como riquísimo precio de la Redención del Verbo hecho carne. Así pasa en todo lo relativo al Amor entre el Padre y el Hijo, entre el Hijo y el Padre, se unifican esas luchas de amor, esos quereres en el querer unitivo de la Divinidad, en el Espíritu Santo.

Y de aquí otro punto: el de que los favores de Dios son eternos, participan del Ser de Dios que no tuvo principio ni tendrá fin.

Vino el Espíritu Santo, no por un día, no por un tiempo fijo, no por sólo siglos y más siglos, sino para quedarse en la Iglesia eternamente. Pero ¿cómo, si el mundo tendrá fin? Es que la Iglesia no concluirá en la tierra. Terminará su misión salvadora con la última alma que salga de este mundo; pero continuará en el cielo eternamente, glorificándome en sus hijos salvados.

Así es Dios en sus obras; no las desmembra, no las destruye, sino que las eterniza. Y es que todo lo que sale de El, lleva el sello sublime de la Trinidad, algo de su infinito y perdurable Ser; una extensión de su estabilidad eterna, imperturbable, inamovible e inmutable.

¡Oh, si el hombre comprendiera y pensara en eso, **no en algo**, sino **en todo lo no terreno** que lleva en sí mismo, en su cuerpo y en su alma!

El Padre dejó al Espíritu Santo toda la libertad de vaciar sus tesoros en el alma creada

de su Verbo hecho carne, y se gozó además en su Hijo muy amado, UNO con El, por la misma Divinidad.

¡Con qué complacencia me contemplaba en unión del Espíritu Santo, en mi estancia sobre la tierra!

La parte íntima de mi Humanidad vivía enajenada en la contemplación de la visión beatífica que ensanchaba mi Espíritu en el Amor y lo fundía en el ardentísimo centro unitivo y atrayente de la Trinidad.Mi Humanidad, no sólo tenía un ángel a mi lado, sino que legiones me rodeaban, adorando a la Divinidad, unida a mi naturaleza humana. Esos ángeles adoraban en el Dios-hombre los inescrutables designios de la Trinidad y admiraban y respetaban mis planes redentores.

La parte inferior de mi humanidad, aunque también estaba divinizada, sin embargo, por su ofrecimiento de inmolación voluntaria, estaba sujeta a las tristes necesidades del hombre.

Me ofrecí puro y sacrificado al Padre por el Espíritu Santo. Amé como hombre también a ese Santo Espíritu, y con El mismo, a El y a mi Padre amado.

¿Con qué amor podía amar el Verbo hecho carne, sino con el Amor mismo, con el Centro unitivo y eterno entre el Padre y el Hijo? ¿Con cuál amor podía amar a la humanidad caída que venía a redimir, sino con el divino Amor que estaba en Mí como Dios y como hombre, con el Espíritu Santo? Ese divino Amor me impulsó a ofrecerme al Padre como Víctima y a ofrecerme al hombre en voluntaria inmolación. Ese in-

finito amor en el cual estaba amasado, compenetrado, fundido, que era como mi Ser y mi vida, me impulsó del cielo a la tierra, de la Cruz a los altares, de los altares al cielo, para poner el broche de oro a mi Iglesia inviándole al Espíritu Santo.

Si soy caridad, si soy Amor, ¿qué otra cosa podía dar al hombre sino a mi mismo Amor, al Espíritu Santo, a Mí mismo, su Redentor dolorido y amoroso, en su favor?

Sólo este amor infinito y eterno podía abrir el cielo, eterno e infinito.

¡Oh, si todos mis sacerdotes fueran amor! ¡Oh, si cifraran toda su dicha en la tierra en una sola inmolación de amor unidos a Mí, transformados en Mí!

Pero ¿quién hace estas maravillas de amor, sino únicamente el que es Amor? El mundo necesita imperiosamente al Espíritu Santo para espiritualizarse; pero más mis sacerdotes que deben abrir sus almas a un nuevo Pentecostés, limpias y puras, transformadas en Mí para honrar al Padre y salvar al mundo.

El Espíritu Santo busca, divinamente ansioso, recipientes en donde derramar sus tesoros infinitos; quiere almas sacerdotales que se dilaten y lo llamen, lo invoquen, lo reciban, lo comuniquen, lo den; porque El es el Don de Dios, el Don de dones, el único capaz de renovar almas y mundos, y limpiar, purificar y hacer que renazca en el Espíritu Santo.

Una nueva etapa, la que toca muy especialmente al Espíritu Santo, está llegando al mundo para renovarlo; pero quiere hacerse sentir es-

pecialmente en sus sacerdotes transformados en Mí, y elevarlos, angelizarlos y santificarlos para que con El, y por El y en El, impulsen en la Iglesia su reinado que conmoverá almas y corazones

¡Cuánto desea mi Padre el ver honrado, enaltecido, sublimado, en los corazones sacerdotales muy principalmente, a esa Persona divina de la Trinidad que es Amor y que rige por el Amor! Porque no sólo vino el Espíritu Santo en aquella época, sino para siempre, eternamente, a poseer a su Iglesia y a gobernar con suavidad infinita por medio de la gracia su campo favorito— las inteligencias y las almas.

En muchos corazones se tiene relegado al Espíritu Santo, a pesar de ser la Persona divina sin la cual la criatura no sería capaz de moverse en el orden sobrenatural de la gracia. Y ¡ay! aun para muchos de mis sacerdotes es como secundario su recuerdo, siendo que El es la **acción divina** del sacerdote, y debe ser lo más íntimo que en él exista, su latido y su vida. Debe circular por el alma del sacerdote como la sangre por sus venas; debe impregnar sus pensamientos, palabras y obras; debe ser su mismo espíritu como lo fue mío.

¿No son acaso mis sacerdotes otros Yo? Entonces, ¿cómo no dejarse incondicionalmente poseer de ese Santo Espíritu a quien todo deben y con quien tiene filiación infinita su vocación sublime?

¿Quién los ungió para el sacerdocio? ¿Quién da virtud a sus palabras en la Consagración? ¿Quién los llevó al altar y los hizo dignos por la ordenación de transformarse en Mí, de hacerme

bajar a sus manos, de operar la transubstanciación? ¿Quién opera en ellos ese reflejo de la Encarnación del Verbo que se renueva en cada misa con mi Pasión y muerte? ¿A quién le deben la vocación? ¿Quién los escogió para perfumar con el aroma de su pureza los altares? ¿Quién los ofrenda constantemente a mi Padre desde la tierra, en mi unión, y envuelve este presente en amor para complacer al Padre, y transformarlos en Mí?

¡Oh si mis sacerdotes meditaran en los infinitos beneficios, unos que ven y que tocan y muchos más ocultos a sus ojos, pero que tienen como principio activo al Espíritu Santo!

Se puede decir con certeza, que en la vida espiritual —en la del sacerdote muy especialmente— no hay un solo acto en el que no lo asista, lo acompañe y lo penetre el Espíritu Santo.

Por esto mismo es más culpable el sacerdote que se olvida de sus santos deberes; porque más que nadie contrista y lastima a esa Blancura, a esa Luz increada, a ese Consolador que constantemente le hace comprar el cielo.

No me cansaré de insistir en el reinado pleno, absoluto y sin obstáculos del Espíritu Santo en el alma de sus sacerdotes. Transformarlos en Mí es su delicia para presentarlos al Padre, unos Conmigo, en la unidad de la Trinidad.

Que se den mis sacerdotes de lleno, sin estorbos, sin mengua, sin egoísmos, sin cortapisas, a esa Persona divina; que si esto hacen, muy pronto quedarán transformados, porque sólo el Espíritu Santo hace un Jesús de cada alma y la simplifica en la unidad".

FIN DEL SEGUNDO VOLUMEN

INDICE

DEL SEGUNDO VOLUMEN

Pág.

LXV. Gracias de Dios para el sacerdote 5
LXVI. Desconfianza 9
LXVII. Dos papeles de Jesús 13
LXVIII. Deseos y quejas 18
LXIX. Invitación apremiante para la transformación. 21
LXX. De la Humanidad de Jesús debemos pasar a su Divinidad 25
LXXI. La transformación de los sacerdotes en Jesús es un deber 28
LXXII. La transformación tiene por fin consumar a los sacerdotes en la Unidad 32
LXXIII. Frutos y práctica de la transformación 37
LXXIV. Amor y pureza 41
LXXV. Sufrimientos sacerdotales 46
LXXVI. La salvación del mundo y la Tranformación de los sacerdotes 50
LXXVII. Unión de Jesús con los sacerdotes ... 55
LXXVIII. El secreto para atraer a las almas ... 59
LXXIX. Los anhelos de Jesús 64
LXXX. El Amor y el Espíritu Santo 69
LXXXI. Amor y Sacrificio 74
LXXXII. Apremiante invitación 80
LXXXIII. Unificación con la voluntad divina 85
LXXXIV. El sacerdote y la Iglesia 90
LXXXV. La consagración del mundo al Espíritu Santo 94
LXXXVI. El amor al Padre y la Transformación 99

LXXXVII. La Iglesia, esposa de Jesús y de los sacerdotes 104
LXXXVIII. Amar en espíritu y en verdad 110
LXXXIX. El sacerdote transformado refleja al Padre 114
XC. Fe, Confianza y Gratitud 121
XCI. Petición del Padre 127
XCII. En la Cruz 132
XCIII. Advertencias 138
XCIV. No teman 143
XCV. Víctimas en favor de los sacerdotes 147
XCVI. María y la transformación del sacerdote ... 150
XCVII. María y la Santísima Trinidad 155
XCVIII. Madre 161
XCIX. Yo vencí 167
C. "Os he dado ejemplo" 171
CI. "Para que sean consumados en la unidad" ... 176
CII. Cómo se remedia la falta de unión 180
CIII. Abismos 185
CIV. Unidad, Fecundación, Amor 191
CV. Con qué amor deben tratarse las almas 196
CVI. Participación en los sufrimientos de Jesús ... 201
CVII. Ya no bastan sacerdotes buenos 207
CVIII. Predestinación 211
CIX. Comunión de los santos 216
CX. Dios es justo en la condenación de las almas 221
CXI. Resurrección de la carne 226
CXII. Jesús-Mediador 232
CXIII. Intimidades divinas 237
CXIV. El Espíritu Santo y Jesús 244
CXV. El Espíritu Santo y los sacerdotes 249

Se terminó la impresión de este
libro el día 30 de octubre de 1980.
Imprenta "Ideal", Fragonard 44,
México 19, D. F.

Editorial La Cruz

Apartado 1580. México 1, D. F.